

¿Quiénes son?
¿Cuál es su secreto?



La Gente más Feliz de la Tierra

La tan esperada historia personal de

Demos Shakarian

narrada por

John y Elizabeth Sherrill

LA GENTE MAS FELIZ DE LA TIERRA

Es una historia para hacerlo reír, para hacerlo llorar, para construir su fe, Usted caminará con Demos:

- Cuando él corteja al estilo armenio, a una chica de sólo quince años, Rose Gabrielian.
- Cuando él pondera profecías "que no tienen sentido"
- Cuando él y Rose, se enfrentan a la trágica pérdida de su hijita querida.

Cuando él le hace frente a una crisis de sus negocios, descubre una enfermedad mortal en sus vacas lecheras, se enfrenta a una voluntad de Dios para su vida.

La historia personal de Demos, nos comparte un poderoso secreto que, todos los creyentes necesitamos conocer para sobrevivir a los problemas contemporáneos. Descubra usted, como ser ¡la gente más feliz de la tierra!

INDICE

Prefacio	9
1.Un mensaje desde lo alto de la Montaña	13
2.Avenida "Unión Pacific"	37
3.Una bomba de tiempo	59
4.El hombre que cambió su modo de pensar	75
5.Afianzamiento del cielo	91
6.Hollywood Bowl	111
7.Tiempo de prueba	127
8.La cafetería Clifton	149
9.Los pies sobre la mesa	177
10. El mundo comienza a girar	197
11.La cadena de oro	211
12.Al día	246
13.¿Cómo puedo tener una relación con Dios?	249
14. In memoriam	251

PREFACIO

Era un día gris de diciembre en 1960, cuando llevamos nuestra furgoneta al penúltimo aparcamiento frente al Hotel Presidente de la ciudad de Atlántico.

Segundos después, un Cadillac con matrícula de California dio la vuelta hacia el lugar libre junto a nosotros y se bajó un hombre corpulento, la cabeza cubierta con un sombrero "Stetson " de ala ancha. Extendió una mano enorme llena de cicatrices por el duro trabajo.

Soy Demos Shakerian, dijo.

Dio la vuelta hacia el otro lado de su automóvil y sostuvo abierta la puerta para que descendiera una mujer bonita de pelo oscuro. "Y ella es mi esposa Rose".

Les dijimos que éramos periodistas de la revista "Guideposts" y que teníamos asignada la labor de investigar el fenómeno de "hablar en lenguas", añadiendo rápidamente que estábamos allí "solamente para observar"

Nos divertimos mucho. El Hotel Presidente era escenario esa semana de una convención regional de la organización llamada " Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo", de la cual, Demos era fundador y presidente. Habrán venido miles de personas hasta la ciudad de Atlantic, de toda la costa oriental, unas para encontrarse con el curtido granjero del sombrero "Stetson", otros para compartir historias de lo que el Espíritu Santo había hecho en sus vidas, y los demás, como nosotros, sólo como observadores, un poco más que temerosos.

"Al observar el emocionalismo", nos dijimos el uno al otro "gritar, alzar los brazos, frenéticos testimonios, esas viejas técnicas usadas para manipular a las masas hasta el emocionalismo.

".. Estuvimos observando... y nada de eso ocurrió. Demos, desde el frente de la pista de calle del hotel, dirigía la reunión con la callada sensibilidad de quien está escuchando una voz, que el resto de nosotros no podía ir. En lugar del caos que esperábamos, reinó un gozo ordenado en la convención. Habiéndonos presentado prevenidos contra esas manifestaciones emotivas, que no se llegaron a producir, nos hallamos sin defensa contra el amor con que nos topamos esa semana, y con nosotros, cientos de personas iniciaron el camino en el Espíritu.

Durante los quince años que han pasado desde aquel diciembre, hemos seguido el movimiento pentecostal en diferentes partes del mundo, porque nos hemos dado cuenta de que es donde se hallan las buenas noticias, el entusiasmo, los cambios de vida, la realidad viva de la iglesia de hoy. Y cuando procedimos les advertimos un hecho interesante, donde quiera que hablásemos con personas cuya fe estuviese viva, hombres o mujeres, niños o viejos, católicos romanos o menonitas, una y otra vez la historia comenzaba con este extraordinario grupo de hombres de negocios y con un granjero de Downey, California, que se llama Demos Shakarian.

¿Como era posible, nos preguntábamos, que este hombre tímido, sin don de gentes, con una sonrisa amable, un hombre que jamás parece tener prisa, que nunca parecía tener idea de lo que iba a hacer al día siguiente, pudiera tener tal en millones de

personas? Nos decidimos a entrevistarlo para descubrir su secreto.

Fue más fácil decidirlo que hacerlo. Demos puede encontrarse en Boston o Bangkok o Berlín, y Demos no contesta su correspondencia. Pero durante los últimos cuatro años conseguimos hacerle un buen número de visitas. Demos y Rose vinieron a nuestra ciudad para vernos; mas tarde nos reunimos en el chalet de un amigo común en Suiza. Trabajamos juntos en Mónaco y en Palm Springs. Charlamos en automóviles, aeropuertos y restaurantes armenios. Pero la mejor de todas las ocasiones que pasamos con Demos y Rose fue en su casa en Downey, la misma casa que construyó en 1934, cuando nació su primer hijo. La casa del padre de Demos está contigua a la suya y permanece vacía desde que aquél falleció. Aunque esta casa es más grande y con más espacio, Demos y Rose profieren vivir en ella, porque bueno... les evoca ciertas memorias...

Y, poco a poco, comenzamos a captar el secreto de Demos.

Parte del mismo, lo trajo su familia desde Armenia. Esta vieja nación cristiana es la que más ha sufrido por su fe. Y desde lo más profundo del sufrimiento han emergido las percepciones.

No se trata, sin embargo, de una misión mayor o distinta de la que pueda tener cualquier raza o nación. Se trata de un secreto que cada uno de nosotros necesita conocer, porque, cuando lo conocemos, como Demos dice, "no importa cuáles sean las condiciones del mundo que nos rodeó seremos siempre las personas más felices de la tierra."

Noviembre 1975

John y Elizabeth Sherrill
Chosen Books
Lincoln, Virginia

Capítulo 1

Un mensaje desde lo alto de la montaña

Una noche Rose y yo viajábamos en automóvil a través de Los Angeles, de regreso a casa, cuando de pronto me sentí impulsado a salirme de la autopista y pasar enfrente de la casa en donde vivía mi abuelo Demos, cuando llegó a América.

Después de cuarenta y dos años de matrimonio, Rose ya está acostumbrada a estos inesperados impulsos míos, de modo que aunque fuese la una de la madrugada, no dijo una sola palabra cuando yo di la vuelta hacia el lugar que antes se llamaba "Los Angeles Flats". La casa de estuco, de forma cuadrada, había desaparecido del número 919 de la calle Boston. Permanecimos sentados en el automóvil durante unos momentos, contemplando los nuevos edificios federales que han reemplazado las viejas casas del antiguo vecindario. Luego le di vuelta al automóvil y regresé a la autopista.

Pero conmigo, en la cálida noche de California, viajaban recuerdos del abuelo. Sabía por que había necesitado dar aquel rodeo esa noche, era debido a una profecía que habíamos escuchado Rose y yo a primera hora de la noche. Habíamos estado en una reunión de "hombres de Negocios del Evangelio Completo", en Beverly Hills, en donde alguien había hecho una predicción, proclamaba que estaba transmitiendo las propias palabras de Dios y que una gran persecución contra los cristianos tendría lugar muy pronto en muchas partes del mundo, inclusive en los Estados Unidos de América.

¿Que tendríamos que hacer nosotros con tal afirmación? ¿Qué había hecho mi familia con un mensaje similar hacía ya un siglo? Porque hubo entonces también una profecía y todo lo que sucedió desde entonces en la vida de mi abuelo, en la vida de mi padre y en la mía propia, fue resultado de haberla tomado en serio.

Eran las dos de la mañana cuando llegamos a la entrada de nuestra casa en Downey, una noche de luna demasiado bella para desperdiciarla durmiendo. Yo soy un trasnochador, para desesperación de Rose, así que ella se fue a la cama, mientras yo acerqué la vieja silla de la sala junto a la ventana, me senté en la oscuridad y dejé que mi mente vagase por el pasado.

Yo no conocí al abuelo Demos, falleció antes de que yo naciera, pero tango que haber escuchado cuentos que se referían a él, al menos un millar de veces. Conocía tan bien cada detalle de los mismos, que, cuando me senté mirando los naranjos plateados por la luna me pareció estar contemplando otro paisaje, muy lejano en el tiempo y en el espacio. Esto no es difícil para un armenio. Somos un pueblo del Antiguo Testamento, el pasado y el presente están entretejidos de tal forma en nuestras mentes que lo que pasó hace cien años, o mil, o dos mil, es tan real para nosotros como la fecha presente del calendario.

He escuchado contar este relato muchas veces y hasta puedo evocar en este momento al pueblo de Kara Kala situado sólidamente en la rocosa falda del Monte Ararat, la montaña según la Biblia donde se poso el Arca de Noé. Al cerrar los ojos, veo las casas de piedra, el granero, el cobertizo, y la casa de la granja de una sola habitación donde vivía mi abuelo Demos. En la casa de mi abuelo habían nacido cinco hijas ningún varón, y eso

era una desgracia entre los armenios, coma lo era entre los antiguos israelitas.

Podía imaginar al abuelo yendo hacia la iglesia cada domingo por la mañana con sus cinco hijas. A pesar de que la mayoría de los armenios son ortodoxos, el abuelo y muchos otros en Kara Kala eran presbiterianos. Podían verlo marchar aquel domingo a través de la aldea hacia la casa en dónde se reunía la iglesia, con su cabeza erguida ante su silencioso reproche.

En vista de su gran necesidad, siempre me había sorprendido que mi abuelo no hubiese aceptado inmediatamente el extraño mensaje que corría por lo alto de las montañas desde hacía cincuenta años. El mensaje lo trajeron los rusos. Al abuelo le gustaban los rusos, pero era una persona de mucho sentido común para aceptar esos cuentos milagrosos. Los rusos venían en grandes caravanas de carretas cubiertas. Vestían como la gente nuestra, con túnicas largas, de cuello alto, sujetas par la cintura con un cordón a manera de cincho, los hombres casados, con barba. Los armenios no tenían ninguna dificultad para entenderse con ellos, ya que la mayoría de los nuestros hablaban también ruso. Ellos escuchaban los cuentos de lo que los rusos llamaban "la efusión del Espíritu Santo" sobre centenares de miles de cristianos, ortodoxos rusos. Los rusos, venían como quien trae regalos, regalos del Espíritu Santo que querían compartir con nosotros. Podría aún escuchar al abuelo y a la abuela hablando a altas horas de la noche después de una de estas visitas. Uno tiene que admitir, hubiese dicho el abuelo, que todo lo que hablan los rusos es bíblico.

Me refiero a que el don de sanidad, está en la Biblia. También está el de hablar en lenguas. También el don de profecía. Lo que sucede es que todo eso, no suena... armenio con lo cual hubiese querido decir confiable. Con los pies en la tierra, práctico.

Y la abuela, con su corazón siempre abierto hubiese respondido "sabes, cuando estás hablando de profecías y de sanidad estás hablando de milagros".

"Pues sí".

"Si alguna vez "recibiéramos el Espíritu Santo" en esa forma ¿crees que también nosotros podríamos pedir un milagro?"

¿Quieres decir un milagro, como tener un hijo?"

Y luego la abuela se habría puesto a llorar. Sé, como un hecho, que en una cierta soleada mañana de maya de 1891, la abuela estaba llorando.

En el transcurso de los años, varias familias que vivían en Kara Kala habían comenzado a aceptar el mensaje de los pentecostales rusos. El cuñado del abuelo, Magardich Mushegan fue uno de ellos. Recibió el Bautismo del Espíritu Santo y en sus frecuentes visitas a la granja de los Shakarian solía hablar del nuevo gozo que había encontrado en su vida.

En este día particular, 25 de mayo de 1891, la abuela y algunas otras mujeres estaban cosiendo en un rincón de la casa de campo de una sola habitación, es decir, la abuela trataba de coser, porque las lágrimas caían sobre la tela que yacía en su regazo.

A través de la habitación, cerca de la ventana en donde la luz era más clara, Magardich Mushegan se hallaba sentado con la Biblia abierta sobre las rodillas,

leyéndola.

De improviso, Magardich cerró la Biblia de un golpe, se puso de pie y cruzó la habitación. Se detuvo delante de la abuela, con su espesa barba negra, moviéndose a causa de la emoción.

"Goolisar", dijo Magardich "el Señor acaba de hablarme".

La espalda de la abuela se enderezó. "¿De veras, Magardich?"

"Me esta dando un mensaje para ti, prosiguió Magardich. "Gociliar, exactamente de hoy en un año darás a luz un niño".

Cuando el abuelo regresó de los campos, la abuela salió a su encuentro a la puerta de la casa con la noticia de la maravillosa profecía. Complacido y deseando creer, a pesar de su escepticismo, el abuelo no dijo palabra. Tan sólo sonrió y se encogió de hombros y marcó la fecha en el calendario.

Los meses pasaron y la abuela quedó encinta de nuevo.

Para aquel entonces, todos en Kara Kala sabían acerca de la profecía, y el pueblo esperaba en suspenso. Luego, el 25 de mayo de 1892, exactamente un año después de que se recibió la profecía, la abuela dio a luz un varón.

Esta fue la primera vez que mi familia tuvo un encuentro con el Espíritu Santo en forma tan personal. Todos los vecinos de Kara Kala estuvieron de acuerdo en que el nombre escogido para el pequeño niño era perfecto; *fue* llamado Isaac, porque fue como el hijo de Abraham largamente esperado, el hijo de la promesa.

Estoy seguro de que era un hombre feliz y orgulloso quien desfilaba con su familia a la iglesia todos los domingos después del nacimiento de su hijo Isaac. Pero el abuelo era muy terco, todos los armenios lo son. Se consideraba a si mismo demasiado inflexible para aceptar sin reservas que había presenciado una profecía sobrenatural de la misma clase que se menciona en la Biblia. Quizá la predicción de Magardich había sido solamente una afortunada coincidencia.

Pero al fin, en un mismo día, todas las dudas de mi abuelo desaparecieron de una vez por todas.

En el año 1900, cuando Isaac tenía ocho años y su hermana menor, lamas, cuatro, llegaron noticias de que un centenar de cristianos rusos se acercaban por la parte alta de la montaña en sus carretas cubiertas. Todos se alegraron, en Kara Kala era costumbre preparar una fiesta para los visitantes cristianos cuando llegaban. A pesar de no estar de acuerdo con "el evangelio completo" que predicaban los rusos, el abuelo consideraba sus visitas como un tiempo reservado para el Señor, e insistía en que la bienvenida tuviese lugar en la explanada frente a su propia casa.

Ahora, el abuelo se sentía orgulloso de su fino ganado. Al escuchar la noticia de la llegada de los rusos marchó al corral para inspeccionar su manada. Elegiría el mejor de sus novillos, el más gordo, para aquella comida especial.

Desafortunadamente, sin embargo, al inspeccionarlo resultó que el más gordo de sus animales tenía una falla, era tuerto.

¿Qué debería hacer? El abuelo conocía la Biblia muy bien, sabía que no debía ofrecer un animal imperfecto al Señor, acaso no dice el capítulo 22 de Levítico, en el versículo 20: "¿Cualquier casa que tenga defecto no debéis ofrecerla, pues ésta no será aceptable...?"

¡Vaya dilema! Ningún otro animal de la manada era suficientemente gordo para alimentar a un ciento de huéspedes. El abuelo miró alrededor, nadie estaba mirando. ¿Supóngase que lo destaque y simplemente esconda la cabeza defectuosa? ¡Si, esto es lo que haría! El abuelo condujo el animal tuerto al cobertizo, lo degolló el mismo, y a toda prisa metió la cabeza en un saco y la escondió debajo de un montón de grano de trigo trillado en un rincón oscuro.

El abuelo estuvo apenas a tiempo, porque cuando terminaba de condimentar el novillo, oyó el rumor de las carretas que llegaban a Kara Kala. ¡Que vista tan estupenda...! Por la polvorienta carretera se veía la conocida caravana de carretas, coada una de ellas, tirada por cuatro caballos bañados de sudor. Al lado del conductor del primer carro erguido y en posición de mando, como de costumbre, iba sentado el patriarca de la barba blanca que era el jefe y profeta del grupo. El abuelo y el pequeño Isaac corrieron camino arriba a dar la bienvenida a los huéspedes.

Por todas partes del pueblo se hacían preparativos para la fiesta. Pronto, el enorme novillo se estaba asando sobre un lecho de carbones encendidos. Esa noche todos se juntaron ansiosos y hambrientos en torno de las tablas de madera que les servirían de mesa. Sin embargo, antes de que la cena pudiese comenzar, la comida debía ser bendecida.

Estos viejos cristianos rusos no oraban nunca, ni aún daban gracias por las comidas, hasta no haber recibido lo que llamaban "la unción". Esperaban ante el Señor, hasta que, según sus palabras, el Espíritu Santo descendiese sobre ellos. Ellos clamaban (y ésto divertía un poquito al abuelo) que podrían sentir descender la presencia del Señor y cuando este ocurría alzaban sus brazos y danzaban de gozo.

En esta ocasión, como siempre, los rusos esperaron la unción del Espíritu y tal como sucedía, uno y después otro, comenzaron a bailar en su lugar a la vista de todos. Todo marchaba como siempre. Pronto vendría la bendición de los alimentos y la fiesta comenzaría.

Pero, para consternación del abuelo, el patriarca alzó de pronto la mano, no en señal de bendición, sino como señal para que todos parasen. Dirigiendo al abuelo una mirada penetrante, aquel hombre alto de barba blanca se alejó de la mesa sin decir una palabra.

Los ojos del abuelo seguían los movimientos del anciano, mientras el profeta cruzaba el patio en dirección al establo. Reapareció después de un minuto. En su mano sostenía el saco que el abuelo había escondido debajo de un montón de trigo.

¡El abuelo comenzó a temblar. Cómo pudo saberlo aquel hombre! Nadie lo había visto. Los rusos todavía no habían llegado al pueblo cuando él escondió la cabeza. Ahora el patriarca ponía el saco delante de mi abuelo y lo dejaba abierto, revelando a todos la

cabeza con el ojo lechoso.

"¿Tienes algo que confesar, hermano Demos?" pregunto el ruso.

"Si, yo lo tengo", dijo el abuelo temblando, ¿pero como lo supo?

"Dios me lo dijo", respondió el hombre con sencillez. Tú todavía no crees que El habla a su pueblo como lo hacía en el pasado. El Espíritu me dio esta palabra de conocimiento por una razón especial, para que tú y tu familia creáis. Habéis estado resistiendo el poder del Espíritu. Hoy es el día en que deja de resistirlo".

Ante vecinos y huéspedes, aquella noche el abuelo confeso el engaño que había proyectado. Con las lágrimas rodando por su hirsuta barba, pidió perdón. "Muéstrame", dijo al profeta, "¿cómo puedo yo recibir al Espíritu de Dios?".

El abuelo se arrodilló, y el anciano ruso posó sus manos marcadas por el duro trabajo, sobre su cabeza. Inmediatamente el abuelo prorrumpió en una gozosa oración, en una lengua que ninguno de nosotros conocía. Los rusos llamaban a esta clase de éxtasis "lenguas" y lo tomaban como un signo de que el Espíritu Santo estaba con quien así hablaba. Aquella noche, también la abuela recibió "su Bautismo en el Espíritu Santo".

Este fue el principio de grandes cambios en la vida de mi familia, y uno de los primeros síntomas fue un cambio de actitud hacia el más famoso ciudadano de Kara Kala. Este era conocido en toda la región como "el niño profeta" a pesar de que aquellos días del incidente de la cabeza del novillo, el niño profeta contaba con cincuenta y ocho años.

El verdadero nombre de aquel personaje era Efim Gerasemovitch Klubniken, y tenía una peculiar historia. Era de origen ruso y estaba su familia entre las primeras pentecostales que habían cruzado la frontera para asentarse permanentemente en Kara Kala. Desde su primera infancia Efim había mostrado un don para la oración, practicaba frecuentes y largos ayunos, oraba sin cesar en veladas de oración de toda la noche.

Como todos los vecinos de Kara Kala lo sabían, cuando Efim tenía once años oyó la voz de Dios llamándolo en una de sus vigiliass de oración. Esa vez continuó orando durante siete días con sus noches y durante ese tiempo recibió una visión.

Este hecho en sí mismo no era extraordinario. En verdad, coma el abuelo acostumbraba a mascar, cualquiera que pasase tanto tiempo sin comer ni dormir tenía mucha probabilidad de comenzar a ver cosas. Pero lo que Efim fue capaz de hacer durante esos siete días no resulta fácil de explicar.

Efim no sabía leer ni escribir, sin embargo, cuando se sentó en su pequeña cabaña de piedra en Kara Kala, vio ante si una visión de mapas y un mensaje escrito en una bellísima caligrafía, Efim pidió pluma y papel, y durante siete días, sentado en la dura banca de la mesa de madera donde comía su familia, copió laboriosamente la forma y hachura de las letras y los diagramas que pasaban trente a sus ojos.

Cuando hubo terminado el manuscrito fue llevado a personas del pueblo que sabían leer, y resulto que aquel niño analfabeto había escrito en caracteres rusos una serie de instrucciones y advertencias. En un tiempo futuro que quedaba sin especificar, escribió el muchacho todos los cristianos de Kara Kala estarían en gran peligro. Predijo una época de inexplicable tragedia para toda la región, cuando centenares de miles de hombres,

mujeres y niños serían brutalmente masacrados. El tiempo llegaría, advertía, cuando todos los habitantes de la región tendrían que huir. Deberían irse a una tierra atravesando el mar. A pesar de que jamás había visto un libro de geografía, el muchacho profeta dibujó un mapa que mostraría exactamente el lugar a donde los cristianos deberían huir. Para asombro de los adultos, el mar que había dibujado con tanta precisión no era precisamente el cercano Mar Negro o el Mar Caspio, ni tan siquiera el más lejano Mediterráneo, sino el distante e inimaginable Océano Atlántico. No había dudas acerca de este, ni tampoco acerca de la identidad de la tierra que se dibujaba al otro lado del mapa, raramente era la costa este de los Estados Unidos de América.

Pero los refugiados no se quedarían allí, continuaba la profecía. Deberían seguir viajando hasta llegar a la costa oeste de la nueva tierra. Allí, escribió el muchacho, Dios los bendeciría y los haría prosperar, y haría que su semilla fuese una bendición para las naciones.

Un poco después, Efim escribió también una segunda profecía, pero lo único que todo el mundo conocía de esta otra era que se refería a un futuro todavía más lejano, cuando la gente tendría otra vez que huir. Efim pidió a sus padres que sellaran la segunda profecía en un sobre y repitió las instrucciones previas que había recibido. Se le dijo en su visión que únicamente un profeta, elegido por el Señor para esta tarea, podría abrir el sobre y leer la profecía a la iglesia. Cualquiera que se atreviese a abrir el sobre antes, moriría.

Bueno, lo cierto es que mucha gente en Kara Kala sonreía ante estos cuentos del niño. Sin duda tenía que haber alguna explicación para aquella lectura "milagrosa". Quizá había aprendido a leer y escribir en secreto, con el único motivo de hacerle un broma a los del pueblo.

Otros sin embargo, comenzaron a llamar a Efim el niño profeta y no estaban demasiado convencidos de que el mensaje fuese genuino. Cada vez que llegaban noticias frescas sobre la situación política a estas tranquilas cortinas del Monte Ararat, cogían las ya amarillentas hojas para leerlas de nuevo. Los problemas entre los musulmanes-turcos y los cristianos-armenios parecían crecer en intensidad. En agosto de 1896 cuatro años antes de que el abuelo degollara el novillo tuerto, no hubo acaso una turba enfurecida de turcos que asesinó a seis mil cristianos armenios en las calles de Constantinopla?

Pero Constantinopla estaba muy lejos, y habían pasado muchos años desde que se dio la profecía. Las profecías de la Biblia se daban en docenas y aún hasta centenares de años antes de que se produjesen los sucesos profetizados, pero la mayoría de la gente de Kara Kala, el abuelo entre ellas, creía que esos genuinos dones proféticos habían cesado al completarse la Biblia.

Y después, a poco de comenzar el nuevo siglo, Efim anunció que el tiempo del cumplimiento de la profecía que había escrito hacía casi cincuenta años, estaba cerca. "Tenemos que escapar a América. ¡Todos los que permanezcan aquí perecerán"

Aquí y allá en Kara Kala, familias pentecostales empaquetaban sus casas y abandonaban las pertenencias que habían sido sus posesiones desde tiempos inmemoriales. Efim y su familia, fueron de las primeras en marcharse. Cada vez que un grupo de pentecostales abandonaba Armenia, eran la irrisión de los que quedaban atrás. Estos buenos paisanos escépticos e incrédulos, inclusive muchos cristianos, rehusaban

creer que Dios podía dar instrucciones exactas a la gente moderna de nuestros días.

Pero las instrucciones demostraron ser correctas. En 1914 un período de horror inimaginable invadió Armenia. Con una cruel eficacia, los turcos iniciaron su sangrienta labor de conducir a dos tercios de la población hacia el interior del desierto de la Mesopotamia. Más de un millón de hombres, mujeres y niños murieron en aquellas marchas mortales, inclusive todos los habitantes de Kara Kala. Otro medio millón fue masacrado en sus pueblos, en un programa que le serviría más tarde a Hitler de modelo para exterminar a los judíos. "El mundo no intervino cuando los turcos barrieron a los armenios", recordó a sus seguidores, "tampoco intervendrá ahora".

Los escasos armenios que consiguieron escapar al asedio, llevaron consigo relatos de gran heroísmo. Explicaron que a veces los turcos ofrecían una oportunidad de negar su fe, a cambio de sus vidas. El procedimiento favorito de los turcos era encerrar a un grupo de cristianos en un establo y prenderle fuego "Si estáis dispuesto a aceptar a Mahoma en lugar de Cristo, abriremos las puertas." Una u otra vez, los cristianos elegían morir, cantando himnos de alabanza mientras las llamas los devoraban.

Los que habían obedecido al aviso del Niño Profeta y habían buscado asilo en América, escuchaban las noticias con espanto.

El abuelo Demos se contaba entre los que habían huido. Después de su experiencia con el patriarca ruso, el abuelo no volvió a dudar de la validez de la profecía. En 1905 vendió la granja que había pertenecido a su familia durante generaciones y aceptó a cambio el poco dinero que quisieron darle para ella. Después seleccionó las pertenencias que la familia podría llevar consigo a sus espaldas, inclusive su propia tetera rusa de bronce. Y con su esposa y sus seis hijas, Shushan, Esther, Siroon, Magga, Yerchan y Humas, y el, orgullo más de su vida, su hijo de trece años Isaac, partió para América.

La familia llegó a salvo a Nueva York, pero conscientes de la profecía, no se quedaron allí. De acuerdo con las instrucciones escritas comenzaron a viajar a través de esa tierra nueva y salvaje para ellos hasta que llegaron a Los Ángeles. Allí, para su dicha, hallaron un pequeño sector armenio en pleno proceso de crecimiento donde ya vivían algunos amigos de Kara Kala y con la ayuda de esos amigos, mi abuelo comenzó a buscar casa. "The Flats" era la localidad más barata de Los Ángeles y sin embargo fue solamente al juntarse con otras dos familias que pudo llevar a su familia a vivir en la casa de estuco en forma cuadrada en el número 919, de la calle Boston.

El pasaje del barco, el viaje a través de los Estados Unidos y su parte del alquiler de la casa, acabó con todo el dinero que obtuvo por la venta de la finca ancestral y el abuelo se puso inmediatamente a buscar trabajo sin éxito alguno. La gran depresión de los últimos años de 1800 todavía se dejaba sentir en California, no había puesto de trabajo disponible, especialmente para un recién llegado que no hablaba ni una palabra en inglés. Todas las mañanas el abuelo iba a las oficinas de empleo y siempre regresaba con el paso más vacilante que el día anterior.

Pero había un tiempo cada semana, cuando todas las preocupaciones se hacían a un lado, el culto de adoración del domingo. La casa de la Calle Boston tenía un salón al trente, bastante grande, que de pronto se convirtió en el lugar de reunión de la comunidad. Los servicios se llevaban a cabo según las costumbres que traíamos de reuniones en las iglesias en el hogar, allá de Kara Kala. El punto de enfoque era una mesa grande en la

que descansaba una Biblia abierta. A ambos lados se sentaban los hombres, alineados según orden de edad, los ancianos en primer lugar, después los jóvenes y finalmente los niños; al otro lado las mujeres, también en orden de edad. Los ancianos continuaban llevando sus pobladas barbas negras, aunque de vez en cuando un hombre joven asombraba a todo el mundo al dejarse crecer tan solo el bigote. Y se esperaba que al menos para asistir a la iglesia (aunque no durante la semana), los hombres llevaran sus túnicas de vivos colores, las mujeres sus vestidos largos bordados, con sus tocadas en la cabeza, tejidos a ganchillo, tal como se había hecho por generaciones.

Que alivio tiene que haber proporcionado al abuelo encontrar apoyo espiritual en aquel grupo de cristianos... Hacía mucho tiempo que habían aprendido que Dios podía hablarles directamente desde la Biblia. Con su necesidad de un trabajo en su mente, el abuelo se arrodillaba sobre la pequeña alfombra oriental, que había sido traída de su vieja nación, para pedir 'por una palabra'. Y enseguida toda la congregación comenzaba a orar en voz baja, a menudo en éxtasis, en desconocidos y exóticos idiomas llamados lenguas". Al final, uno de los mayores se acercaba a la Biblia y colocaba su dedo en un pasaje elegido al azar. Siempre las palabras parecían hablar directamente sobre la necesidad del momento.

A veces eran acerca de la fidelidad de Dios, y otras, acerca de la venida de los días de leche y miel, tal como lo había predicho el Niño Profeta. De cualquier modo la pequeña iglesia armenia esperaba que llegasen esos ansiados días, pero mientras duraba la espera, podía gozar de esos hermosos momentos de comunión.

Un día llegó un nuevo motivo de aliento. Sucedió que el abuelo y su cuñado Magardich Mushegan (el mismo que había predicho el nacimiento de Isaac) caminaban por la Calle San Pedro de Los Ángeles en busca de trabajo en los establos. Cuando al pasar por la calle de al lado llamada Azusa, se pararon en seco. Junto con el olor de caballos y arneses de cuero les llegó el inconfundible sonido de gentes que alababan a Dios en lenguas. No sabían que en los Estados Unidos hubiese personas que adorasen a Dios en la forma como ellos lo hacían. Se acercaron precipitadamente al establo transformado de donde procedían las voces y llamaron a la puerta. Por aquel entonces el abuelo ya había aprendido unas pocas palabras en inglés.

¿Podemos, entrar.. nosotros...?

¡Por supuesto! La puerta se abrió de par en par. Hubo abrazos, manos levantadas a Dios en acción de gracias, cánticos y alabanzas al Señor, el abuelo y Magardich regresaron a la calle Boston con la noticia de que que pentecostés había llegado hasta estas lejanas tierras desde el otro lado del mar. Nadie sabía entonces que la calle Azusa llegaría a ser un nombre famoso. Comenzaba un avivamiento aquí en ese viejo establo de caballos de alquiler que esparciría la renovación carismática por diferentes lugares alrededor del mundo. En aquel momento, el abuelo vio aquel otro cuerpo de creyentes como una clara confirmación de la promesa de Dios de que haría cosas nuevas y maravillosas en California.

Cuales serían estas cosas, el no alcanzó a vivir para verlas el tan ansiado trabajo estable que por fin llegó, se convirtió en tragedia.

Un día, en 1906, el abuelo llegó a casa con el paso más ligero,

¡Haz encontrado trabajo! dijo la abuela.

Sí lo he encontrado.

Todos los miembros de la casa se reunieron alrededor del abuelo que contaba la gran noticia. Allá en Nevada, en otro estado junto a California, explicó, los ferrocarriles estaban contratando persona.

El rostro de la abuela perdió la sonrisa, había oído hablar de Nevada. Se trataba de un desierto donde la temperatura subía por encima de los 48 grados centígrados y donde los hombres caían muertos mientras intentaban llevar a cabo el duro trabajo de tender la línea.

Pero tú te olvidas replicó el abuelo, que soy granjero. Estoy acostumbrado a trabajar al aire libre en el sol. Por otro lado, Goolisar, madre de mi hijo, ¿tenemos otra opción?.

Así fue como el abuelo pidió a los ancianos de la iglesia que se reuniesen y recibió la bendición tradicional por el viaje. Después, con una muda de ropa arrollada dentro de una manta se dirigió hacia el desierto. Muy pronto el cartero trajo un giro postal cada semana a la casa de la calle Boston.

Y entonces un verano por la noche, llegó el cable que la abuela había estado temiendo desde el principio. En un día de calor agobiante, el abuelo se había desplomado mientras trabajaba en la línea del ferrocarril. Su cuerpo sería enviado por tren de regreso.

Y con la muerte de mi abuelo, mi propio padre, Isaac, tomó el empleo para el que no estaba preparado, porque a los 14 años se había convertido en cabeza de la familia.

Desde hacía varios meses, papá vendía periódicos en la esquina de una calle del centro de Los Ángeles. Ganaba casi diez dólares al mes lo cual era una valiosa contribución mientras el abuelo vivía, pero insuficiente para alimenten ahora a su madre y a sus seis hermanas. Incluso en el gran momento periodístico que fue el terremoto de San Francisco de 1906 cuando vendió seis atados de periódicos "extras" en una hora, apenas alcanzó para poner un poco más de leche sobre la mesa.

Papá nunca hubiese tomado dinero por el que no hubiese trabajado. En los primeros años del siglo, todavía circulaban monedas de oro, las piezas de oro de cinco dólares eran de un diámetro aproximadamente al de las de una moneda de cinco centavos de ahora. Un día, un cliente con mucha prisa, depositó en su mano una moneda, recogió los tres centavos de cambio y se alejó rápidamente. Papá estuvo a punto de deslizar la moneda en el bolsillo de su delantal azul de vendedor de periódicos que llevaba escritas las palabras "Los Angeles Times" cuando se dio cuenta, al mirarla con detenimiento, que la moneda que tenía en la mano era en realidad una moneda de oro de cinco dólares.

Señor! gritó. Pero el cliente ya estaba a casi de una cuadra de distancia. Papá puso una pesa encima de sus periódicos y echó a correr tras el hombre. Un vehículo público pasó frente a él. Sin pensarlo dos veces papá montó, pagó el pasaje con sus preciosas ganancias y siguió al individuo. Cuando por fin lo alcanzó, papá saltó del tranvía.

"Señor". El hombre se volvió finalmente. "Señor, esto no es una moneda de cinco centavos", dijo papá en su inglés y extendió su mano, el oro brillo con el sol.

A menudo pienso en aquel hombre que tomó su moneda sin extender por lo menos un reconocimiento. Me gusta pensar que si hubiera podido ver los hambrientos rostros

esperando cada noche a la puerta del número 919 de la calle Boston, le hubiera dicho al muchacho que se quedara con la moneda.

Diez dolares al mes no eran suficientes para la familia. Por las noches, después del trabajo, papá comenzó a recorrer las oficinas de empleo como había hecho antes el abuelo. Pero si el trabajo para los hombres escaseaba. Los trabajos para un muchacho todavía eran más difíciles de encontrar. Por fin, supo que había una plaza en una fábrica de arneses. El sueldo era poco, quince dólares al mes, pero aun así era más de lo que podía ganar con la venta de periódicos, y papá tomó el empleo.

Un día en 1908, cuando papa tenía dieciséis años, vino a casa desde la fábrica para escuchar alarmantes palabras de la abuela.

¡Isaac!. ¡Escucha que noticias tan estupendas! dijo la abuela.

Si que necesitamos buenas noticias, respondió papá a través del pañuelo que a menudo se ponía en la boca. El fino polvo del cuero en la fabrica de arneses se le depositaba en los pulmones y le hacía toser continuamente.

¡He encontrado trabajo!, dijo la abuela.

Papá no podía creer lo que escuchaban sus oídos. Ninguna mujer armenia trabajaba por un sueldo. En su antiguo país los hombres se ocupaban de la manutención de sus familias, le recordaba a la abuela en la cocina, mientras él lavaba sus cabellos sucios por el polvo del cuero.

Pero Isaac ¿no te das cuenta de lo que significa para ti llevar esta carga? estás más delgado que un palillo. Incluso te he oído hablar ayer con rudeza a tu hermana Hamas.

Papá se ruborizó, pero mantuvo el aplomo. No tomarás ese trabajo.

Ya lo tengo. Es una familia muy amable de Hollenbeck Park. Lavaré, plancharé y haré algo de limpieza.

Entonces voy a empacar y me marcho de casa, contestó papá con lentitud, mientras abandonaba la cocina. Subió a la habitación y la abuela le siguió. Se mantuvo en pie en el umbral de la puerta mientras papá ataba sus ropas en un paquete. Sí tu trabajas, ya no me necesitas a mí aquí.

Al día siguiente, después de todo, la abuela informó a la gente de Hollenbeck Park que no les lavaría la ropa.

Pero en la fábrica de arneses la tos de papá fue empeorando. No mejoraba, ni siquiera cuando lo hicieron capataz al año siguiente, y con ello podía, a veces, estar fuera de la planta. La abuela acostumbraba comentarme cómo se quedaba despierta en cama escuchando toser a papá durante toda la noche cuando por fin persuadió a papá de que fuese a visitar al médico. El doctor confirmo lo que toda la familia ya sabía, si papá no abandonaba la fábrica de arneses, no llegaría a los veinte años.

La interrogante era ¿de qué otra forma podría él sostener a su madre y a sus hermanas? Y en este momento, como solía hacerlo siempre la familia en tiempos de

perplejidad, papá se volvió a la iglesia.

La iglesia pentecostal armenia ya no se reunía en el salón de la calle Boston. Conforme los hombres habían ido encontrando trabajo aquí y allá, lo primero que hicieron fue construir un edificio para la iglesia. Se trataba de un pequeña estructura en la calle Gless, de tal vez 20 por 10 metros, con bancas sin respaldo, que se podrían arrinconar hacia la pared cuando el gozo del Señor movía la congregación a danzar en el Espíritu. Al frente de la sala se hallaba la tradicional "mesa".

Puedo imaginar a mi papá dirigiéndose hacia la "mesa", en la misma forma en que lo había hecho en muchas ocasiones el abuelo. Se arrodilló en la pequeña alfombra marrón oscuro y expresó su necesidad, mientras detrás de él se agrupaban los ancianos, inclusive Magardich y su hijo Aram Mushegan de quien se decía que era tan fuerte que podía levantar una carreta del suelo mientras se reparaba una rueda. Fue Aram quien colocó su dedo en la Biblia y leyó en voz alta estas extrañas y hermosas palabras:

"Bendito serás tú en la ciudad, y bendito serás tú en el campo. Bendito será el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, y el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas" (Deut. 28: 34).

¿Tierra? Papá se pregunto ¿Ganado?, pero las hermosas palabras del capítulo 28 de Deuteronomio continuaban:

"El Señor enviará bendición sobre ti, en tus establos, y sobre todo aquello que emprendas y te bendecirá en la tierra que el Señor tu Dios te da".

Y mientras papá escuchaba, se daba cuenta de que había una sola cosa que siempre había deseado hacer. Lo que había estado soñando durante todos los días cuando trabajaba las máquinas cortadoras de cuero. Deseaba trabajar con vacas, con cosas verdes y frescas que crecían al aire libre.

Pero se necesita mucho dinero para adquirir tierra, lo recordaba a menudo, cuando sus pensamientos llegaban a este punto. Ahora, con la promesa de las Escrituras que se repetían sus oídos, se decidió. Papá aviso a la fábrica de arneses, y al cabo de dos meses estaba sin empleo.

Y casi al mismo tiempo comenzó a darse cuenta de una cosa. Las frutas y verduras que se exhibían en las tiendas de los alrededores de la ciudad, no sólo eran demasiado caras para que familias modestas como la suya las pudieran comprar, si no que además eran pequeñas y pálidas como si hubiesen sido cortadas antes de tiempo. ¿Que pasaría, se preguntaba, si él las llevase a la ciudad a vender, de casa en casa?

Y así fue como papá comenzó su próspero negocio. Al sur y al este de Los Ángeles, se encontraba una área llena de pequeñas granjas cuyos dueños eran armenios, que cultivaban algunas de las verduras y frutas mejor seleccionadas del mundo. Papá tomó el poco dinero que había estado ahorrando mes tras mes para el ajuar de sus hermanas y con él hizo dos compras, una carreta y un caballo de pelo rojizo de dos años, llamado "Jack".

Al día siguiente, papá condujo a "Jack" y su carreta a un cruce de ferrovía que se llamaba Downey, en aquellos días no era aun un suburbio de la ciudad, sino un poblado a veinticinco kilómetros en el campo. El viaje le llevaba casi tres horas cada vez, pero papá

disfrutaba cada minuto de ese tiempo. El aire limpio y fresco llenaba de salud sus malsanos pulmones. En la mente de papá comenzaban a emerger los sueños, un día también él sería un granjero. Incluso poseería vacas. Sería un lechero, el mejor del país.

Pero entre tanto, quedaba mucho trabajo por hacer. Aquel día, en Downey, papá fue de granja en granja a comprar lechugas aquí, toronjas allá, naranjas en otro lugar zanahorias en cualquier otra parte y cualquier otra fruta o verdura que estuviesen en su punto mas alto de la cosecha. Luego con el carro cargado con productos de primera calidad, regresaba a Los Ángeles. Mientras Jack iba de arriba abajo, hacia sonar el empedrado de las calles con las herraduras de sus patas, papá anunciaba a voz en cuello su mercancía: ¡Fresas maduras! ¡Naranjas dulces! ¡Espinacas recién cortadas!. Su producto era bueno y sus precios justos, así que la próxima vez que volvió, encontró a las amas de casa esperándolo.

Pasó un año y ahora papá tenía diecinueve, y lucía bigote de moda. El dinero del ajuar para sus hermanas se había repuesto y aumentado. Con su salud renovada y el negocio floreciente, papá comenzó a pensar en una familia propia.

Ya había echado el ojo a la muchacha que quería por esposa, una chica de quince años, con ojos negros y pelo negro que se llama Zarouhi Yesseyian. No es que la conociese personalmente. De acuerdo con las costumbres armenias, un muchacho y una chica no pueden hablarse antes de que las familias se hayan puesto de acuerdo para el matrimonio. Papá solo sabía que cuando pasaba cerca de su casa entre la Calle Sexta y Gless, el corazón le daba saltos en el pecho.

Puesto que el papá había fallecido, uno de los ancianos de la iglesia hizo la petición formal de la mano de Zarouhi. El hombre manifestó los propósitos de papá en cuanto hubiese ahorrado lo suficiente para el pago inicial, vendería su productivo negocio y compraría tierra para ganado. Después de ésto, proclamaba el joven, únicamente el cielo azul de California le pondría límites.

Así que papá se casó. Muy pronto, él y mi madre estuvieron en disposición de comprar cuatro hectáreas de tierra con cultivos de maíz, algunos eucaliptos y tierra de pasto en el corazón de Downey. Y lo más hermoso de todo, tres vacas lecheras. Con sus propias manos él y mamá construyeron una casita de tablas de madera rústica. Mamá acostumbraba decir que era una casa muy fácil de limpiar; las tablas de treinta centímetros que formaban el piso, encajaban tan mal entre ellas, que el agua de fregar se filtraba por las ranuras de la madera del piso hacia la tierra que había debajo...

De pronto me di cuenta de que mientras estaba sentado en la silla de la sala de estar y hacía recuerdos, el cielo se hacía claro tras los naranjos. Y todavía mis pensamientos seguían hurgando el pasado. El 21 de julio de 1913, aún antes de que papá y mamá terminasen la casita de madera en Downey, nació su primer hijo. A diferencia del abuelo, quien tuvo que esperar tanto para un hijo, el primer bebé de papá y mamá fue un niño. Me llamaron Demos.

En la mesa, junto a mi, la gran tetera de bronce que el abuelo había traído a sus espaldas desde Kara Kala comenzaba a reflejar la primera luz del día. Volví a mirarla, contemplé sus costados que brillaban como el oro a la luz de la aurora. Y me pregunté si al darme el nombre de mi abuelo, mis padres habían adivinado el papel misterioso que la profecía jugaría también en mi propia vida.

CAPITULO 2

Avenida Unión Pacific

A pesar de que mis padres se trasladaron a Downey cuando yo tenía ocho meses, siguieron asistiendo a la pequeña iglesia de la calle Gless. Papá decía que era de sus iglesias de donde los armenios obtenían su fuerza. Papá también me enseñó dos habilidades a la vez. Tan pronto mis manos fueron suficientemente grandes me enseñó a ordeñar y tan pronto como fui lo bastante alto para subir un cesto de naranjas y llegarle a la cabeza de "Jack", me enseñó a ponerle el arnés. Muchas de mis primeras memorias que recuerdo son de cuando uncía a Jack al carro y salíamos con mi familia hacia la iglesia; para entonces ya tenía dos hermanas, Ruth y Lucy.

El viaje tomaba tres horas tanto de ida como de regreso, y el servicio con todo y almuerzo, duraba cinco, y yo disfrutaba cada momento. Me gustaba observar a aquellos musculosos granjeros y trabajadores levantando sus manos al aire mientras el Espíritu se movía por toda la congregación, los rostros elevados al cielo, hasta que sus largas barbas apuntaban hacia adelante, paralelas a la mesa. Me gustaba escuchar sus voces profundas y encantadoras que cantaban el antiguo salterio armenio.

Aún los sermones levantaban los ánimos en aquella pequeña construcción de la calle Gless, porque hacían revivir el pasado. Armenia, nos recordaba el predicador, es la nación cristiana más antigua del mundo, y también la que más ha sufrido a causa de su fe. Las recientes masacres de los turcos eran tan sólo las últimas entre los recuerdos de salvajes atentados que los vecinos habían perpetrado con intención de aniquilar a esta pequeña nación inflexible, y de tanto oír la misma historia, llegó a convertirse en la fibra y el hueso de todos nosotros. "Estamos en el año 287, comenzaba el predicador, y el joven San Gregorio se está preguntando si debe regresar a su hogar en su amada Armenia". Gregorio había caído en desgracia con el Rey y por ello se encontraba exiliado de su país, pero en el exilio había tenido la oportunidad de escuchar el mensaje de Cristo. Finalmente, a pesar del riesgo, decidió regresar para compartir el evangelio con sus compatriotas.

El Rey pronto sabe de su retorno, lo manda a apresar y lo encierra en la más lóbrega mazmorra del castillo, para que muera de inanición. Pero no antes de que la hermana del rey escuchara a Gregorio y se convirtiera. El predicador describía con vivos colores el cuadro de la joven bajando furtivamente las húmedas escaleras de piedra de la negra y maloliente prisión, escondiendo un pan o una calabaza llena de leche de cabra, bajo una andrajosa capa. Por catorce años, la princesa consiguió mantener vivo a Gregorio.

Por aquel entonces una espantosa enfermedad se apodera del rey, una extraña locura le hizo revolcarse en el suelo aullando como un animal. Durante sus momentos de lucidez el Rey suplicó a los médicos que lo curasen, pero ninguno lo consiguió.

"Gregorio puede curarte" sugiere su hermana. "Gregorio murió hace muchos años" respondió el Rey, "sus huesos yacen podridos bajo este mismo castillo".

"El está vivo" le dice ella quedamente, y describe sus catorce años de vigilia.

De modo qué, Gregorio es sacado de su mazmorra, sus cabellos se han tornado blancos como la nieve del Monte Ararat, pero su mente y su espíritu están sanos. En el

nombre de Jesucristo, Gregorio increpa al demonio que atormenta al rey, y en aquel mismo instante el Rey es sanado. Juntos, en el año de 301, él y San Gregorio se dedican a la conversión de toda Armenia.

En el largo camino de regreso a casa yo revivía de nuevo la historia, recordaba al hombre paciente en su mazmorra, encerrado mientras los años transcurrían uno tras otro, sin perder jamás la fe, sin perder nunca la esperanza, esperando solamente que llegase el momento perfecto que el Señor le tenía preparado...

Cuando la última de sus seis hijas se casó, la abuela vino a vivir con nosotros a la pequeña casa de madera; la recuerdo bien, una mujer menuda de cabellos blancos cuyos ojos brillaban orgullosos de su único hijo varón. Lo único que lamentaba, solía decir, era que el abuelo Demos no hubiera vivido lo bastante para ver a los Shakarian con tierra propia de nuevo. Goolisar murió allí en su pequeña habitación, una mujer feliz y realizada.

Cuando yo tenía diez años, la lechería prosperaba. Las tres vacas se habían convertido en treinta, después en cien y más tarde en quinientas, y también las cinco hectáreas originales se habían convertido en cien. Ahora papá soñaba con poseer la granja más grande y mejor de California. Si el trabajo era todo lo que necesitaba para conseguir su propósito, entonces todo estaba solucionado por que mi padre sabía ciertamente trabajar y sabía también cómo conseguir que todos los demás trabajásemos.

Además de mí, trabajaban en el establo con nosotros, un grupo de México-americanos que vivían en un barracón vecino y con ellos mi padre y yo aprendimos español. No se quien disfrutaba más de los relatos, si nosotros con los cuentos mexicanos o ellos con los recuerdos de mi padre de la vida en Armenia. Nunca se cansaban de escuchar los relatos acerca de Efim, el niño profeta, o como Magardich Mushegan había predicho el nacimiento de papá. Cada vez que se sumaba una mano más al trabajo, mi papá tenía que contar los mismos relatos.

Y después tendría también que describir el funeral de Efim en 1915, el más grande que se había visto jamás en "Los Angeles Flats". Efim no había asistido a la iglesia de la calle Gless (donde los servicios se tenían en lengua armenia) sino a la iglesia de habla rusa, a unas pocas cuadras de distancia. En la fecha del gran funeral, no solamente estas dos congregaciones se juntaron, sino también las de los armenios y rusos ortodoxos, que se tuvieron que tragar sus reparos al "salvaje culto pentecostal" y asistieron al servicio, porque muchos de ellos habían venido a América como resultado de la profecía de Efim.

¿Y que hay de la segunda profecía? preguntaban los México-americanos. ¿La que aún está por cumplirse?

Sigue bien guardada. La tiene el hijo de Efim.

¿Y morirás tú si la abres?

"A menos que tu seas la persona señalada por el Señor"

¿Quién crees que será esta persona?

Pero, por supuesto, nadie conocía la respuesta...

Fue en la época en que el joven profeta murió que recibí la herida que me causaría

tantos problemas.

Nunca supe como me había roto la nariz. Un muchacho de diez años, que trabaja en una granja, generalmente se da muchos golpes. De cualquier modo, cuando comencé a notar que no podía oír con tanta facilidad como los demás niños del quinto grado, mamá me llevo al doctor.

"Yo se dónde está el problema, Zarouhi", dijo el médico, pero no lo que se puede hacer. Demos se rompió la nariz y sano mal. Los conductos nasales y auditivos están bloqueados. Se puede intentar operar, pero por lo general estas operaciones no tienen buenos resultados."

Y tampoco dicha operación obtuvo buen éxito en mi caso. Cada año iba al hospital para que trataran la obstrucción, pero otra vez volvían a cerrarse los conductos. En clase me tenía que sentar en primera fila para poder oír al maestro.

Sin embargo, no recuerdo ni una vez en que Jesús no fuese como un amigo íntimo durante estos meses en que la sordera iba en aumento; cada vez lo sentía a El más cerca ya no pude seguir participando en los juegos con los demás niños después de la escuela (no elijamos a Demos que no oye bien"). Así que comencé a sentirme sólo por completo.

No es que me importase demasiado. Mi ocupación favorita en la granja era deshierbar el maíz, porque podía alejarme por los campos hablando con el Señor en voz alta. Los veranos cuando tuve doce y trece años, las líneas de los surcos que se unían en la distancia me parecían como una inmensa catedral que se arqueaba sobre mi cabeza. Allí alzaba mis manos en el aire al estilo como lo hacían los hombres de nuestra iglesia.

"¡Déjame oír de nuevo, Jesús!" ¡No escuches lo que dice el médico acerca de que no me curaré... !

Que bien recuerdo los detalles de aquel domingo de 1926 cuando contaba trece años. Recuerdo que me levanté y me vestí en mi habitación del segundo piso de la nueva casa. Ahora ya papá tenía mil vacas lecheras, y había construido una casa de estilo español de dos pisos, con paredes de estuco blanco, con tejas rojas.

Me sentía raro mientras me vestía para ir a la iglesia. Raro en una forma muy bonita, como si todo mi cuerpo estuviese en algún tono espiritual no usual. Bajé la larga escalera de caracol a tomar mi desayuno cantando. Mis padres y hermanas ya estaban en la mesa; por aquel entonces tres nuevas chicas se habían añadido a la familia. La más joven, Florence, era todavía una bebé de dos años, pero las otras cuatro chicas estaban charlando emocionadas sobre el viaje semanal a la ciudad. Yo traté de unirme a ellas pero pronto abandoné la idea. ¿Cómo podía yo hablar con gente que mascullaba las palabras?

Nuestro viejo caballo "Jack", ya no jalaba el carro de la familia hacia la iglesia cada domingo. El año anterior cuando "Jack" cumplió 16 años, papá lo soltó en los potreros por el resto de su vida como un bien merecido retiro. En su lugar ahora teníamos un carro Studebaker con una capota de lona y caja con ejes de repuesto, debajo del asiento trasero, como prevención contra lo despaje del camino.

Aquel domingo la iglesia hervía de emoción. No había ni una sola persona en el lugar que no recordase lo que había sucedido la semana anterior. La madre de una de las muchachas de la congregación había dejado Armenia hacia dos meses para reunirse con

su hija en América. No se había recibido ni una noticia de ella desde entonces y la hija estaba histérica. Como la congregación había comenzado a orar por esta situación, el esposo de tía Esther, el tío George Stepanian, de pronto se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Por largo tiempo estuvo observando calle arriba como si viera horizontes lejanos. Al fin habló: "Tu madre está bien. Estará en Los Ángeles dentro de tres días".

Tres días después llegó la madre.

Y por ello el sentido de expectativa era tan alto aquel domingo, todos se preguntaban qué nueva forma tomaría la siguiente bendición de Dios. Quizás alguien recibiría alguna guía...

Y mientras yo pensaba en esto, algo empezó a suceder, pero no a otra persona sino a mí. Sentado en la banca de atrás con los demás muchachos, sentí algo así como si me hubiesen echado un cobertor de lana sobre los hombros. Miré a mi alrededor, asombrado, pero nadie me había tocado. Intente mover los brazos, pero éstos se resistían a obedecer como si intentase moverlos dentro del agua.

De pronto mi mandíbula comenzó a temblar como si tuviese frío a pesar de que "el cobertor" me hacía sentir calor. Los músculos de la parte posterior de mi garganta estaban tirantes. De pronto sentí un fuerte deseo de decirle a Jesús que lo amaba, pero cuando abrí la boca para decirlo, las palabras que salieron de mis labios eran incomprensibles para mí. Sabía que no era armenio, ni español, ni inglés, pero era una lengua que fluía de mí como si toda mi vida la hubiese hablado. Me volví al muchacho que tenía a mi lado y vi que me miraba con una gran sonrisa.

¡Demos ha recibido al Espíritu! gritó, y toda la gente de la iglesia se volteó. Alguien me hizo una pregunta, pero a pesar de que le entendí perfectamente sólo pude responderle con los balbucientes gozos de los sonidos nuevos. Toda la iglesia comenzó a cantar y a alabar al Señor con júbilo, mientras yo adoraba al Señor en mi nueva lengua.

Incluso horas después, mientras conducía hacia casa, a todo el que se dirigía a mí no podía sino responderle en lenguas. Subí a mi habitación y cerré la puerta, todavía las estáticas e ininteligibles sílabas surgían de mi interior. Me puse mi pijama y apague la luz. Y en aquel momento el sentimiento de la presencia del Señor vino sobre mí más fuerte que nunca. Era como si el invisible manto había permanecido sobre mis hombros durante todo este tiempo se hubiera vuelto irresistiblemente pesado, aunque no en forma desagradable. Caí al suelo y quedé tendido en la alfombra absolutamente desamparado, incapaz de incorporarme y meterme en la cama. No se trataba de una experiencia aterradora sino como un momento sano y refrescante, como el momento especial antes de caer en un sueño profundo.

Mientras yacía allí, en mi habitación, el tiempo tomó calidad de eternidad, y en la eternidad escuché una voz. Era una voz que reconocí claramente, porque la había escuchado muchas veces afuera en mi verde catedral de los campos de maíz.

Demos, ¿puedes sentarte?, preguntó.

Lo intenté, pero sin resultado. Una fuerza increíblemente fuerte, y a la vez sumamente gentil, me mantenía donde estaba. Sabía que era un muchacho fuerte, no tan fuerte como Aram Mushegan, pero por supuesto muy fuerte para mis trece años. Sin embargo, mis músculos no tenían más fuerzas que un ternero recién nacido.

La voz habló de nuevo. ¡Demos!, ¿Y dudarás alguna vez de mi poder? No, Señor Jesús.

La pregunta se repitió por tres veces y tres veces di la invariable respuesta. Entonces, de súbito, el poder que parecía rodearme comenzó a dejarse sentir en mi interior también. Sentí una fuerza de sobrehumana energía, como si pudiese salir volando de la casa y navegar por los cielos en el poder de Dios. Me sentí como si pudiera mirar hacia la tierra desde la misma perspectiva de Dios y como si se pudieran ver las necesidades humanas desde su ventajoso punto, para poder suplirlas. Y durante este rato El estuvo murmurando a mi corazón: **Demos, el poder es el derecho de nacimiento de todo cristiano; acepta el poder, Demos.**

Y pronto estaba amaneciendo. Pude oír el cenizote a través de mi ventana. Me senté en la cama. ¿Qué había oído yo?... Habían pasado años sin que pudiera oír un pájaro cantar.

Me puse de pie de un salto, me sentía hermosamente entero y vivo, me vestí rápidamente. Eran pasadas las cinco de la mañana, papá y yo teníamos que estar en los establos a las cinco y media. En cuanto abrí mi puerta aquella maravillosa mañana, pude escuchar el sonido de los huevos al freírse abajo en la cocina.

El chocar de los platos, el canto de los pájaros, el sonido de mis propios pies al bajar corriendo las gradas de baldosa roja; éstos eran pequeños sonidos que no me había dado cuenta antes de que existiesen. Entré en la cocina como un relámpago. Papá, mamá, puedo oír!

La sanación no fue total. Cuando mamá me llevó de nuevo al doctor descubrió que oía con un 90 por ciento de normalidad. ¿Por qué me quedé con un 10 por ciento de sordera? No lo sé, ni me preocupa en absoluto. Recuerdo que más tarde, ese mismo lunes por la mañana, cuando habíamos terminado de ordeñar, me fui solo a mi verde catedral. El maíz ya estaba alto, listo para la cosecha. Me senté entre dos surcos, corté un elote, lo deshojé y mordisqueé los blancos granos que resultaron lechosos y dije: **Señor, yo sé que cuando sanas a las personas es porque tienes algún trabajo para que ellas cumplan. ¿Quieres mostrarme, Señor, el trabajo que me tienes asignado?**

Antes, cuando los demás chicos de mi clase soñaban en convertirse en estrellas de "baseball", yo soñaba en convertirme en profeta. Después de todo era apenas un poco mayor que el Niño Profeta cuando tuvo su visión.

Pero los años fueron pasando sin que yo recibiera este hermoso regalo.

La profecía tomará gran parte de tu vida, parecía decir el Señor, pero tú no serás el profeta.

Entonces, un día tuve una experiencia que me hizo preguntarme si iba a convertirme en sanador. Mi hermana menor, Florence, tenía seis años cuando se cayó y se golpeó contra una tubería que salía de uno de los establos y se rompió el codo derecho. Cuando el cirujano y el especialista le arreglaron la rotura confiaban en que Florence podría hacer uso de su mano derecha, pero el codo quedaría doblado y rígido para siempre. Cuando le quitemos el yeso podremos empezar sesiones de terapia. Con paciencia la niña recuperará el diez o quizás el veinte por ciento de la articulación, es lo mejor que se puede esperar".

Un domingo en la iglesia, un tiempo después del informe médico, yo sentí de nuevo la sensación del calor, sentí que me ponían el cobertor pesado sobre mis hombros. No necesitaba preguntar de quién se trataba, ni tuve que preguntar lo que tenía que hacer, tenía que caminar a través de la sala y orar por la sanidad del brazo de Florence.

Así que mientras todos cantaban un himno, me levanté calladamente de mi banca y me dirigí a la sección de las mujeres. Me incline sobre Florence, sentada en la última banca, su brazo derecho envuelto en un pesado cabestrillo de yeso. El calor de mi espalda bajó por mis brazos hasta mis manos.

Florence, musité, voy a orar por tu codo. Sus grandes ojos negros me miraron con solemnidad. Puse mis manos sobre el yeso. Realmente, casi no oré sino que permanecí de pies sintiendo como el calor de mis brazos y mis manos fluía hacia el yeso que cubría el codo de Florence.

Siento algo! murmuró Florence, ¡algo caliente!

Y eso fue todo. En un momento la sensación del manto de calor me abandonó y regresé a mi asiento. No creo que más de media docena de personas nos observaron.

Pocas semanas después quitaron el yeso. A la hora de la comida mamá nos dijo que el especialista había puesto una mano sobre la blanca y magullada piel del codo de Florence, tomo la muñeca con la otra mano y con extrema precaución intentó enderezar el brazo herido, unos tres o cuatro centímetros. Como el antebrazo hizo el movimiento completo atrás, y luego hacia adelante, hizo mover el brazo en círculos, y en su rostro apareció una sonrisa de incredulidad. Bien...! comenzó a decir, bien, mejor de lo que esperaba. ¡Mucho mejor! está... como un brazo que jamás se hubiera roto!

Y así, en el campo de maíz, ese verano me hallé preguntándole al Señor si la sanación era el trabajo que iba a encomendarme. De nuevo creí escuchar una respuesta: **Por supuesto. Quiero que toda mi Iglesia se interese por esta labor. Tú verás maravillosas sanaciones y algunas a través de tus manos. Pero Demos, éste tampoco es el trabajo "especial" para ti.**

Para entonces yo tenía diecisiete años y cursaba segundo año en la secundaria. Debería de estar ya en mi último año pero había perdido dos años a causa de mi sordera, cuando papá compró una segunda granja. Ahora disponíamos de lugar para construir nuestros propios silos y el capital suficiente para instalar máquinas de ordeñar mecánicas. También se dedicó a otros negocios. Había sido un verdadero quebradero de cabeza para nosotros y también para nuestros vecinos granjeros, el transportar la leche hasta la embotelladora. De modo que papá inició una empresa que se ocupaba de transportar la leche. Después, al notar que el precio del jamón estaba aumentando en los Angeles, se dedicó también a la crianza de cerdos. Más tarde a empacar carne. "El Señor bendecirá todo lo que emprendas ..."parecía en verdad, que todo lo que Isaac, el hijo de la promesa, emprendía, estaba destinado a prosperar.

Su éxito era más sorprendente además, puesto que atravesábamos los años de depresión económica, por allá de los treinta. Para entonces, papá ya me había dado a manejar mi propio rebaño, y aún recuerdo al maestro que me enseñaba contabilidad decirme con esperanzas, que yo conseguía más ganancias con mis treinta vacas que la mayoría de los profesores de la Escuela Superior de Downey.

Por nuestra casa ahora pasaban políticos, hombres de negocios, dirigentes de la comunidad, y mi madre, la tímida y pequeña emigrante armenia, se encontró preparando cenas en su casa semanalmente para la gente más poderosa y prominente. Era una cocinera maravillosa, y muy pronto, sus platos armenios como "dolmas", "kuftas" y "katash" se hicieron famosos en todo el sur de California.

Pero lo que recuerdo especialmente de mi madre, es que ella se tomaba las mismas molestias para cocinar, fuese quien fuese el huésped. Muchos vagabundos pasaban en aquellos días, y recibían el mismo trato que el Alcalde de Downey, el mejor juego de porcelana, los cubiertos de plata y un mantel en la mesa. Si no habla comida caliente, la preparaba, la hacía enseguida, carne, verduras, dulces caseros, a la vez que decía en su limitado inglés. -¡Siéntense, siéntense! ¡No hay prisa para comer!

Y entre tanto, yo me sentía atraído cada vez mas hacia otra casa. Fuese cual fuese el negocio de la finca que me llevase al este de Los Angeles, siempre encontraba una excusa para acercarme a la casa color crema de Sirakan Gabrielian, en la Avenida Union Pacific 4311, con la esperanza de que su hija apareciera casualmente por el jardín. No es que pudiese hablar con ella en el caso de que apareciese por que la conversación entre chicos y chicas, salvo en caso de que estuviesen comprometidos, era algo inaudito en las comunidades armenias. Pero el solo saber que estaba cerca me producía una felicidad indescriptible.

El domingo era otra ocasión ansiosamente esperada, el domingo cuando Rose Gabrielian se sentaba con las demás muchachas en el lugar destinado a las mujeres, era la chica más bonita de toda la iglesia, la muchacha a quien todos los muchachos seguían disimuladamente con la mirada.

El nombre de su padre Sirakan, significaba en armenio llamado y eso me gustaba. Como mi propio padre, Sirakan Gabrielian había comenzado de la nada. Eventualmente había conseguido reunir unos cien dólares, y así como mi papá, compró una carreta y un caballo. Sirakán, sin embargo, en lugar de transportar frutas y verduras con su carreta, se dedicó a recoger basura. Hacía bastante falta en Los Angeles hacia el final de siglo, y pronto pudo comprarse una segunda carreta y después una tercera.

Sirakan y su familia eran ortodoxos armenios, sin embargo vivía muy cerca de la iglesia de la Calle Gless, y al escuchar los alegres cantos que salía por las ventanas abiertas, semana tras semana, él decidió investigar de qué se trataba. Al poco tiempo se unió a nuestra congregación y por poco le cuesta la vida. Para muchos armenios ortodoxos, los pentecostales eran algo así como traidores a su antigua fe. Ver que uno de los suyos se sumaba a este odiado grupo, era lo mismo que verlo muerto.

Y por ello decidieron sepultarlo.

Un día, cuando Sirakan llegó al botadero de basura de la ciudad con su carga, se encontró con un grupo de creyentes ortodoxos que lo esperaban. Ellos maniataron sus brazos y piernas y lo llevaron a un hoyo que ellos habían cavado en el suelo arenoso. Ya lo habían tirado en el hoyo y lo habían cubierto con varias capas de tierra, cuando una carreta conducida por pentecostales llegó, y durante la lucha que siguió Sirakan pudo librarse.

Me divertía escuchar cómo contaba esta historia Sirakan. También me gustaba escucharlo hablar de su matrimonio. Cuando Sirakan tenía veintiún años su padre decidió regresara Armenia a buscarse una esposa, por que la madre de Sirakan había fallecido

hacía algunos años. El negocio de Sirakan también estaba prosperando, por lo que le pidió a su padre que le trajese también una esposa para él.

El padre de Sirakan tuvo éxito en ambos casos. Para su hijo eligió una muchacha muy bonita de trece años, que se llamaba Tiroon Marderosian. Para facilitar su entrada en los Estados Unidos se casó por poder en Armenia, y luego inició el largo viaje para unirse al esposo que jamás había visto. Más tarde se daría cuenta de cuán providencial había sido la elección. Pocas semanas después, los turcos atacaron aquel territorio armenio y las dos esposas fueron las dos últimas mujeres que salieron vivas del pueblo.

La bienvenida que Tiroon recibió en Los Angeles debió ser la más extraña que una joven esposa haya experimentado jamás. Sirakan no esperaba a su padre y a las dos mujeres hasta el día siguiente. Regresaba del basurero de la ciudad, para encontrarse a una niña de mirada aterrada parada a mitad de la sala. Con sorpresa adivinó que debía tratarse de su esposa, y que él estaba cubierto de suciedad de pies a cabeza.

¡Quédate aquí!, le gritó ¡Quédate aquí mismo! como si la pobre niña tuviera otro lugar a donde ir. Salió corriendo por la parte trasera de la casa y media hora después, limpio, cepillado y perfumado, el joven Sirakan, "Amado" Gabrielian, dio su formal discurso de bienvenida a la joven dama, quién se sintió ya más aliviada.

Estos eran los padres de Rose, los que algún día elegirían un marido para ella. Pero yo no podía acercármeles directamente para pedirles a su hija en matrimonio. Tanto en mi caso como en el suyo, era la familia quien debía tomar la iniciativa.

Cómo temblaba yo la noche en que comencé a dar a entender mis intenciones a mi padre! Era una noche de junio de 1932, y estábamos todos sentados alrededor de la mesa en el comedor, la puerta estaba abierta para dejar entrar la brisa. ¿Papá, sabes que ya tengo diecinueve años?" le dije. Papá se limpió el bigote y cortó otro pedazo de carne, y continué, "estoy a punto de graduarme en la escuela superior, y estoy ayudando a pagar las granjas. Y tú tenías diecinueve años cuando te casaste."

Mis cinco hermanas dejaron de comer. Mamá dejó el tenedor al lado del plato, y preguntó ¿Hay una muchacha en particular? Sí. ¿Es Cristiana? ¡Oh, sí!

"Es..." comencé. "Ella es Rose Gabrielian".

"Ah..." suspiró mamá.

Así que..." dijo papá.

"Oh..." corearon todas mis hermanas a la vez.

Y así comenzó a elaborarse el ceremonial que desde hacía siglos precedía la propuesta de matrimonio. Primero, a pesar de que las familias se veían cada semana en la iglesia y eran amigos íntimos, se tenía que preparar un encuentro oficial.

Este delicado asunto se manejaba por medio de un intermediario cuidadosamente escogido. Después de largas discusiones (en las que por supuesto no se me consultaba para nada) mamá y papá estuvieron de acuerdo en que la persona adecuada para esta delicada tarea era Raphael Janoian, el esposo de la hermana de papá, Siroon. Un buen

augurio, me dije a mí mismo, porque de los seis hombres que se habían casado con las hermanas de mi padre, el tío Janoian era mi favorito; él era dueño de un predio de chatarra donde, cuando yo tenía catorce años, me permitía escoger entre sus viejos repuestos de automóvil con los que yo pretendí construirme mi primer automóvil. Y este predio de chatarra lo ponía en contacto diario con la familia de los Gabrielian, debido a la compañía de transporte de éstos.

Aún recuerdo como corrí hacia su automóvil cuando él regresó de la cita formal de casa de Sirakan Gabrielian. Pero el tío Janoian no iba a descargar su encargo tan fácilmente. Deliberadamente se dirigió hasta nuestra sala de estar, aceptó una tasa de te muy fuerte y dulce, y comenzó a sorberlo lentamente.

Y bien, Raphael, dijo mi padre apurándolo.

Pues bien, Isaac, respondió el tío Janoian, hemos acordado la fecha. Los Gabrielian estarán encantados de recibir una visita de los Shakarían el día veinte del mes entrante.

¡La visita ya estaba acordada! Entonces, por lo menos, no lo habían rechazado de plano, y ésto significaba que Rose, sin duda, iba a tomarme en consideración. Este pensamiento hacía que mi cabeza volase.

Por fin llegó el veinte de julio. Terminé mis obligaciones en el establo en un tiempo desusado y comencé a prepararme para la visita, me bañé, me duché, y me bañé de nuevo. Me cepillé los dientes hasta casi quitar el esmalte. Usé los dos, "Listerine" y "Lavoris". Me cepille la suciedad que la granja dejaba en mis uñas hasta que el cepillo perdió sus cerdas.

Escuche como papá sacaba el Packard de la cochera. Una última subida por las escaleras para limpiar una mancha de mis zapatos y una nueva aplicación de antisépticos en la cortada que me había hecho en la cara después de mi tercera afeitada.

"Demos" tronó mi padre. "¿Qué pretendes? ¿Estar más bonito que Rose?"

Apretado entre mis hermanas en la parte trasera del automóvil pensé que los veintisiete kilómetros entre Downey y el este de Los Ángeles jamás me habían parecido tan distantes. Finalmente llegamos al número 4311 de Unión Pacific. Marchamos como una tropa por el camino de grava, a lo largo de las bellamente alineadas matas de albahaca, perejil y otras hierbas de cocina. La puerta principal se abrió de par en par, y allí, de pie, estaban: Sirakan, Tiroon, Eduardo el hermano mayor de Rose, tíos y tías abuelas y un sinnúmero de primos. Y detrás de todos ellos se hallaba Rose, con un vestido veraniego del color de su nombre.

No pude verla mucho, porque la reunión se deshizo de inmediato, y como era costumbre armenia, en grupos que se excluían mutuamente, los hombres en un lugar del gran salón y las mujeres en el otro. De vez en cuando, yo miraba hacia el grupo donde Rose estaba sentada con mis hermanas y me preguntaba de que estarían hablando las chicas. Rose tenía la misma edad de mi hermana Lucy y me preguntaba si yo podría hablarle a Rose con la misma naturalidad y facilidad con que lo hacía Lucy. Tampoco tomé parte en la solemne conversación que mantenían mi padre y Sirakan Gabrielian desde dos cómodos sillones, uno junto al otro. Fuera lo que fuese que hablaban entre ellos, ambos hombres parecían satisfechos; ya en la puerta, el señor Gabrielian dijo a mi padre: "Le haré

llegar tu mensaje a Rose",

Y dos semanas más tarde el tío Janoian transmitió la histórica respuesta:

Rose se casaría conmigo.

Ahora venían las cinco noches tradicionales de celebración en la casa de la novia para festejar una respuesta afirmativa: sí. Había alegres noches de cantos, comidas especiales, discursos y mutuas felicitaciones, porque entre los armenios no son dos individuos, sino dos familias, las que se casan la una con la otra.

Una noche Rose nos dio un concierto de piano, y mi corazón se infló de orgullo al contemplar sus dedos volando con tanta ligereza sobre el teclado. Yo había tomado lecciones de violín una vez, pero lo dejé de mutuo acuerdo con mi profesor y con todos los que estaban dentro de los límites del auditorio. Florence había heredado ambas cosas, el violín y las lecciones, y ella también tocó para ambas familias reunidas; tenía ocho años, y su ágil brazo derecho se inclinaba amorosamente alrededor del brillante instrumento de madera.

Vino la noche de entregar la "prenda", ese regalo tradicional del chico a la muchacha, que simbolizaba la nueva relación. En este caso, se trataba de un reloj de pulsera de diamantes. El regalo había sido elegido también por mis padres, pero a mí me tocaba la tarea de cruzar la habitación hasta donde estaban sentadas las mujeres y colocar el reloj alrededor de la muñeca de Rose. En un repentino silencio, sintiendo los oídos de cada uno de los presentes en la habitación sobre mi persona, mis dedos se volvieron duros, como de madera. Primero, no podía abrir el cierre, y después no lo podía cerrar. Recordé con nostalgia mi tractor cuyas piezas podía desmontar una por una y volverlas a montar sin tener que pensar ni un momento. Al final, Rose acercó su mano derecha y abrochó el cierre por mí.

Por supuesto, quedaban todavía decisiones que tomar por parte de nuestros mayores, tales como dónde y cuándo tendría lugar la boda. La iglesia de la Calle Gless, todos estuvieron de acuerdo, era demasiado pequeña para ¡os centenares de personas que vendrían, y a la vez, los familiares pertenecientes a la iglesia ortodoxa antes se dejarían matar que poner allí los pies. No, la boda sería en la casa paterna del novio, según la costumbre del viejo país, y la fiesta que seguiría (y que era por supuesto, el suceso principal de las solemnidades armenias) se llevaría a cabo en la doble pista de tenis del jardín posterior de la granja.

En cuanto la fecha los Gabrielian preferían esperar por lo menos un año. Los tiempos han cambiado, explicaban, desde que mi madre se casó a los quince años y la madre de Rose a los trece. Una mujer necesitaba madurez para cuidar de una familia en estos días. Tendríamos que esperar a que Rose tuviera dieciséis años.

Y mientras se discutían nuestros asuntos, Rose y yo todavía no nos habíamos dicho una palabra. Tradicionalmente, el momento tendría después de la fiesta formal del compromiso, donde incluso los parientes más lejanos serían invitados, pero estas reuniones familiares eran solamente los preliminares.

A la cuarta noche de celebración ya no pude aguantar más. Lancé las milenarias tradiciones por el aire y me puse de pie de un salto.

Señora Gabrielian, dije a través de aquella muchedumbre de cabezas, ¿puedo hablar con Rose?

Durante unos horribles instantes la señora Tiroon Gabrielian me miró en silencio. Después, con un movimiento de cabeza, que parecía preguntarse a dónde irían a parar los jóvenes de hoy, nos condujo a Rose y a mí a la otra habitación, colocó dos sillas de altos respaldos, una al lado de la otra en el centro de la sala y se marchó dejándonos solos.

Por vez primera en nuestras vidas. Y de repente todos esos hermosos discursos que yo había preparado de antemano se me escaparon. Yo había ensayado delicadas obras maestras para expresar mis sentimientos de amor y había recordado frases poéticas en armenio, por que el padre de la novia, alarmado por la "nueva locura de Hollywood" que reinaba en la ciudad, no permitía una palabra de inglés en su casa. Yo pretendía decirle que era la muchacha más hermosa del mundo, y que estaba dispuesto a Pasar toda la vida haciéndola feliz. Pero no pude recordar una sola palabra, y allí me quedé sentado con la lengua trabada como estúpido. Al final, horrorizado, las primeras palabras que salieron de mis labios fueron:

"Rose, sé que Dios nos quiere juntos".

Ante mi asombro, sus brillantes ojos cafés se inundaron en lágrimas. Demos, "musitó, he orado durante toda mi vida para que el hombre con quien me tuviera que casar me dijese esas palabras antes de todo"

Tres semanas después llegó el momento del compromiso oficial cuando la novia recibiría el anillo. Fuimos juntos a un almacén de mayoreo a escoger el diamante, acompañados, por supuesto, de una larga tropa de familiares. El nombre de la dependienta, todavía lo recuerdo, era señora Earhart, hablamos acerca de su hija Amelia, que acababa de cruzar el Océano Atlántico sola en su avión. Descubrí a Rose mirando a hurtadillas un diamante pequeño que había en una de las bandejas, pero mi madre había elegido otro. No se nos ocurrió a ninguno de los dos contradecir su decisión.

La fiesta de compromiso tuvo lugar en la tienda de víveres al señor Gabrielian, donde había cupo para trescientas personas. Después de esto se me permitió visitar a Rose tan a menudo como quisiera, lo cual sucedía todas las noches cuando yo no trabajaba. Mientras transcurría ese año largo para mi, mi madre, Rose y mis hermanas fueron saliendo de compras cada vez más a menudo. Por tradición, la familia del novio compra el ajuar de la novia, y para elegir un bolso y un sombrero se podía disfrutar de media docena de salidas. La compra favorita de Rose fue un vestido marrón oscuro y unos zapatos que hacían juego. En la comunidad armenia solamente las mujeres casadas llevan colores oscuros; Rose estaba convencida de que parecería unos cinco años mayor cuando se los pusiese.

La boda tuvo lugar el 6 de agosto de 1933. Aquella mañana el clan entero Shakarian se dirigió hasta la parte este de Los Ángeles donde ella vivía, para "llevarse la novia a casa". Puesto que el banquete más importante del día se haría por la noche, los Gabrielian sirvieron un almuerzo de cinco platos que para los armenios era una pequeña merienda. Después, ambas familias partieron hacia Downey, en una caravana de veinticinco automóviles adornados con flores.

En casa, la alambrada que rodeaba a dos canchas de tenis, había desaparecido

detrás de grandes cascadas de rosas. Del resto del día puedo recordar tan sólo momentos aislados. La larga barba de color castaño del pastor Perumean se sacudía hacia arriba y hacia abajo sin descanso al compás de la lectura del antiguo servicio armenio. Colgaban hilos de lamparillas entre las palmeras y los camareros con casaca blanca luchaban por sostener los tremendos azafates de "shishkebab" y el tradicional "pilaf", plato de bodas hecho de dátiles y almendras, que mi madre había pasado días enteros preparando.

Recuerdo que había quinientos invitados y cada uno de ellos, según parecía, había escrito un poema en armenio que tenía que escucharse y ser aplaudido por la concurrencia entera. A las once de la noche, yo me sentía mareado de tanta fatiga, y había lágrimas en los ojos de Rose por que llevaba zapatos blancos con tacón alto desde por la mañana.

Cuando nos pusimos de pie para despedir a la interminable cantidad de parientes y amigos, estábamos seguros de una cosa, Rose y yo estábamos al final completamente, irrevocablemente y permanentemente casados en todo el sentido de la palabra armenia .

CAPITULO 3

Una bomba de tiempo

Era la tradición, que equivale a decir lo aceptamos sin cuestionario, que el novio y la novia debían pasar su primero y quizá segundo año de matrimonio con la familia del novio. La sombra sobre esta gran casa de estilo español, era por aquel entonces, la quebrantada salud de mi hermana Lucy. A los once años había recibido una herida en el pecho en un accidente del autobús escolar, ahora cada vez se quejaba más de molestias al respirar. La cirugía no conseguía mejoría alguna, ni tampoco nuestras oraciones conseguían una sanación permanente. ¿Por qué Señor? preguntaba yo una y otra vez. ¿Por qué sanaste el codo de Florence, pero no sanas el pecho de Lucy?.

Rose y yo estábamos viviendo con mi familia cuando nació nuestro hijo Richard en octubre de 1934. Enseguida comenzamos a construir una casa para nosotros al lado. Los años que siguieron fueron un verdadero desafío para nuestros negocios lecheros. Incluso durante la depresión económica los negocios fueron creciendo con más rapidez de lo que papá jamás pudo soñar cuando trabajaba entre el polvo del cuero de la fabrica de arneses, o cuando apuraba a "Jack", con una carreta cargada de vegetales. Ya teníamos la granja lechera más grande de toda California y papá tenía un nuevo sueño, poseer la lechería más grande del mundo. Nos decían que aquí, en esta parte del mundo ya existía la lechería que tenía tres mil vacas de ordeño. Esa se convirtió en nuestra meta.

Junto con este sueño vinieron otros, ampliamos nuestra caravana de camiones lecheros. Ya teníamos trescientos y si tuviésemos quinientos podríamos servir a todo el estado.

También podríamos usar nuestra flota de camiones para acarrear ensilaje y para llevar los cerdos y el ganado de carne hasta las plantas procesadoras. Las ambiciones nuestras fueron creciendo más y más, por que en los Estados Unidos no había límites en cuanto al trabajo que pudiera lograr un armenio.

Y probablemente lograría mucho más. Yo tomé a mi cargo un proyecto especial, el proyecto de construir "Reliance Number Three", la tercera de nuestras granjas lecheras, que nos daría capacidad para tres mil cabezas de ganado. Compramos un terreno como de veinte hectáreas y empezamos la construcción de corrales, silos y un moderno establo y cremería donde la leche pasaba de la vaca a la botella sin ser tocada por manos.

De vez en cuando me preguntaba brevemente si Dios tendría aún el plan para mi vida que yo había sentido con tanta seguridad cuando era niño. Pero el hecho era de que Dios ya no estaba en el centro de mi vida. Por supuesto que siempre íbamos a la iglesia de la Calle Gless, todos los domingos, con nuestro pequeño hijo Richard dando saltos en el asiento trasero. Pero cuando yo era honesto conmigo mismo me daba cuenta de que los negocios se habían convertido en el objeto principal de mis pensamientos y energía. Frecuentemente comenzaba el trabajo a las siete de la mañana para terminar después de las once de la noche.

En 1936 me lance a una nueva empresa, una planta de fertilizantes y desde entonces yo me sentaba a menudo en mi escritorio toda la noche.

Incluso cuando oraba, mis oraciones eran enfocadas en el precio de la alfalfa, o en

el rendimiento en kilómetros que daban nuestros camiones. Por ejemplo, había toda esas importantes decisiones con las que el dueño de una lechería se enfrenta, cómo seleccionar el mejor hato. Un buen torete de calidad, que incluso a mediados de los años treinta, podía costar quince mil dólares. Pero a pesar de este precio, respaldado por un "pedigree cinta azul" comprar un toro era siempre como una lotería. La incógnita residía en que si el animal podía transmitir sus cualidades deseables a sus crías, y un toro capaz de lograrlo consistentemente, era solo uno entre mil.

De modo que yo oraba entre el ruido y el polvo del lugar de la subasta de ganado. "Señor. Tú hiciste estos animales. Tú ves cada célula y fibra. Indícame cual es el toro que tengo que comprar". A veces me llevaba el toro mas delgado de todos y lo veía después convertirse en un criador de campeones.

Siempre llevé conmigo mis creencias pentecostales a los establos. Muchas noches pasaba mi mano en un ternero febril, o sobre una vaca que tenía un parto difícil, y observaba al veterinario sorprendido cuando la oración hacía lo que él no podían hacer.

Si, es verdad que todavía creía. La palabra "Reliance", nombre de nuestra empresa familiar quería decir precisamente confianza en Dios y si la teníamos todos los días en El. Sólo que parecía que yo siempre estaba recibiendo del Señor pero dándole muy poco.

Por eso es que me sentía tan perplejo por la profecía que se refería a Rose y a mí.

Milton Hasen era un pintor de casas en una época cuando nadie pintaba sus casas. Era un noruego alto, delgado, de cabellos rubios y que había pasado muchas penas. Sin embargo, era la persona más alegre que jamás había conocido. Sabíamos cuándo venía a visitarnos por que oíamos bajar por la calle cantando himnos evangélicos a todo pulmón.

Una noche, cuando Rose, Milton y yo estábamos en nuestra pequeña sala de estar, Milton alzó sus largos brazos y comenzó a temblar. Milton pertenecía a una denominación particular de pentecostales; cuando el Espíritu descendía sobre él, cerraba los ojos, levantaba sus manos y hablaba en una voz fuerte y retórica. Rose y yo éramos "naves escogidas", que el hacía tronar. Nosotros "éramos guiados paso a paso".

Mantengan la mente en las cosas del Señor, clamó Milton. Ustedes entrarán a través de las puertas de la ciudad y nadie las cerrará delante de ustedes. Hablarán de cosas santas con los jefes de estado alrededor del mundo.

Yo miré a Rose y vi que estaba tan atónita como yo. "¿Importantes hombres de estado?" ¿Viajes a través del mundo entero? Ni Rose ni yo habíamos salido jamás de California, y con un niño de tres años y otro bebé en camino, nuestros sueños o esperanzas estaban concentradas alrededor de nuestro pequeño hogar.

Milton tuvo que leer la expresión de nuestros rostros.

No me echéis la culpa, amigos, dijo en su acostumbrado tono amable. No hago más que repetir lo que dice el Señor. Tampoco yo entiendo todo ésto.

Estoy seguro de que me habría olvidado de la profecía de Milton, casi al instante, de no haber sido por una sorprendente segunda experiencia. Algunos días

después, por intuición, se me ocurrió entrar por casualidad a un servicio entre semana de una iglesia, en una parte de la ciudad que yo no conocía. Al terminar el sermón, el pastor hizo un llamado al altar. Tal vez por que yo estaba convencido de que mi vida espiritual no era la que debía ser, acepté la invitación y me arrodillé en el reclinatorio. El pastor fue pasando frente a cada uno de los que estábamos arrodillados e imponiendo manos en uno tras otro. Cuando me llegó el turno, dijo con una voz que retumbó por la iglesia:

Hijo mío, tú eres una nave escogida para un trabajo específico. Yo te estoy guiando. Tu visitarás altos oficiales de gobierno en muchas partes del mundo en el nombre del Señor. Cuando tú llegues a una ciudad, las puertas se abrirán y ningún hombre podrá cerrarlas.

Recuerdo que me levanté un poco indeciso. ¡Qué increíble coincidencia! me dije a mi mismo, no es concebible que este pastor nos conozca a mi y a Milton Hasen, ¿Será este mensaje algo que de verdad proviene de Dios? Yo no entiendo, "mantén tu mente ocupada en las cosas del Señor", me habían dicho Milton. Yo bien sabía que era teología sana y yo también sabía que mi mente, aunque intentase algo diferente, estaba siempre lista a ocuparse de los negocios privados de la familia Shakarian.

El año siguiente sucedieron en nuestra familia dos grandes acontecimientos: el primero fue el nacimiento de nuestra hija Geraldine, en octubre en 1938, el siguiente fue la muerte de mi hermana Lucy la primavera siguiente, a la temprana edad de 22 años. Esta hermana mía tenía la misma edad que Rose y era ciertamente la más hermosa de mis hermanas y también la más sensible e inteligente, cuyo ambicionado sueño era el de convertirse en maestra de escuela, sueño por cierto poco común entre las muchachas armenias de aquellos días. Lucy era tan apreciada en el Colegio Whittier, donde estudiaba, que en el día de su funeral se suspendieron las clases como un tributo a *su* memoria. Por primera vez en muchos años yo *me* enfrentaba a una de las grandes preguntas que atormentan la mente humana: ¿Para que venimos al mundo? ¿Cuál es el significado de la muerte? ¿y de la vida?

Yo miraba en la Iglesia de la Calle Gless a amigos y familiares durante la acostumbrada comida del funeral y me repetía esas preguntas. La muerte para nosotros los armenios era la señal para que nos reuniéramos todos los parientes, inmediatos hasta los más lejanos y después del funeral, la costumbre requería ofrecer una comida formal. Esta era una verdadera necesidad allá en armenia por las grandes distancias que muchos miembros tenían que recorrer para venir hasta el funeral. Pero aquí en California esta comida se convertía en una especie de sacramento de la unidad familiar.

Yo me senté al lado de mi padre en un extremo de la mesa larga, puesta cerca del altar y podían mirar hacia el extremo opuesto donde se sentaba mi madre. A su lado se sentaba Rose, que tenía a la pequeña Gerry en su regazo y junto a ella el otro hijo nuestro, Richard, que ya contaba con cuatro años. El tío Magardich Mushegan había muerto hacía ya algunos años, pero cerca de Richard se sentaba Aram, el hijo de Magardich y a continuación el hijo de éste llamado Harry. En esta ocasión se encontraban también las seis hermanas de papá y sus esposos y mis cuatro hermanas restantes, Ruth, Grace y Roxanne con su esposo y sus respectivas familias; la más pequeña, Florence, que era ya según la mentalidad de nosotros los armenios, una mujer hecha y derecha a sus 15 años. En las restantes mesas en torno de la nuestra se hallaban los sobrinos y los primos y un sinnúmero de parientes políticos...

Y todos habíamos prosperado. Estos armenios eran gente orgullosa y fuerte, los

hombres con estómagos de hierro ciertamente bien alimentados y las mujeres con sus mantillas de seda negras. Me vino a la mente entonces la profecía que habían traído a toda esta gente desde tan lejos, hasta esta tierra de abundancia: "Yo os bendeciré y os haré prosperar", había prometido Dios allá en las montañas de Kara Kala y ahora que miraba a mi alrededor ciertamente lo podían constatar.

Pero había también otra parte de la profecía: "Yo haré que vuestra descendencia sea una bendición para las naciones". ¿Estábamos haciendo que esta parte de la profecía se llevase también a cabo? ¿Eramos una bendición para otras gentes? En cierto sentido, si era así, por que toda esta gente eran buenos vecinos, excelentes trabajadores, buenos y justos patronos. Pero... ¿era eso todo?

No, ésto no es todo, le dije a Rose mientras regresábamos a nuestra casa en Downey, estoy convencido de que Dios nos está pidiendo que hagamos algo por los demás. Solamente que yo no se exactamente qué cosa debemos hacer.

En los meses que siguieron comencé a prestar más atención a las personas con las cuales trabajaba todos los días y había ciertamente muchos de ellos, no solamente nuestros propios vaqueros, si no también vendedores de grano, conducto-, res de camiones, fabricantes de botellas, y en esos días hice un sorprendente descubrimiento, estos hombres nunca hablaban de Dios.

Hubo de pasar un cierto tiempo antes de que mi mente se acostumbrase a ellos, porque Dios era tan real en mi vida... como lo eran Rose y mis hijos. El formaba parte de mi existencia, todos los días y a todas horas. Es cierto que sabían en una forma abstracta que había gente que no conocía a Dios, y que en nuestra iglesia se hacían colectas que iban a parara las Islas del Pacífico o a cualquier otro de esos lugares donde había misioneros.

Pero que aquí mismo, en la ciudad de Los Angeles, donde ciertamente había una iglesia en cada esquina, que hubiese personas maduras que no fueran creyentes, era algo que ciertamente ni siquiera se me había ocurrido pensar. Y ahora que ya lo sabía ¿qué debería hacer yo?

Una noche, mientras oraba por todo ésto, una terrible escena cruzó por mi mente. El lugar era el Parque Lincoln, un espacio grande al aire libre cubierto de pasto y árboles, a quince kilómetros de Downey, en donde a menudo íbamos a hacer un día de campo. Un domingo por la tarde, en el verano, pueden reunirse allí miles de personas sentadas en la hierba sobre mantas. Pero en la escena que veía, la que aparecía en los ojos de mi mente, estaba yo subido, no sé cómo, en una plataforma en medio de toda esa gente y les estaba hablando de Jesús.

Al siguiente día, en lugar de desvanecerse después de un sueño restaurador, la ridícula idea permanecía allí como clavada. Mientras me ponía la corbata se la mencioné a Rose.

Querida, estoy imaginándome esta terrible escena donde yo estoy de pie en una plataforma hablándole a una multitud de gente...

..."en el Parque Lincoln" terminó ella por mí.

Me di vuelta del espejo, ocupado todavía con el nudo de la corbata.

"He estado pensando en esta misma cosa", dijo ella. No he conseguido alejar este pensamiento de mi mente. Me pareció una cosa tan tonta que ni quería decírtelo..."

Nos miramos fijamente el uno al otro en la soleada habitación, sin imaginarnos siquiera lo a menudo que experimentábamos este fenómeno. Entonces nos pareció una lejana coincidencia, sin motivo alguno.

"Tu me conoces bien, Rose. Si yo tengo que hablar a más de dos personas a la vez, me asusto de tal manera que no soy capaz de recordar cómo me llamo".

Yo era un granjero, pensaba despacio, hablaba lentamente, sabía que jamás podría traducir en palabras lo que Jesús significaba para mí.

Fue Rose quien no dejó pasar la idea. Recuerda, estábamos pidiéndole a Dios que nos comunicase lo que teníamos que hacer. ¿Y si esto fuera su respuesta? de otro modo ¿Cómo nos habría ocurrido a los dos a la vez una idea tan extraña?

Bueno, al principio revisé los reglamentos de la ciudad, y para alivio mío, encontré que el Parque Lincoln estaba reservado para recreo público, no para uso privado, cualquiera que fuese.

Pero Rose, investigando por cuenta propia, descubrió un lote vacío al cruzar la calle desde donde se veía el parque perfectamente. Pertenece a un hombre que poseía una granja dedicada a la cría de avestruces, con la esperanza de atraer clientes del parque. El negocio no andaba muy bien y le encantó la idea de alquilar el lote vacío, junto a la granja, los domingos por la tarde.

Y así, repentinamente, sin darme cuenta como había sucedido, me hallé comprometido en esta locura. Al principio había demasiados detalles de orden práctico que atender, de modo que no tuve tiempo de sentirme asustado. Había que obtener permisos de la policía, levantar una plataforma y además alquilar el equipo de amplificadores Rose pensó que podría conseguir algunas muchachas de la iglesia para cantar.

En cuanto al mensaje, me consolaba a mi mismo pensando que con la cantidad de sermones que había escuchado en mi vida, había adquirido experiencia para hablar con soltura, y la música podría llenar la mayor parte del tiempo.

Pero cuando se fue acercando el primer domingo comencé a despertarme por la noche sudando. El sueño era siempre el mismo, yo estaba de pie sobre una plataforma ridículamente alta, gritando y agitando los brazos, mientras mirándome con horror, estaba frente a mí, un compañero con quien había estado tratando de negocios aquel día.

¿Supóngase que ésto sucediera realmente?. ¿Supóngase que algún comprador o vendedor estuviera realmente en el parque?. ¿Que pensaría?. Allí estaba yo, un próspero y joven hombre de negocios, que comenzaba a alcanzar una buena reputación por mi sano juicio. ¿Qué sucedería si corriese la voz de que yo era una especie de fanático religioso? Esto podría arruinar no sólo mi nombre, si no también todo lo que mi padre había construido con tanto esfuerzo.

Y llegó el primer domingo en junio de 1940, el día en que deberíamos empezar. Nos dirigimos al lote junto a la granja de avestruces, después del servicio matutino de la iglesia y comenzamos por poner el altavoz. Era un día cálido y despejado, y el porque Lincoln, al otro lado de la calle estaba muy concurrido. ¿Por que no habría llovido? estaba pensando yo, mientras Rose deliraba por un tiempo maravilloso. En ese momento ella dirigía el coro formado por tres chicas de la iglesia que cantaban el tan conocido himno: "¡Oh, qué amigo tenemos en Jesús...!" Terminó el canto. Yo subí por los hechizos peldaños a la plataforma, conecté el micrófono y carraspeé mi garganta para aclararme la voz. Para mi horror, el sonido tronó a través de los altavoces. Di un salto hacia atrás.

Amigos..." empecé, otra vez un rugido explotó alrededor mío. Pronuncié unas pocas frases consciente tan sólo de ese monstruoso eco mecánico que producía mi voz. Después desesperadamente hice señales a las chicas para que cantasen de nuevo.

Por aquí por allá las gentes iban recogiendo sus mantas y hubiera jurado que se marchaban del parque. Pero para mi sorpresa muchos de ellos se acercaron y pusieron sus mantas en un lugar donde nos pudieran ver mejor. De pronto me vi rodeado de un real auditorio que aumentó mi valor. Avance hacia el micrófono, seleccioné a un pobre hombre que vestía una camisa amarilla, le mire a los ojos, y le dirigí directamente a él mi sermón.

Y después oí claramente una voz de mujer que decía "¿Querido, no es este Demos Shakarian ?"

Mis ojos buscaron entre la muchedumbre. Allí estaba ella, me señalaba a través de la canasta en que acarreaba su comida, mientras que a su lado, tratando de ver a pesar de su miopía, estaba sentado el hombre a quien habíamos comprado la valla eléctrica.

No puede ser Shakarian", dijo él en medio de un repentino silencio, mientras rebuscaba en la bolsa de su comida. Sacó un par de gafas "¡Caramba! pues sí que es el mismo Shakarian."

El cuello de la camisa me estaba cortando la tráquea, sentía el micrófono húmedo y resbaladizo entre mis manos sudorosas. Escuché un sollozo y me pregunté si estarían llorando. Allí junto a la pequeña plataforma se hallaba el hombre de la camisa amarilla, le corrían las lágrimas por las mejillas.

"Tiene razón, hermano, tiene razón", sollozaba. "Dios ha sido bueno conmigo".

Yo lo miré mudo de asombró. Por fortuna Rose tuvo la suficiente presencia de ánimo para invitarlo a subir a la plataforma. El hombre tomó el sudado micrófono e hizo un largo relato de éxitos materiales y fracasos personales. Un pequeño manantial de gente cruzo la calle y se apiñó en torno a la plataforma.

"Esta es también mi historia", dijo otro hombre, a la vez que subía los tres escalones.

Me olvidé de los altavoces, me olvidé del hombre que me había vendido la valla eléctrica y sólo podía pensar en las maravillas que Dios estaba haciendo en el Parque Lincoln. Cuando empaquetamos el equipo, ya al final de la tarde, seis personas habían entregado su vida a Cristo.

Durante tres meses, a través de junio, julio y agosto de 1940, seguimos con la misma rutina cada domingo, llegábamos frente el Parque. Alrededor de las dos de la tarde y allí permanecíamos hasta las cinco o las seis. Bien pronto se desarrolló un patrón. Unos cuantos hacían preguntas necias y otros que nos apoyaban, callaban a los preguntones impertinentes y regularmente había algún viejo que dejaba su afición a la bebida. El número de personas que subía a la plataforma no fue nunca demasiado grande: cuatro, diez, una docena. Y cuando ocasionalmente podíamos mantenernos en contacto con algunos de ellos, no podíamos constatar si realmente se había producido un cambio en sus vidas o no.

Pero si los resultados evidentes de estas concentraciones de los domingos resultaban difíciles de medir, el cambio que se obraba en mí era bien claro. Yo había empezado las reuniones muy preocupado por mi dignidad, y ahora regresaba a casa convencido de que carecía de ella. La respuesta de Dios a mis temores de que algún conocido me viese, había servido para atraer al parque, uno por uno, domingo tras domingo, a cada uno de los hombres con los que había tenido algún negocio.

Ahí estás!, parecía decir el Señor. Has estado jugando el papel de tonto frente a él. Ahora hay una persona menos por la que tienes que preocuparte por impresionar.

Después, cuando me encontraba con alguno de ellos en una reunión del Club de Leones o del Club Kiwanis, había por lo general un embarazoso silencio, ocasionalmente alguna carcajada, pero no más. Ninguno de los desastres financieros que me había tenido se materializaron. A finales del verano había aprendido una lección que nunca olvidaré ese temor "al que dirán" es solamente el reflejo de nuestro propio egocentrismo.

Pero hubo otra clase de resistencia en aquel verano, y provino de donde Rose y yo menos esperábamos, la iglesia de la Calle Gless. Al principio parecía que los ancianos miraban estas "salidas" del domingo por la tarde como una especie de locura juvenil de verano. Pero como las reuniones continuaban semana tras semana, los ancianos comenzaron a protestar. Uno de los responsables de la iglesia habló en nombre de los ancianos, un domingo de agosto por la mañana, se levantó desde la primera banca, y nos previno de que no continuáramos en el Parque Lincoln.

¡No esta bien! proclamaba con su barba gris temblando emotivamente. ¿Esto... no es armenio!

Y de pronto comprendí que tenía razón. Yo tenía la imagen de Armenia a través de los siglos, pequeño país en pie de batalla que se aferraba a su única verdad a través de las conquistas y de las masacres sufridas, rodeado siempre por naciones infieles, más grandes y más fuertes y que halláis su fuerza en su propia fortaleza interior.

Si, a Rose y a mi se nos decía, que nos saliéramos, tendríamos que hacerlo por nuestra propia decisión. Por primera vez en nuestras vidas entrábamos en conflicto con la generación de nuestros padres. El mundo, como lo veíamos por medio de las mantas que se extendían sobre el parque Lincoln aquel verano, era un mundo mucho mas grande del que hubiéramos esperado. También, un mundo infinitamente más solitario.

En septiembre comenzó a refrescar y las multitudes del parque comenzaron a desaparecer; dejamos de tener las reuniones. La lechería, por otra parte, me iba ocupando mas y más tiempo ya que estaba preparando un nuevo tipo de mercadeo de la

leche. ¿Por qué no, me pregunté a mi mismo, no establezco una venta de leche de autoservicio en la carretera, en donde hoy se encuentra la lechería "Reliance Number Three"? Les costaría unos centavos menos que si se la llevásemos de casa en casa, o que si la comprarán en una tienda.

Para que la gente conociera nuestro propósito celebramos una inauguración a lo grande, con música y anuncios por los periódicos, por radio y volantes por correo. En la misma lechería, banderas, música y anfitriones. El negocio dio como un salto y así se mantuvo. Inmediatamente empecé a soñar con una cadena de expendios por toda California. Esto nos haría ricos.

Pero la perspectiva principal respecto a la fortuna de los Shakarian se produjo con el nuevo negocio de los molinos.

No me había dado cuenta de que este negocio también representaba una bomba de tiempo.

Dedicarme a los molinos me parecía una consecuencia natural del negocio de la lechería. Una vaca lechera consume diez kilos de grano al día más quince kilos de heno. Multiplicada esta cantidad por tres mil vacas que esperábamos tener algún día, resultaba con la increíble cantidad de setenta y cinco mil kilos diarios de heno y raciones de grano.

Durante años habíamos comprado el forraje de los molinos locales y después mezclábamos el grano de acuerdo con una fórmula que habíamos encontrado que producía una leche de excelente calidad.

Los resultados fueron tan buenos que los granjeros vecinos comenzaron a decirle a papá:

¿Isaac, nos podrías vender un poco de esa mezcla especial que preparas?

¿Por qué no? respondió papá.

Este parecía un paso lógico en los negocios. Podríamos comprar grano en enormes cantidades, lo cual reduciría el costo de la manutención de nuestras lecherías. Con el aumento de volumen podríamos hacer nuestra propia molienda y bajar mucho más los costos. Haríamos un pequeño pero constante negocio M grano que venderíamos a las demás lecherías locales.

Y de este modo comenzamos la nueva ampliación de; negocio con gran expectativa. Compramos un molino cerca de una de nuestras granjas que consistía en tres elevadores y tres silos de grano de veinte metros de altura, que había servido para ensilar maíz. Vaciamos los silos, los limpiamos y los reforzamos con nuevas capas de cemento.

Predije un hermoso futuro para esta nueva aventura. La línea del ferrocarril Southern Pacific pasaba junto a los elevadores de grano. Antes, en el pasado, el grano se descargaba de los vagones del ferrocarril y se transportaba hasta los elevadores por medio de un complicado sistema de carretones y paleo a mano. Durante nuestro primer año de molienda, perfeccioné un sistema para mover el grano directamente hacia los elevadores por medio de enormes aspiradoras. Con los viejos métodos se necesitaban tres hombres y un día entero para vaciar un vagón del ferrocarril de cuarenta toneladas; con el nuevo sistema un solo hombre podía hacer el mismo trabajo en dos

horas y media. Así se recortaron los costos en un 80% y se creó una gran agitación en la industria. A mi me gustaba trabajar en el molino; el sonido de la maquinaria, el zumbido de la aspiradora, los trenes cargueros traqueteando al pasar, e incluso un fino polvillo que se posaba sobre el brillante acabado negro de mi Cadillac nuevo, todo ello me intoxicaba.

Y aún, como digo, dentro de toda esta operación había una tremenda trampa.

Todo ello tenía que ver con la naturaleza de los productos básicos, cuyos precios fluctuaban tremendamente. La gente que especulaba con avena, trigo y cebada puede hacer y también perder verdaderas fortunas en pocas horas. En "Wall Street", hay expertos especializados en esta clase de especulaciones. Pero un granjero, que maneja el grano por sí mismo, es a su vez un especulador, lo quiera o no.

El negocio funciona de la siguiente forma, yo compro grano, supongamos el primero de julio, para recibirlo en el otoño siguiente. Pago el precio de julio, sabiendo que para el otoño el precio de la mercancía puede cambiar. Si compré el grano en julio a dos dólares las cien libras, y para el otoño el precio baja a uno cincuenta, pierdo dinero. Pero si el precio sube a dos cincuenta, entonces gano. El secreto de ser un buen operador de molinos es comprar mucho cuando se espera que el precio vaya a aumentar y comprar poco cuando se espera que el precio vaya a bajar.

Yo conocía ésto en teoría, durante el invierno de 1940-41. Pero tenía que aprender todavía lo que ello significaba en la práctica diaria.

CAPITULO 4

El hombre que cambió su modo de pensar

Tan pronto como el buen tiempo trajo a la gente de nuevo al Parque Lincoln en la primavera siguiente, Rose y yo comenzamos a hablar acerca de las reuniones. "Pero no solamente los domingos por la tarde", dijo ella, "la gente se interesa, luego nosotros empaquetamos las cosas, nos vamos a casa y no sucede nada durante el resto de la semana".

¿Y si tuviéramos reuniones en las noches?. Si pudiéramos plantar una tienda en alguna parte podríamos tener reuniones aunque lloviese o hiciese sol.

"En la propiedad de la iglesia", dijimos ambos a un tiempo, y nos reímos por esta nueva coincidencia. Ya hacía tiempo que el edificio de la Calle Gless se estaba haciendo pequeño para la creciente comunidad armenia, y la iglesia hacía poco había comprado un terreno en la esquina entre Goodrich y Carolina Place, al este de Los Ángeles donde ellos tenían intención de construir.

Y por este motivo intentamos obtener el permiso de los ancianos de la iglesia. Todos los recelos del verano anterior brotaron de nuevo en los rostros morenos que se alineaban delante de nosotros. ¿Quiénes eran esos extraños a los que pretendíamos introducir en la propiedad de la iglesia? ¿Por qué tendría que verse involucrada la iglesia pentecostal armenia?

No sería únicamente nuestra iglesia, explicamos. Nuestro plan era que todas las iglesias pentecostales de los alrededores colaborasen con nuestras reuniones. Nuestra iglesia proveería el lugar, para la carpa, y otra proporcionaría los músicos y los acomodadores. Trabajaríamos todos juntos.

Pero al escuchar la palabra "juntos" sus rostros se estiraron todavía mas "¿Juntos?" "¿Con la Iglesia Cuadrangular, con las Asambleas de Dios, y la gente de la Santidad Pentecostal, con sus dudosas doctrinas? ¿Por qué algunas de esas llamadas iglesias cristianas permiten que los hombres y las mujeres se sienten juntos? Y los ancianos se aislaron hablando de cosas que nos parecían secundarias, mientras Rose y yo nos manteníamos sentados en silencio olvidando nuestro proyecto para el verano.

Pero el hecho era que el viento de pentecostés, que había soplado tan fuertemente desde Rusia a Armenia hacía casi cien años, tendría que calmarse, por ahora, dentro de una denominación tan rígida como cualquier otra. Era siempre así. A través de toda la historia, cada sopro refrescante del Espíritu pronto llegar a ser, en manos humanas, una nueva ortodoxia. El gran avivamiento de la Calle Azusa, por ejemplo, que comenzó en esta misma ciudad con libertad, con gozo y que rompió todas las barreras, se había rigidizado allá por los años 40 y convertido en un grupo de iglesias tan independientes que ni siquiera se comunicaban entre ellas dejando solo al mundo entero.

La tragedia, como la veíamos Rose y yo, era que ellas tenían tanto que dar. Cada pequeño grupo, detrás de sus propias paredes, experimentaba cada semana el poder de Dios para proveer, sanar y guiar, mientras el mundo necesitaba desesperadamente todo este poder; al menos los hombres de negocio que yo frecuentaba seis días a la semana, ni siquiera sabían que éste existía.

Entonces ustedes no tienen porqué involucrarse en absoluto, dije a los ancianos".

Yo me ocuparé de la tienda, de la limpieza, y de todo. Sólo tienen que dejarnos usar el terreno.

Al final de mis explicaciones nada de lo que dije los conmovió, fue sólo el hecho de que mi padre habló en favor del proyecto. El nombre de Isaac Shakarian pesaba mucho en la iglesia. Si Isaac estaba de acuerdo, entonces aunque arriesgado como parecía, tendría que estar bien,

De modo que obtuvimos el permiso. Pero en seguida, casi lo lamentamos. Armar una carpa, lo entendimos en seguida, iba a ser una cosa muy diferente a preparar solamente una plataforma con altoparlantes. Alquilar la tienda fue lo más fácil. Tenía que ser un sitio para "acomodar público" y había tantos reglamentos que cumplir como para un edificio permanente. Tuve que presentarme ante la Oficina Municipal, ante el Departamento de Bomberos, al departamento de Policía, a la Oficina de Salud Pública y a la Comisión de Energía y Luz Eléctrica. Cada vez tuve que explicar todo de nuevo, qué propósito nos movía y por qué.

Solamente después de haber obtenido todas las licencias necesarias pudimos comenzar a pensar en poner la tienda. Ahora tenían que venir a inspeccionar toda la instalación eléctrica de la tienda, cerciorarse de que las puertas de entrada y salida llenaban los requisitos de que había facilidades higiénicas, de que había rociadores de agua para impedir que se levantase el polvo. Finalmente nos quedaba aún el trabajo de hacer llegar la noticia a la gente. Radio, anuncios de televisión, anuncios en los periódicos, carteles en las vitrinas de los comercios; yo traté de recordar todos los detalles posibles de cuando abrí mi venta de leche de autoservicio, para poder utilizarlos ahora.

Todo esto necesitó mucho dinero y también mucho tiempo. Al final, hasta papá estaba impaciente. Hacía semanas que yo apenas pasaba por la oficina, y él me lo recordaba. No necesitaba decirme lo que más apremiaba nuestras mentes, la planta de fertilizantes, que había sido mi primer proyecto independiente y que ahora estaba perdiendo dinero. Durante cinco años quería que sobreviviese, ahora tendría que dedicarle todo mi tiempo y energías. Y, por otra parte, no podía desechar el sentimiento de que estas reuniones en la tienda de campaña también eran importantes.

Los servicios nocturnos comenzaron en julio y siguieron todas las noches durante seis semanas. Yo me había dado cuenta desde el verano pasado que no era precisamente un orador. Mi corazón rebosaba siempre de las maravillas de Dios y de sus realidades, pero de mi boca jamás fluían las palabras apropiadas. Harry Mushegan, mi querido primo segundo, era otra cosa. Al igual que su padre Aram y su abuelo Magardich, sabía hablar en forma elocuente. Él tenía siempre la palabra exacta, lograba que la gente se sentase y lo escuchase. Tenía solo veinte años, pero ya era un orador infinitamente mejor de lo que yo pudiera ser jamás, y por ello pedimos que fuese nuestro predicador.

La gente vino, y regresó una y otra vez, y a medida que las semanas pasaban, el público iba en aumento. Las cinco denominaciones pentecostales que se habían unido tan alegremente para respaldar las reuniones nocturnas, fueron gradualmente integrándose. Los pastores se sentaron en la plataforma, con Rose al piano, y sus coros dirigían el canto.

Las noches en que no venía ningún coro, Florence cantaba para nosotros con su

voz dulce y bien timbrada de soprano profesional. Florence se había graduado en la escuela superior en junio, y se estaba preparando para entrar en el "Whittier College" en el otoño. En cuanto a mí, ayudaba en lo que podía. Dirigía las reuniones, hacía las llamadas telefónicas, arreglaba la transportación y me ocupaba de llevar la contabilidad.

Con un poco de sorpresa para todos, los registros de ingresos superaban los egresos. Todas las noches, cuando los pastores contaban el dinero de la ofrenda, la suma superaba a la de la noche anterior. Era sorprendente, si se toma en cuenta que nunca hicimos demasiado hincapié en las ofrendas. También resultaba irónico que cada vez que revisaba los libros de la planta de fertilizante con el contador, la situación iba cada vez peor.

Del dinero de las ofrendas pagábamos los avisos en los periódicos y la radio, el alquiler de la tienda y todavía nos quedaba dinero. De esos gastos no llevaba registro, pues nunca pensé que se recuperaran. Entonces se me ocurrió una idea. ¿Que tal si el resto de la ofrenda se pusiera en una cuenta especial bancaria y que la administraran las cinco iglesias?

A mediados de agosto, quitamos la tienda y un grupo de voluntarios limpió el campo. Centenares de personas habían escuchado el mensaje del evangelio por primera vez y habían experimentado que las obras de Dios eran reales. Algunos habían tomado su decisión de ser cristianos. Entretanto, una planta de fertilizantes de Downey había cerrado sus puertas por última vez.

Pero los efectos de largo alcance, como sucedió, surgieron de aquella cuenta común del Banco Con intención de tomar decisiones acerca de la misma, el pastor de la Iglesia Cuadrangular telefoneó al pastor de la Iglesia Pentecostal de Dios. Un anciano de las Asambleas de Dios fue a comer con un anciano de la Iglesia Pentecostal Armenia. Yambos. en ese momento atravesaron juntos el dintel de la puerta de la Iglesia de Santidad Pentecostal que había al final de la calle, y se sentaron a rendir culto a Dios. .

Era martes por la mañana a finales de septiembre cuando me hallaba sentado en mi despacho, tratando de poner algo de orden en mis asuntos. Al principio, difícilmente oí el teléfono que repicaba junto a mi codo; cuando tomé el auricular, tardé unos segundos en darme cuenta de que la persona que se hallaba al otro lado del hilo estaba llorando. Era Rose

... Hospital Downey, decía, "tan pronto como puedas".

"¿Quién. ? ¿Qué...?" dije estúpidamente.

"¡Florence!" repitió ella. Mientras conducía camino de Whittier esta mañana. Acuérdate de la niebla que había. Oh Demos ella ni siquiera debió haber visto del todo al camión."

Todavía sin comprender del todo, corrí hacia mi carro y cubrí como un relámpago las escasas cuerdas que me separaban del Hospital de Downey. La mayoría de la familia ya había llegado al pequeño edificio de una planta. Florence estaba en la mesa de operaciones, me dijo papá, pero era poco lo que los médicos podían hacer. Papá casi no podía hablar, y fue mi cuñado el esposo de mi hermana Ruth, quien me contó los detalles.

El accidente había tenido lugar a las 7:30 de la mañana, en medio de una espesa

niebla gris que sube desde el Pacífico en las mañanas de otoño. Aparentemente. Florence no había visto una señal de alto y su carro chocó con un camión que hacía reparaciones en la carretera derramando por todas partes toneladas de asfalto hirviendo. El conductor del camión salió ileso pero Florence fue arrojada violentamente de su automóvil para caer en medio del alquitrán en llamas. Un transeúnte la sacó y la envolvió en su chaqueta, pero no antes de que toda su espalda resultase peligrosamente quemada.

Eran estas masivas quemaduras las que impedían al cirujano operar los huesos rotos. Al final la trasladaron al Servicio de Cuidados Intensivos, donde se nos permitió, uno por uno, permanecer en el dintel de la puerta y mirar al interior. Fue el doctor Haygood quien nos condujo a través del pasillo, lloraba sin reparo alguno, como cualquiera de nosotros. Fue este mismo hombre, quien diecisiete años atrás había tratado al mundo a Florence y quien la había tratado desde el sarampión a la tosferina de su infancia. Ahora, todo lo que podía hacer era dar palmaditas en la mano de mamá, una y otra vez.

Es joven y fuerte, Zahouri, repetía, y tiene unas ganas tremendas de vivir.

Cuando me tocó el turno de pararme frente a la puerta, apenas podía creer que la que estaba en la cama alta del hospital fuese Florence, con su carita de duende y voz angelical, la más joven y más favorecida por Dios en la familia, suspendida por poleas, sus ojos permanecían cerrados y un continuo lamento surgía de su garganta.

Señor Dios mío", rogué. No la dejes sufrir. Cura su dolor.

¿Me lo imaginé, o el lamento había dejado de escucharse de pronto? "Llévate su dolor", ore de nuevo.

Rose y yo regresamos a casa para preparar la comida a Richard y Gerry. Cuando volví al hospital aquella tarde, Florence llorando de dolor, aunque aparentemente estaba inconsciente a cualquier otra cosa. Me pare frente a la puerta y ore, de nuevo los gritos cesaron. El resto de aquel día y la noche, cuando el dolor parecía ser peor, mis oraciones aparecían ayudar. incluso las enfermeras y los doctores se dieran cuenta.

"Demos". me dijo el doctor Haygood, "puedes entrar a esta habitación siempre que quieras. Incluso la alimentación por el sistema intravenoso parece ir mejor cuando tú estás aquí..."

Así que me proveyeron de una bata blanca, máscara y gorro quirúrgico, y una silla para que me sentase a la cabecera de la cama. Durante los siguientes cinco días pasé todo el tiempo que me fue posible en aquella habitación. A la vez que ella recobraba conciencia. el dolor aumentaba. Ni las drogas, ni la cantidad de diferentes inyecciones calmantes parecían surtir efecto; los únicos ratos que Florence dormía, me contaron las enfermeras, era durante mis visitas.

El por qué las cosas tuvieron que suceder así, era algo de lo que yo no tenía la menor idea. A menudo recordaba once años atrás cuando Florence se rompió el codo y yo había sabido, una mañana en la iglesia, que ella sería sanada. Un extraño lazo parecía unirnos a Florence y a mi, pero sin embargo, esta vez la sanidad no había seguido a mis oraciones. Un alivio temporal del dolor si, pero no el cese al peligro que se cernía sobre ella.

Fue entonces cuando el peligro mas grave apareció. El resultado de los rayos X que tomaron inmediatamente después del accidente, mostraba que la cadera izquierda y la pelvis se habían aplastado al chocar contra el suelo. Las radiografías mostraban astillas de hueso a través de todos los órganos vitales M abdomen. Todos los días hacían una nueva placa, cada día, observaban, y yo con los doctores, que las afiladas astillas se hincaban más profundamente en la cavidad abdominal.

Seis días después del accidente, cuando aún las quemaduras no permitían una operación, nuestra iglesia declaró un día completo de ayuno. Comenzando el domingo a media noche la congregación entera no tomó ni alimentos ni bebida alguna. A las siete de la mañana del lunes, se reunieron en la recién acabada iglesia en Goodrich Boulevard, al este de Los Angeles, para completar la vigilia de veinticuatro horas por la sanidad de Florence. "con un propósito común se encontraban en un mismo lugar", como se lee en el libro de los Hechos 2:1 .

Solamente yo no estaba con ellos. Yo tenía misión especial aquella noche en la ciudad de Maywood, a ocho kilómetros de Downey. Desde hacía meses habíamos estado escuchado hablar de un hombre que se llamaba Charles Price. Hacía unos años, el doctor Price había sido pastor de una gran iglesia Congregacional en Lodi, California, un ministro ultramoderno para una ultramoderna iglesia, que incluso se jactaba de tener una pista de boliche. En ese entonces, la evangelista Aimee Semple McPherson visitó esa ciudad y el doctor Price acudió a la reunión de su tienda, armado de lápiz y papel, para tomar nota de todas las tonterías pentecostales que proclamase la señorita McPherson, para poder prevenir a su congregación contra ella. A mitad del servicio el papel y el lápiz fueron a parar al bolsillo, el doctor Price se halló de rodillas, con lágrimas rodándole por las mejillas, sus manos alzadas sobre la cabeza, alabando a Dios en una lengua desconocida.

Desde aquella noche, el ministerio de Charles Price cambió radicalmente y llamó a su nuevo mensaje "el evangelio completo", con lo que quiso decir que desde aquel momento en adelante, ninguna parte del Nuevo Testamento dejaría de estar presente en sus predicaciones. Llegó a ser famoso por su insistencia en que las sanaciones tal cómo aparecen en la Biblia, tienen que formar parte de la vida normal de la iglesia en cualquier época y aún en nuestros días.

Y, ahora, el doctor Price estaba en la cercana Maywood predicando en una tienda que había erigido por su propia cuenta, y a medida que me acercaba, mi corazón se hundía, Los carros se veían aparcados a casi un kilómetro de distancia, y cuando finalmente llegué a la enorme tienda, todos los asientos estaban ocupados, y cantidad de personas estaban de pie afuera, sobre la hierba.

El doctor Price estaba hablando desde una plataforma enorme, con adornos de terciopelo rojo y blanco. Era un hombre de mediana edad, de cabellos claros, que usaba gafas sin aros, que ahora brillaban bajo la luz de los reflectores. Terminó el sermón e invitó a cualquiera que tuviese necesidad de sanación, pasase al frente para que se le orase. Centenares de personas fueron surgiendo de todas partes a los pasillos. Miré el reloj.

Eran las 9 de la noche. Nunca conseguiría llegar hasta el esa noche. Pero el recuerdo de todos en mi iglesia de rodillas me hizo quedarme. Lentamente, las largas colas fueron avanzando poco a poco. Diez, diez y media, once. Los acomodadores intentaban terminar la reunión: "El doctor Price estará mañana por la noche aquí, de

nuevo, hermana..." "El doctor Price estará encantado de orar por usted, mañana, hermano..."

El doctor Price estaba tomando su Biblia y la botella de aceite con que ungía a los enfermos. "Señor", grité.

Se dio la vuelta e intentó ver a través de las brillantes luces.

Evadí la vigilancia de uno de los ayudantes. "Doctor Price, mi nombre es Demos Shakarian, y mi hermana ha tenido un accidente automovilístico; el doctor del hospital de Downey dice que no vivirá, quisiera pedirle que viniese", dije todo de un tirón.

El doctor Price cerró los ojos y pude ver la preocupación en su rostro. Permaneció un instante quieto, luego abrió los ojos bruscamente:

Me apresuré y le abrí el camino a través de la multitud que se dispersaba, siempre hubo alguien que lo detenía y el doctor Price notó mi impaciencia.

No estés ansioso, hijo", dijo, "tu hermana será sana esta noche".

Miré aquel hombre. ¿Como podía hacer una afirmación como esa con tanta seguridad? Pero, por supuesto, recordé, él no había visto el resultado de los rayos X y tampoco podía tener ni la menor idea de lo grave de la situación de mi hermana.

Mi escepticismo debió transparentarse en mi rostro, por que cuando puse el motor en marcha, me dijo: "Permíteme que le diga, joven, por qué estoy tan seguro de que su hermana sanará". Y relató como años antes, allá por el año 1924, un poco después de su experiencia con la señorita McPherson, viajaba en auto a través del Canadá, cuando llegó a la pequeña ciudad de París, en la provincia de Ontario. Mientras iba por la calle, sintió la urgente necesidad de dar vuelta a la derecha, y así lo hizo. Luego sintió la misma urgente necesidad de virar a la izquierda. De esa forma, el doctor Price fue guiado a través de la ciudad hasta hallarse frente a la Iglesia Metodista. Allí pareció recibir la orden de detenerse.

Sin la menor idea de por qué estaba haciendo eso. Charles Price tocó el timbre de la casa del pastor, junto a la iglesia, se presentó, dijo ser un evangelista; de pronto se escuchó a si mismo pidiendo si podría tener una serie de reuniones en aquella iglesia, y para gran sorpresa del doctor Price, la respuesta fue afirmativa.

Entre la gente que acudió a las reuniones, el doctor Price se fijó especialmente en una joven patéticamente lisiada, cuyo esposo la traía cada noche, la ponía sobre unos almohadones en una de las primeras bancas. Al preguntar acerca de ellos supo que sus nombres eran Louis y Eva Johnston, que venían de Laurel, Ontario, y que Eva Johnston, había estado parálitica y sufría de fuertes dolores por más de diez años como resultado de un ataque de fiebre reumática. El doctor Price miró aquellas fruncidas y torcidas piernas, la derecha grotescamente doblada tras la otra. La pareja había ido a veinte diferentes doctores en Toronto; probaron tratamientos eléctricos, rayos X, cirugía, masaje de calor, pero sin poder evitar que la deformidad empeorase año tras año. Y sin embargo el Dr. Price supo mientras predicaba, que aquella noche Eva Johnston sería sanada. Lo sabía porque cada vez que la miraba sentía un extraño calor que se apoderaba de él. como una Gálica manta que le arropaba los hombros.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. por que recordé la idéntica experiencia

cuando la curación del codo de Florence. Con dificultad pude mantener los ojos en la carretera.

El doctor Price interpretaba la sensación de peso y calor, como la presencia de Dios. Dijo a la congregación en aquella ocasión que estaba a punto de presenciar un gran milagro. Bajó de la plataforma, puso sus manos sobre la cabeza de la enferma y comenzó a orar. Ante toda la congregación, la espalda de la mujer se enderezó, las piernas se enderezaron hasta incluso crecieron a la vista de todos, a pesar de que no había dado paso durante diez años, Eva Wilson Johnston se puso de pie, anduvo, incluso danzó, a todo lo largo del pasillo. El doctor Price se mantenía todavía en contacto con los Johnston y su curación había sido permanente.

Y esta noche, continuó Charles Price, vamos a ver otro milagro, por que en el momento en que usted habló, aquella "manta" volvió a caer sobre mis hombros, y allí está ahora. Dios está presente en esta situación.

Tragué saliva con dificultad, no me atreví a hablar porque en once años nunca había escuchado experiencia similar.

Eran las once y media cuando llegamos a Downey. La puerta principal del pequeño hospital de treinta y tres camas, estaba cerrado y tuvimos que llamar. Al fin apareció una enfermera.

Me alegro de que esté aquí, dijo, Florence esta peor esta noche.

Pregunté si el doctor Price también podía entrar conmigo a la habitación, y tuvo que ponerse una bata y máscara esterilizada. Luego los dos entramos en la habitación de Florence.

Ella yacía en la cama, medio escondida entre la multitud de tubos y poleas. Le presenté al doctor Price y ella asintió débilmente con la cabeza.

El doctor Price sacó el frasco de aceite de su bolsillo y vertió un poco de líquido en su mano. Después se acercó a ella a través de la profusión de aparatos que rodeaban su cama y apoyó sus dedos en la frente de Florence. "Señor Jesús" dijo te damos gracias por que, estás aquí. Te damos gracias por curar a esta nuestra hermana".

Su voz fuerte y gentil, continuó orando, pero ya no pude seguir oyendo las palabra, por que un extraordinario cambio se había efectuado en el ambiente de aquella habitación. Parecía más... mas apiñada, en alguna forma. El aire mismo parecía haberse vuelto mas denso, casi como si nos hubiésemos hallado sumergidos en el agua.

Repentinamente, en su cama alta, Florence se retorció. El doctor Price saltó hacia atrás mientras una de las pesas de acero usadas para tracción pasaba rozándole la cabeza. Florence se retorció hacia un lado tanto como los alambres que a sujetaban le permitieron y después se giró hacia el otro lado. De pronto todos los pesos que había en la habitación comenzaron a moverse, a la vez que ella se movía hacia adelante y hacia atrás. Sé que debería haber intentado detenerla porque el doctor había repetido cien veces que su cadera destrozada tenía que permanecer inmóvil, pero me quedé quieto donde estaba, envuelto y bañado en este aire denso que emitía pulsaciones...

Un gemido profundo emergió de la garganta de Florence, pero no podía asegurar si

fue de dolor o de inexplicable éxtasis. Durante veinte increíbles minutos Florence continuó moviéndose y retorciéndose en su prisión de hilos metálicos, mientras el doctor Price y yo eludíamos los grandes contrapesos que parecían volar. A cada minuto esperaba que apareciese la enfermera irrumpiendo en la habitación para preguntar qué era lo que sucedía, pues sabía que cada diez minutos inspeccionaba la habitación. Pero no vino nadie. Era como si los tres hubiésemos sido transportados a otra dimensión de espacio y tiempo, en un mundo habitado tan sólo por la cálida presencia de Dios, que todo lo invadía, permaneció de pronto quieta en su cama y gradualmente los pesos que la sujetaban dejaron de moverse. Por un largo rato fijó su vista en mí.

"Demos" musitó, "Jesús me ha sanado".

Yo me incliné hacia ella. Lo sé, le respondí.

Cuando la enfermera entró en la habitación pocos minutos después se alegró muchísimo de verla durmiendo...

A la mañana siguiente, después de llevar al doctor Price hasta su casa en Pasadena, me hallaba todavía dormido cuando llamó el doctor Haygood.

Quiero que venga a ver la placa de rayos X, esto es todo lo que puedo decir.

El cuarto de rayos X estaba repleto cuando yo llegue, doctores, enfermeras, técnicos de laboratorio. Todos se apiñaban para mirar colocadas contra una superficie luminosa había ocho placas. Las primeras siete mostraban una pelvis aplastada, dislocadas las caderas y la pelvis del lado izquierdo. La última radiografía, tomada aquella misma mañana, mostraba una pelvis normal, absolutamente. Ambos lados de la imagen era idénticos, el hueso de la cadera izquierda tan bien formado como el de la derecha, Únicamente unos lineamientos delgados mostraban que alguna vez, seguramente años atrás habría sufrido alguna rotura.

Florence permaneció en el hospital un mes todavía mientras las quemaduras de su espalda iban sanando. La noche anterior a ser dada de alta, tuvo un sueño. Un sueño extraño en el que veinticinco vasos de agua estaban en la mesa esperando que ella los bebiese "Yo creo que representa los años que aún tengo de vida", nos dijo a Rose y a mi cuando fuimos al siguiente día para llevárnosla a casa. "Creo que. Dios va a concederme todavía veinticinco años para que le sirva".

Nada supe sobre eso. Yo solo supe que vi el poder de Dios con mis propios ojos.

Lo que aún me quedaba por conocer era mi propia debilidad.

CAPITULO 5

AFIANZAMIENTO DEL CIELO

Diciembre de 1941. Los Estados Unidos estaban en guerra. Con el ataque a Pearl Harbor, la ciudad de Los Angeles se convirtió de la noche a la mañana en el centro de las actividades de defensa durante las veinticuatro horas del día. Durante el día, las autopistas estaban atestadas de camiones verde olivo del ejército. Durante la noche, la ciudad se apresuraba en sus ocupaciones dentro de una total oscuridad y nosotros ordeñábamos antes del amanecer en nuestros establos con las ventanas cubiertas. La pequeña fábrica norteamericana de aviones, cercana a Downey, se convirtió en una enorme planta rodeada de alambre de púas, por cuyas puertas pasaban autos y camiones las veinticuatro horas del día. Para desesperación de Rose y deleite de Richard que contaba siete años, las instalaciones antiaéreas se construyeron casi en nuestro patio.

Como la industria lechera se consideraba industria esencial, la gente de nuestra granja no fue reclutada al principio. Pero antes de mucho tiempo, nuestros empleados y proveedores se hallaron al servicio o en las plantas de la defensa. Yo entonces dividía mi tiempo entre los corrales de los terneros y los establos de las vacas en donde andábamos más cortos de mano de obra. y en los puestos de racionamiento y en las oficinas de distribución suplicábamos por grano, combustible, llantas y piezas para camiones que necesitábamos para continuar trabajando.

El principal problema era la salud de los animales, y tanto los veterinarios como las medicinas, escaseaban cada vez más. Papá y yo orábamos primero cuando la enfermedad amenazaba nuestras reses, luego con frecuencia era la primera y última protección de los animales.

A través de los años de guerra, Rosa y yo seguimos patrocinando durante los veranos las reuniones en la carpa; seguimos el patrón que nos había servido en el este de Los Angeles. Buscábamos un predicador talentoso y empleábamos nuestras habilidades donde hicieran falta y donde fuese, invitamos a las distintas iglesias del mismo lugar a trabajar juntas y alquilábamos equipo y manejábamos los detalles. Luego, cuando se habían cubierto los principales gastos, poníamos el resto de la ofrenda en un banco para ser administrada conjuntamente por todas las iglesias participantes, de modo que cuando la campaña se terminara, la cooperación continuaría.

En nuestra propia iglesia algunos de los ancianos se preguntaban a viva voz que era lo que sacábamos de "todo aquel lío". Pero cuando Florence se presentó sin señales de lo acontecido en julio de 1942, y cantó el glorioso himno de apertura, Rosa y yo supimos que todo el esfuerzo de nuestras vidas jamás expresaría suficientemente nuestra gratitud hacía Dios.

Otra fuente de gozo en aquellos días era nuestra profunda amistad con Charles Price. ¡Me gustaba escucharlo predicar en su elocuente estilo que habla perfeccionado bajo supervisión de William Jennings Bryan. Lo mejor de todo eran las visitas personales. Casi cada semana desde 1941 hasta 1946 venía a Downey e íbamos con él a su restaurante italiano favorito. Nos sentábamos en un lugar al fondo, donde me pasaba la tarde escuchando al hombre más sabio que jamás había conocido.

"Doctor Price", le dije una vez "Hacer lo que usted hace debe ser la cosa más maravillosa del mundo. Ver centenares de personas tocadas por su palabra, ver cómo la gente se salva y se sana y sienten el poder de Dios, que se mueve a través de usted".

El doctor Price dejó de enrollar "espagueti" en su tenedor y me miró frunciendo el entrecejo ligeramente.

No es como eso", dijo finalmente. "Es... es como la guerra". Agitó un brazo alrededor del cuarto; éramos casi los únicos civiles en aquel lugar. "¿En dónde están matando a los soldados? En el frente, donde el enemigo está más cerca.

"Demos, es lo mismo con el evangelismo. Esta es una guerra, tan mortífera como la que esta ocurriendo en Guadalcanal. El predicador que lleva el ataque al territorio enemigo, está bajo su fuego. Recibe heridas, Demos. Algunos de nosotros somos destruidos".

Rió con esa risa corta, menospreciadora de sí mismo, tan característica de él. A veces, la gente trata de felicitarme, diciéndome lo buen predicador que soy. Eso no significa nada para mí. Pero la otra noche, una señora me dijo que su familia oraba por mí todos los días. Demos: esto es lo más maravilloso que puede escuchar un predicador.

Asentí con un movimiento de cabeza, impresionado por su honestidad. Pero la realidad de lo que estaba diciendo no pude comprender en aquellos tempranos años cuarenta.

Sucedió casi sin advertirlo entre las presiones y formalismos de la guerra, y las escaseces del momento. Las primeras tres vacas de mi padre se habían convertido en tres mil, y habíamos llegado a tener la lechería privada más grande del mundo.

Y, por lo tanto, teníamos las mayores preocupaciones que yo hubiera imaginado, me pasaba pendiente del teléfono hora tras hora, seguía el rumor de que había envases de leche por aquí, cemento para el piso de una planta lechera por allá.

Únicamente hallar suficiente alimento para tal cantidad de animales ya resultaba sumamente dificultoso. Yo tenía que manejar hasta el Valle Imperial para comprar heno.

La mayor parte de este viaje era a través del desierto y, en un sofocante mes de julio que dio paso a un agosto de 1943 todavía más caluroso, descubrí que algo había cambiado en aquella una vez solitaria carretera. Donde antes hallaba dos cabañas soleadas en mi camino, en el último viaje, ahora en el sitio se levantaba una concurrida ciudad de carpas y el tráfico se hacía mas lento a causa de la larga fila de camiones del ejército. A lo largo de toda la carretera no se veía otra cosa que antiguas granjas y polvorientas casetas que, de pronto, hervían de soldados. Nadie decía una palabra, por supuesto; nadie sabía nada, pero era evidente que se estaba llevando a cabo una gran campaña en el desierto, en alguna parte de la perturbada faz de la tierra.

Le hablaría a Rose de ello cuando regresara a casa. "Demasiados muchachos, Rose y se les ve tan acalorados y aburridos.."

La ciudad de Indio, a cuarenta kilómetros al este de Palm Springs me atemorizaba particularmente. Las calles rebosaban de tantos soldados fuera de servicio que se necesitaba una hora entera para atravesarla. Yo me sentaba en las paradas de tráfico,

viéndolos esperar en interminables colas, ante los tres o cuatro restaurantes y el único teatro, donde buscaban una pequeña sombra contra los 120 grados de calor. Nada que hacer, y ningún lugar adonde ir.

Y pensé: ¿Qué tal si levantase una carpa aquí?

"¿Más reuniones, ¡Demos!?" preguntó mi padre. Rose y yo acabábamos de patrocinar una campaña de avivamiento de seis semanas en el condado de Orange.

También Rose sentía dudas. "Demos, estás trabajando dieciséis horas al día en la lechería. Durante la campaña de avivamiento apenas si te acercaste a la cama. ¿Qué intentas probar matándote con tanto trabajo?"

"Pero. ¿y si esta idea viene de Dios. Rose, y no de mí mismo?"

Ella me miró desde el lugar donde planchaba. "Entonces lo haremos".

Salté del sofá. "Voy a telefonar a Charles Price ahora mismo", dije. Sé que está lleno de compromisos, pero quizá le queden una o dos semanas libres".

Rose alzó otro de los trajes deportivos de Gerry del cesto de ropa para planchar. No era el tipo de persona que habla mucho cuando no tiene absolutamente nada que decir, y yo sabía que tenía mucho que decirme,

"¿Rose?"

Silencio.

"¿Hay algo que no está bien?"

Demos, con lo mucho que amó y respeto al doctor Price, creo que no es la persona adecuada para hablar con los soldados... Necesitamos a alguien más joven... no lo se, alguien que sepa tocar la guitarra"

Estaba seguro que Rose estaba equivocada. "Acuérdate de las multitudes que atrae el doctor Price", le dije. "acuérdate de las sanaciones que tienen lugar. Mira a Florence".

Rose volvió a guardar silencio. Y así que llamé al doctor Price, olvidé la primera lección que aprendí cuando tenía las reuniones en Lincoln Park, para Rose y para mí, la llave de la voluntad de Dios era nuestro mutuo acuerdo.

El doctor Price estuvo de acuerdo con que era difícil la situación de los soldados en el desierto, y prometió que haría un reajuste en sus compromisos. El lo hizo en efecto, pero una subida de nuestra cuota lechera me mantuvo preocupado por un tiempo. Luego el doctor Price tuvo una gripe y yo tuve dificultades para obtener el permiso de las autoridades para nuestras reuniones y, a la vez, el médico del doctor Price, le prohibió terminantemente esta actividad, pero por otra parte, el sentimiento de apremiante necesidad que yo sentía, había pasado. Había perdido el momento oportuno de Dios, o al hombre que Dios había dispuesto para esta labor. Hice algunos intentos poco entusiastas y traté de hallar a alguien que dirigiera tales reuniones, pero al final nada hice...

Aquel otoño los periódicos estaban llenos de historias de la guerra. Las defunciones entre los norteamericanos eran numerosas. Cada vez que publicaban nuevas listas volvían las agonizantes preguntas. ¿Cuántos de los jóvenes soldados a los que vi durante mi travesía en el desierto de California se hallaban entre las bajas? ¿Cuántos hubieran acudido a las reuniones de Indio? ¿Cuántos podrían haber descubierto la verdad que hubiera significado todo para ellos?.

Y entretanto se sumaba una nueva ansiedad. Por todo el sur de California los lecheros se enfrentaban con una crisis. Con tantos veterinarios en las filas, la tuberculosis se estaba abriendo paso entre el ganado. Cada treinta días los oficiales del estado y los del Departamento de Sanidad venían a inspeccionar el ganado. Una inyección se aplicaba en la base suave y sin pelo de la cola. Si la piel permanecía blanda durante los tres días siguientes, el animal no estaba infectado. Pero si aparecía un bulto del tamaño de una goma de lápiz indicaba que en el animal había "reacción", y si aparecía uno más pequeño lo hacía "sospechoso". Cuando la incidencia de animales con reacción y sospechosos llegaba a un determinado nivel, todos los animales tenían que sacrificarse por decreto ley, tanto los enfermos como los sanos.

Ya varios de los hatos de la vecindad habían sido destruidos cuando una primera de nuestras vacas dio muestras de la enfermedad. Por supuesto, papá y yo oramos por ellas. Richard, que entonces contaba nueve años, oraba por ellas cuando venía para ayudar en los establos al salir del colegio. Era precisamente nuestra granja modelo "Reliance Number Three" donde se hallaba el problema. Casi un centenar de los animales mostraba reacción, y doscientos más eran sospechosos. Si se incrementaban estas cifras antes de la próxima visita de los inspectores, todo un millar de vacas tendría que ser sacrificado.

El día en que se nos comunicó la noticia, papá y yo permanecimos en "Number Three" después del ordeño nocturno, sentados desconsoladamente ante nuestros escritorios. No sabíamos de ningún granjero que hubiera alcanzado estas cifras y que hubiera podido salvar su ganado.

Para alzar nuestra moral, papá puso la radio nocturna en la emisión radiofónica "Templo del Angelus" y la voz del doctor Kelso Grover inundó aquella habitación llena de tristeza. El doctor Kelso esa noche estaba hablando del poder de Dios para sanar cualquier enfermedad. Los ojos de papá y los míos se encontraron a través de nuestros escritorios.

Por la mañana temprano, telefoneé al doctor Kelso: ¿Cuándo usted habla de "cualquier enfermedad", señor, incluye también las enfermedades de las vacas?

Hubo un largo silencio en el teléfono hasta que el teólogo, que había estudiado en Berkeley, hubo pensado acerca de la pregunta "cualquier enfermedad", repitió finalmente, en animales y hombres.

Entonces, señor, ¿querría usted orar por un millar de vacas Holstein? Hoy. Y acto seguido le describí la situación en nuestra lechería llamada "Reliance Number Three".

Llego a la lechería a las 11:30 de la mañana, y ambos fuimos a los corrales. Había sesenta animales en cada departamento, con las cabezas sobre los pesebres de heno, en el final de las filas. Pero cuando el doctor Grover y yo entramos a través de la primera puerta, cesaron de comer y se apiñaron alrededor de nosotros, como acostumbran a hacer las vacas, empujándose suavemente en un círculo.

A pesar de que el sol le daba directamente en la cabeza, el doctor Grover se quitó su sombrero, yo hice otro tanto.

¡Señor Jesús! exclamó: ¡El ganado en un millar de colinas es tuyo! ¡En tu nombre, Señor, tomamos autoridad sobre cualquier clase de infección de tuberculosis que ataque a tus criaturas!.

Las orejas de las vacas se enderezaron y sus húmedos ojos negros lo miraron ansiosamente.

Tardamos tres horas en visitar todos los corrales. Yo estaba preocupado por el sol que caía sobre el doctor Grover, que ya no era muy joven, pero él no se cubrió de nuevo con el sombrero mientras estaba orando y verdaderamente la atmósfera de afuera entre los silos y las artesas de riego, iban aquietándose extrañamente.

También los trabajadores lo sintieron, ellos eran en su mayoría viejos trabajadores, demasiado viejos para ser útiles en el ejército y en las fábricas, que nos habían acompañado a papá y a mí durante muchos años, estaban acostumbrados a las maneras pentecostales. Pero me pude dar cuenta de que los modales del doctor Grover los impresionaba. Cuando él reprendía la enfermedad, casi se podían ver los gérmenes salir volando.

Ahora, yo apenas podía contener la impaciencia hasta el siguiente "examen médico". Pero como era usual, llegaron los oficiales de salud pública, como de costumbre, con sus rostros melancólicos y preocupados mientras recorrían las hileras de vacas. Los exámenes se llevaron a cabo en los animales mientras estaban en los cepos y sólo hacían una pausa tras cada inyección para desinfectar la jeringa con alcohol. Estos hombres conocían mejor que nadie cómo la salud de la nación, especialmente la de los niños, dependía de la industria lechera, y hasta que punto la actual epidemia era devastadora.

Tres días más tarde estaban de regreso para investigar la reacción, dos médicos del estado y el delegado del condado. No hablaron mucho mientras se ponían sus botas de goma. Esta era la parte más dura de su trabajo, el decirle a un ganadero que su rebaño estaba condenado.

Ordeñamos 120 vacas a la vez, en "Reliance Number Three", en hileras de treinta cepos. Al final de las primeras hileras del establo, los dos oficiales estatales se encontraron. Yo me acerqué, para escucharlos ya que me lo impedía el sonido de las máquinas ordeñadoras.

Es una cosa muy extraña, dijo uno de ellos. No ha habido una sola reacción en toda la hilera, ni sospechosas tampoco.

El otro hombre parpadeo un poco: "Pues tampoco en la hilera que he inspeccionado yo".

En todo ese establo de 120 vacas, ni una sola de ellas mostró un rastro de la enfermedad. Para el momento en que se ordeñó el segundo turno y doscientas cuarenta vacas dieron resultados negativos de tuberculina, los trabajadores comenzaron a juntarse en el establo. En el tercer turno igual resultado.

Al finalizar la mañana se habían ordeñado, alrededor de mil vacas y ningún caso de tuberculosis o por lo menos sospechoso, se había encontrado aún entre los que previamente habían dado positivos. Los empleados del gobierno dijeron que no existía explicación médica para caso tan singular. La única respuesta era la que compartíamos los que en ese momento llenábamos los establos, el doctor Grover había orado y Dios había respondido.

Pero El no respondió únicamente durante este período de guerra, sino también los veinte años que tuvimos lecherías en Downey, hasta que la ciudad creció tanto que tuvimos que trasladarlas al norte de Los Ángeles. Pero ya no se halló un solo caso de tuberculosis o sospechoso de tal enfermedad en "Reliance Number Three"

Creo que mi madre fue la que estuvo más entusiasmada de todos cuando supo que estábamos esperando un nuevo bebé, para noviembre de 1944. Gerry había empezado a ir a un jardín infantil y nuestras dos casas, con sus lotes de tierra adyacentes, eran un lugar bastante tranquilo para mamá. Por supuesto que tenía otros nietos, pero mis hermanas y sus familias vivía a más de un kilómetro de distancia para el modo de pensar armenio, prácticamente fuera de alcance.

Y existía una razón especial para tal bienvenida a esta noticia. Mamá a los cuarenta y siete años padecía un cáncer inoperable. La oración, tan eficiente en la lechería, había sido impotente en casa. ¡Pero yo veré tu segunda hija Demos! dijo con expresión feliz. Se daba por un hecho en la familia que el siguiente bebé sería niña ya que hasta donde podían recordar, no se había dado el caso de dos hijos varones en la familia de cada generación de los Shakarian. Mamá comenzó a preparar pequeños vestiditos de color de rosa y gorritas bordadas.

Fue en el verano de 1944, cuando estaba en una reunión cuando puse atención a algo que había estado revoloteando en mi mente. Me hallaba sentado en una plataforma, mientras un evangelista hablaba mirando sobre la atestada carpa. Vestidos de color pastel, vestidos floreados, muchos de los hombres iban de uniforme, algunas mujeres también. Mujeres...

Me di cuenta que mi mente estaba divagando y con esfuerzo intenté concentrarme en el sermón. Pero mientras se cantaba el segundo himno volví a inspeccionar el auditorio. ¿Me engañaba mi imaginación o había diez mujeres por cada hombre? La noche siguiente Rose contó conmigo. Había catorce sillas en una hilera y después un pasillo de acuerdo con el reglamento del condado de Los Ángeles. Yo me ocupé de contar la parte de la derecha. En la primera hilera, ocho mujeres, dos hombres, cuatro niños. En la siguiente, doce mujeres, dos hombres. En la otra, catorce mujeres.

Durante los tres noches siguientes Rose y yo nos dividimos la carpa, para contar la gente, Era indudable las mujeres sobrepasaban a los hombres a razón de diez a uno.

Me quedé perplejo. En la Iglesia Pentecostal Armenia, puesto que acudía a la iglesia toda la familia, el número de hombres y mujeres era más o menos el mismo. Aquí en la carpa todos se sentaban juntos, sin división de sexo ni edad, y por ello no había advertido el fenómeno hasta ese momento. Pero entonces, ¿dónde estaban los esposos, hermanos y padres?.

"Nunca me había dado cuenta" le dije a Charles Price mientras comíamos una

"lasagna", esa semana los pocos hombres que quedan en el área. ¿Estarán en el otro lado del mar?, supongo".

El doctor Price me observó a través de sus gafas sin marcos.

"¡Demos, Los Ángeles jamás ha estado más llena de hombres! Soldados de cada estado de la Unión. Decenas de miles de hombres están en la reserva".

"Entonces... ¿por que hay muchas más mujeres que nombres en las reuniones en la carpa?"

El doctor Price echó la cabeza hacia atrás y rió hasta que un grupo de "marines" que estaba en una mesa, al otro lado de la sala, se volteó a mirarlo "Dios bendiga tu inocente corazón armenio", me dijo. "Hay siempre muchas más mujeres en esta clase de cosas. La mayoría de americanos consideran la religión como... no sé... para afeminados. Quizá pase para mujeres y niños. ¿Has oído hablar alguna vez de una sociedad misionera de hombres? ¿Un grupo bíblico de hombres? Las mujeres son la iglesia en los Estados Unidos, Demos. A excepción de los clérigos profesionales, por supuesto, como yo. Pero todo el trabajo voluntario, todo el entusiasmo, toda la vida .. son las mujeres".

Durante varias noches las palabras de Charles me mantuvieron despierto, Rose me pidió que me trasladase al sofá de la sala. Yo ya estaba acostumbrado a que las mujeres sirvieran y amaran al Señor. La Iglesia Armenia había tenido siempre sus profetizas. Pero los hombres eran los primeros en moverse; los ancianos, los estudiantes de la Biblia, los maestros, los responsables de la educación religiosa de los niños. ¿Cómo pudieron los hombres norteamericanos, tan vigorosos y llenos de éxito en otros aspectos, haber abandonado al más alto llamado de todos? Por mucho que lo intenté, no puede comprenderlo.

El primero de noviembre de 1944 nació nuestra segunda hija, un pequeño querubín de cabellos negros con unas pestañas negras tan largas que cepillaban sus mejillas. Por supuesto cada bebé es especial, pero había algo en éste que impresionó a todas las enfermeras del hospital, que se apiñaban en la ventana de las cunas del hospital de Downey.

La llamamos Carolyn. Cuando Rose y yo, con Richard y Gerry junto a nosotros la llevamos al frente de la iglesia de Goodrich Boulevard y nos arrodillamos en la pequeña alfombra para recibir la tradicional bendición para los infantes, yo creí que iba a reventar de orgullo por mi familia.

Pero por supuesto, desde el principio Carolyn fue el bebé mimado de mamá. A mamá se le iba haciendo cada vez más difícil caminar, incluso los cortos pasos que separaban su casa de la nuestra. Por ello, Rose le llevaba la niña varias veces al día, y fue mamá quien descubrió una por una sus curiosas habilidades; lo pronto que sonreía, lo de prisa que rodaba por sí misma, lo pronto que empezó a sentarse. Incluso proclamaba que a los cuatro meses ya había escuchado llamarla claramente "Zorouhi", pero nadie más consiguió comprobar tal maravilla.

Aquel invierno, durante las reuniones semanales de la familia. Charles Price y yo hablábamos a menudo del fenómeno al que él me había abierto los ojos, la resistencia de los hombres norteamericanos a la religión también yo le conté otra cosa que había notado en nuestra propia iglesia.

"Cuando un hombre comienza a tener éxito en los negocios, doctor Price, él cesa de venir a la iglesia. Lo he estado observando una y otra vez".

Muchas veces, le dije que había visto a toda la congregación sobre sus rodillas cuando se tenía que amortizar una hipoteca o si un hombre necesitaba un préstamo del Banco. Pero cuando el mismo hombre de negocios comenzaba a subir, la iglesia que había luchado con él en los tiempos difíciles ya no lo veía más. "¿Por qué ha de ser así?".

El doctor Price se reclinó hacia atrás de su asiento. "Sé la respuesta que dan las iglesias. Los éxitos mundanos contra la vida en el Espíritu. Dios y mamón... y todo eso. Pero esa respuesta no me satisface". Él hizo correr sus dedos entre su ralo pelo grisáceo. "¿Qué respuesta tienen las iglesias para los hombres, y también para las mujeres, que se enfrentan a la horrenda complejidad del mundo moderno de los negocios?". Gente cargada con tremendas responsabilidades, de cuyas decisiones dependen los empleos de centenares de personas. He visto venir a mí a hombres como estos, Demos, y francamente ni siquiera conseguí entender sus preguntas. ¿Qué sé yo de contratos laborales y congelación de precios? No he tenido experiencia alguna en cuestión de negocios.

"Por supuesto que los clérigos podemos ofrecer consuelo y consejo al hombre que sufre los altibajos de los negocios, pero ¿qué se yo del hombre que prospera? Necesita tanto a Dios, y los ministros como yo, que ni siquiera conocen el lenguaje para hablarles.

Otras veces nuestras conversaciones eran más alegres. "Demos", me dijo una vez el doctor Price, "estás a punto de ser testigo de uno de los mayores sucesos que fueron predichos en la Biblia"... "y sucederá de todos modos, su Espíritu se derramará sobre toda carne... Esto sucederá en tu tiempo, Demos, y tú jugarás un papel importante en ello".

A mí siempre me sobresaltaba la forma como el doctor Price proclamaba sus profecías. En la tradición de mi iglesia, un suceso profético era un movimiento de Dios muy especial que estremecía los cuerpos de los hombres, les hacía levantar sus voces e imponer un completo silencio entre los que escuchaban. Pero el doctor Price era capaz de expresar las más tremendas afirmaciones con el mismo tono de voz que usaba para pedir que le pasasen la sal.

"La única parte que yo tomaría, doctor Price, sería respaldar económicamente a evangelistas como usted."

El sacudió su cabeza. No sucederá así. No a través de predicadores profesionales. "Toda carne" es lo que nos dice Isaías. Esto va a suceder espontáneamente, por todo el mundo entre hombres y mujeres comunes y corrientes, gente en oficinas, tiendas y fábricas. Yo no viviré lo suficiente para verlo, pero tú sí. Y, Demos, cuando veas esto sabrás que la venida de Jesús está muy cerca".

El doctor Price hablaba a menudo de la segunda venida de Jesús a la tierra en estos días. Me habló también acerca de su muerte próxima a pesar de que contaba sólo sesenta y dos años. Yo comencé a protestar, pero él alzó la mano para hacerme callar. No nos pongamos sentimentales, amigo mío. Simplemente son cosas que sé. Me queda otro año más o menos. Y luego, Demos, ¡qué privilegio para un cristiano ir con su Señor... !"

Nunca sabremos cómo Carolyn cogió la gripe, aparte de que había un fuerte brote en Los Angeles aquel marzo de 1945.

El doctor Haygood hacía tiempo que había fallecido. El doctor Steere, que había tomado su lugar, nos aseguró que estaría mejor cuidada en casa de lo que podría estar en un hospital con la escasez de equipo y personal que había en aquellos tiempos de guerra.

Pero el cuidado durante las veinticuatro horas del día no la hicieron mejorar en absoluto. La infección parecía haberse instalado en su pecho, comenzó a respirar por la boca. Cuando la admitieron en el hospital la noche del 21 de marzo el diagnóstico fue simple y terrible, neumonía en ambos pulmones.

Rose no abandonó la habitación del hospital durante las siguientes doce horas; yo me ausentaba tan sólo para telefonar a las personas que deseábamos que orasen. La familia oró. La iglesia oró. Charles Price vino a la habitación del hospital y nosotros intentamos aumentar nuestra fe recordando lo que Dios había hecho con Florence, a pocas habitaciones de distancia, en el mismo pasillo. Pero esta vez el doctor Price no habló de una sensación cálida sobre sus espaldas, y cuando abandonó la habitación su rostro tenía un color grisáceo.

Todo sucedió con asombrosa rapidez. A las siete de la mañana del 22 de marzo yo estaba en casa tomando una ducha cuando sonó el teléfono. Era una enfermera. ¿Podría venir al hospital? Pero yo sabía antes de llegar que el bebé se había ido.

Y, en otro sentido, pasaron semanas y meses antes de que me diese cuenta de ello. Carolyn, tan asombrosamente viva a sus casi cinco meses, ¿cómo podía tanta chispa y brillantez desaparecer simplemente? La vimos por última vez en la funeraria, yacía increíblemente quieta en su pequeño ataúd blanco, con sus largas pestañas rizadas, que acariciaban sus redondas mejillas.

En casa, por supuesto, la familia ya estaba llegando, se llenó nuestra casa y la de el lado, y pasamos unidos largas tardes, de acuerdo a las antiguas tradiciones familiares. Después del viaje al cementerio hubo la comida en la iglesia, y las palabras de condolencia que el corazón va guardando, hasta que la mente es capaz de asimilar.

Pero, cosa bastante extraña, la mayor ayuda que nos vino durante esta primera semana se nos presentó a través de dos extraños. Eran mujeres en sus treintas, que vivía en Pasadena, y llegaron con Charles Price a nuestra casa una tarde. Ellas querían esperar afuera, en el carro, pero Rose insistió en que entraran. Al poco rato, el doctor Price me llevó al pasillo. Conozco muy bien a estas mujeres, me dijo, poseen la rara y hermosa facultad de sentir al invisible huésped angelical que la Biblia nos dice que a veces visita la tierra. Desde el momento en que entraron en casa, dijo el doctor Price, las dos mujeres, Dorothy Doane y Allene Brumbach, había advertido la gran compañía de ángeles, más de los que hubiesen encontrado jamás en un solo lugar. "Dicen" que el aire está saturado de ellos.

Este fue un don que nos guió a través de momentos bien difíciles.

¡Pero los malos momentos vinieron muy inesperadamente!. Un domingo, en

la iglesia, Rose saltó desde su banco en la sección de las mujeres y corrió hacia la puerta. Cuando la alcancé en la acera estaba llorando.

¡Aquel bebé...! fue todo lo que pudo decir.

Luego advertí que la muchacha sentada a su lado tenía en sus brazos un bebé de la edad de Carolyn. Cuatro mujeres de la iglesia habían tenido hijos casi al mismo tiempo que Carolyn nació, y durante meses la vista de estos niños la harían regresar el vacío.

Y sin embargo... pasado el tiempo fuimos advirtiendo un cambio en nosotros. El mundo visible y material que nos rodeaba iba haciéndose cada vez... menos... menos convincente de lo que había sido antes. La guerra se había terminado, hubo tiempo para comenzar a construir nuestra nueva casa. Durante años estuvimos planeando construir una casa mas grande, cuando los materiales de construcción volvieran a tener precios razonables. Yo deseaba una habitación donde poder trabajar, Rose quería una cocina más grande, por supuesto, necesitábamos un cuarto de huéspedes para los evangelistas que a menudo pasaban fines de semana con nosotros. Tal como estaban las cosas ahora, Richard o Gerry tenían que mudarse al sofá.

De todas formas, sin que nos dijésemos una palabra, Rose y yo sabíamos que jamás construiríamos esa casa. En parte porque esta casa pequeña estaba llena de Carolyn, el rincón donde siempre había estado su cuna, el lugar fuera del baño donde solíamos poner su bacinilla. Pero también había aquello de... bueno, tener un estudio, una bonita habitación para los huéspedes y todos los aparatos de cocina nuevos, pero en una u otra forma dejaban de ser importantes. Una parte de nosotros estaba en el cielo y desde entonces las cosas de la tierra nos parecían menos urgentes.

También nos dimos cuenta de otra cosa. En la mañana, después de que Richard y Gerry salían para la escuela, Rose y yo permanecíamos en el desayunador para nuestras oraciones de la mañana, inclinábamos las cabezas, hablábamos con Dio acerca de las cosas concernientes al día.

Ahora, de pronto, la pequeña mesa no estaba bien. De nuevo, sin decir una palabra, ambos supimos que deseábamos arrodillarnos para hablar con el Señor. Juntos, una mañana fuimos a la sala y nos arrodillamos sobre la alfombra oriental que habíamos recibido como regalo en nuestro décimo aniversario de bodas de parte de la familia de Rose. Desde entonces, aquella alfombra roja con campos de flores azules, fue el lugar de nuestro encuentro con Dios. No es que nos hubiéramos vuelto más temerosos de Dios desde la muerte de Carolyn, sino que Dios se había convertido en algo más grande, más cercano, más auténtico, su viva presencia nos hacía arrodillarnos con reverencia.

Y fue en esta sala, una mañana, donde yo dí el paso que me había resistido a dar por tanto tiempo: "Señor", le dije, "no sé en cuanto a Rose, pero me doy cuenta de que nunca te he puesto en el primer lugar de mi vida. Oh, las reuniones en las carpas, algo de mi tiempo, algo de dinero. Pero tú sabes y yo sé que mi familia ha estado primera en mi corazón. Señor, yo deseo que tú tomes el primer lugar".

Sentí la mano de Rose en la mía. Era la confirmación que necesitaba. Rose jamás

había sido una mujer de muchas palabras.

CAPITULO 6

Hollywood Bowl

Aparentemente no existía nada diferente sobre la idea. Era lo que habíamos estado haciendo desde hacía mucho tiempo, solo que en una escala mayor. Habían trabajado muy bien las diferentes iglesias pentecostales unidas de un área ¿Qué pasaría si todas las iglesias pentecostales de toda la región de Los Ángeles, unas trescientas, alquilasen el "Hollywood Bowl" para una reunión realmente gigantesca?, como el "Bowl" era tan conocido, tal vez vendrían a una reunión ahí, y no se acercarían a una reunión en una carpa.

El problema, según nos dimos cuenta los pastores y yo, al discutir el asunto, era el de siempre, dinero. Solamente el depósito para la reserva del "Bowl" un lunes por la noche costaba 2.500 dólares. Por pagos por adelantado, por anuncios de radio, folletos y carteles calculé que llegaríamos a los 3.000 dólares, lo cual sumaba 5.500 dólares, solo para empezar, antes de añadir las luces, acomodadores para el estacionamiento y todo lo demás. ¿De donde nos tendría tal suma de dinero? Por supuesto, no de los pastores, la mayoría de ellos recibían un salario mas bajo de lo normal.

Pero, ¿Y qué pasará con los hombres de negocios en sus congregaciones? Y luego se me ocurrió una idea puramente armenia "Si yo proveyese una comida con pollo", le pregunté a los pastores, ¿me conseguirían un centenar de hombres de negocios para asistir a la comida? Después de todo, los armenios sabíamos muy bien que las cosas más importantes de la vida se resuelven alrededor de una mesa de comida.

La mayoría de los pastores expresaron sus dudas. No hay tantos hombres de negocios que asistan a nuestros servicios, Demos, por lo menos, no los que han logrado éxito, corearon esa verdad que yo conocía tan bien.

Pero conseguimos reunir un centenar de nombres de hombres y los invitamos con sus esposas, a una comida de pollo en "Knott's Berry Farm".

Cuando llegó la noche, el comedor más grande de la granja estaba lleno de invitados. Rose y yo nos sentamos a la cabecera de la mesa donde podríamos observar a todos los demás. Y mientras lo hacía, se me ocurrió una idea extraordinaria. Y si algunos de estos hombres, quizá media docena, subieran para decimos por qué siguen asistiendo a sus iglesias cuando la mayoría de ellos, especialmente los que han triunfado en los negocios ya no lo hace?. ¿Qué es lo que tanto les atrae de Jesús para abandonar su día de descanso?. ¿Qué significa para ellos el Espíritu Santo, personalmente en sus propias vidas? Esto podría servirnos de mucho estímulo para todos nosotros.

Un momento después parpadeé. Tres mesas más allá de la mía, un hombre de mediana edad, vestido con un traje a rayas, se le iluminó el rostro de repente como si se lo hubiesen enfocado con una luz. Yo miré a Rose pero aparentemente ella no lo vio. ¡Cómo pudo perderse! La extraña radiación danzaba y brillaba a su alrededor y supe que era el hombre al que tenía que llamar de primero.

Ahora ya no podía esperar al final de la comida. El café y el pastel fueron una

frustración, tan ansioso estaba por saber lo que aquel hombre podía decir.

Al fin las jarras de café dejaron de circular. Las camareras limpiaron la mesa y se llevaron los platos mientras todos se pusieron cómodos en sus sillas y se aprestaron a escuchar mis peticiones de dinero, en lugar de eso, me dirigí hacia el hombre del traje a rayas.

-Señor... Si..., eso es... usted... que lleva una corbata azul y esa sonrisa tan llena de Dios. ¿Tiene la bondad de subir hasta aquí? El hombre me miró sorprendido, pero inicio su marcha entre las mesas hasta que se halló de pie junto a mí. ¿No le gustaría contarnos las hermosas cosas que el Señor ha hecho por usted?, le pregunté.

El hombre hizo un movimiento de cabeza para demostrar su asombro. No sé quién se lo dijo, pero sí... mi esposa y yo tenemos mucho por lo que estar agradecidos con el Señor". Y comenzó a contar como el padre de su esposa había sido curado recientemente por medio de la oración, de lo que los doctores llamaron un cáncer terminal. En medio del silencio electrificante que siguió a sus palabras, miré de nuevo alrededor de la habitación. Cerca de la ventana un rostro se iluminaba. "Señor, tenga la bondad de subir aquí para que todos podamos verlo..."

Así pasó una hora y media, un hombre pasó tras del otro en el gran salón, que parecía estar lleno de una especie de poder invisible. Escuchamos historias de matrimonios sanados, alcoholismo superado, reconciliación de socios en negocios. Me puse a pensar en la frase de Charles Price "Evangelio Completo..." pues cada aspecto de las buenas nuevas se relacionaba esa noche a términos de experiencias reales. Cortos, sencillos, detallados, así fueron los relatos de estos hombres prácticos. Ninguno dio un sermón, ni usó lenguaje sofisticado, y sin embargo, el efecto combinado fue más potente que cualquier sermón que se haya oído. Cuando diez u once hombres habían hablado, tomé el micrófono y dije, "amigos, acaban ustedes de oír el evangelio completo, expresado por un grupo de hombres de negocio. Evangelio Completo.. Hombres de negocios. Algo de la frase se fijó en mi mente.

"¿No desean ustedes." proseguí, "que muchos hombres de negocios del área de Los Ángeles cuenten relatos como éstos? " ¿No les gustaría que cada hombre, mujer y niño de California conociese el poder de Dios de la forma en que lo conocen estos hombres? ¿,Qué mejor lugar puede haber para hablarles acerca de el que el "Hollywood Bowl"?

Esto fue literalmente todo lo que tuve tiempo de decir. Por todas partes de la sala los hombres se estaban poniendo de pie, metían sus manos en los bolsillos y venían hacia adelante para dejar dinero en la mesa. Trajeron billetes de diez dólares, de veinte y cheques. Los cheques se fueron amontonando sobre las mesas, cheques escritos de pie en la misma fila en que esperaban para llegar frente a la mesa del salón....

Cuando nosotros contamos el dinero al final de aquella noche, la suma total ascendía a 6.200 dólares.

Pero aún cuando esta cifra me pareciera impresionante, sabía que algo más importante había sucedido aquella noche. Había surgido una idea, un patrón de muestra, a pesar de que todavía no alcanzaba a ver las implicaciones futuras.

"Solo piensa", le dije a Rose mientras conducía hacia Downey. "cuantos hombres

de negocios hay en el mundo comparados con los predicadores. Si los hombres de negocios se uniesen para difundir el evangelio...

Después, los funcionarios nos dijeron que el "Hollywood Bowl" nunca antes se había llenado un lunes por la noche. Para nuestra reunión, del "Evangelio Completo", se llenaron 20.000 asientos y quedaron 2.500 personas de pie alrededor de la arena. Esta fue la primera noche que usamos la ceremonia de encender candelas. La idea es que una sola candela difícilmente se puede ver en la oscuridad, pero cuando cada uno enciende su candela, cuando cada uno de nosotros usa lo que Dios le ha dado, el resplandor puede tornar la noche en día.

Para mí esto fue verdaderamente un momento de luz, cuando al fin tuve la respuesta a la pregunta que me había formulado cuando era un muchacho de trece años "Señor, ¿es éste el trabajo que me has designado especialmente a mí? Estaba reflexionando sobre la pregunta, como solía hacerlo a menudo, cuando se apagaron las luces y la arena se sumió en la oscuridad. No me había convertido en un predicador, pues seguía sintiéndome tan balbuciente y torpe como siempre delante de un auditorio. Tampoco era un profeta como Charles Price. No era un maestro, ni un evangelista, ni un sanador...

De pronto, desde algún lugar arriba de nosotros se escuchó el sonido de una trompeta, el eco del sonido agudo repiqueteaba desde las oscuras colinas. Diminutos destellos de luz fueron apareciendo cuando las candelas se encendieron. El resplandor creció hasta que la llama se entendía de vecino e vecino. Y de pronto, el "Bowl" centelleaba de luz mientras miles de diminutas llamas se quemaban juntas.

Un ayudador. Era como si la palabra estuviera escrita en las mismas chispeantes llamas. Era como algo que pasaba de un hombre a otro. Un proporcionados de tiempo o lugar u ocasión para que se uniesen las luces. Un estimulador de la chispa que pudiera poner en llamas al mundo.

La emoción de ese momento hizo que las lágrimas que inundaran los ojos. Más tarde, en la noche en casa, me dirigí ansioso a mi Biblia y leí 1a. Corintios. 12:28. ¡Cuan a menudo había reflexionado y orado sobre esta lista de divinos compromisos...! "primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros, luego obradores de milagros, luego sanadores..." Si, ahí estaban, "ayudadores" ¿Cómo no me había fijado en esta palabra que se distinguía ahí entre las demás...? "Sanadores, ayudadores, administradores y los que hablan varias clases de lenguas".

Aquí estaba mi tarea, el trabajo que me asignaba. El Mismo Dios, revelado en aquel momento de luz en las colinas de Hollywood. ¡Dios me había llamado a mí, sí, a mí! Para ser un ayudador..., y desde ese momento ese maravilloso compromiso que jamás me abandonaría.

Era muy bueno que yo sintiera este entusiasmo por que después vino una experiencia que pudo dar al traste con todo la alegría de ayudar. El conferenciante de una de nuestras reuniones fue un evangelista del este. Vino al parecer con las mejores recomendaciones, y sin embargo, su figura resultaba un tanto extraña para un evangelista, por sus mechones de cabello plateado que le caían sobre sus hombros y por su pierna artificial. Desde el principio me pareció que se interesaba mucho en el dinero de la ofrenda, pues comentaba frecuentemente que en otros sitios la colecta era toda para él.

También aquí sería de este modo, le dije, si usted sostuviese los gastos de la

reunión. Cuando un evangelista sostiene su propia campaña y paga los salarios del personal, la publicidad, los viajes, y los alojamientos, por supuesto, se queda con la ofrenda para sufragar esos gastos. En ese caso, también el propio evangelista sería quien se ocuparía de arrendar el campo y contratar el personal de la construcción.

Por otro lado, si nosotros preparábamos las reuniones, el evangelista no tenía por qué preocuparse de esos asuntos, ni siquiera de sus propios gastos, puesto que viviría en nuestra casa, y comería de la buena cocina casera de Rose. También le dijimos que gastábamos cientos de dólares en cada campaña, que no esperábamos por supuesto, ni deseábamos recuperar. Después de que todos los gastos eran cubiertos, el saldo de la ofrenda iba para las iglesias.

Con una excepción. Una vez a la semana recogíamos lo que llamábamos una ofrenda para las propias necesidades del evangelista. Había sido nuestra experiencia que al final de las seis semanas de campaña el evangelista podría disponer del suficiente dinero para poder financiar su siguiente campaña para sí mismo.

Como digo, le hablé tan minuciosamente de todo esto, porque me daba cuenta de que era algo que le preocupaba en extremo. Pero incluso, después de esta explicación, el siguió preguntando al final de cada servicio cual había sido la recaudación. "Ustedes podrían recoger muchísima más que eso, nos decía. No lo llevan bien; tienen que llegarles a las fibras del corazón si quieren que la gente dé".

"Nosotros no queremos que ellos den", dijo Rose a través de la mesa de la cena, pasándole las albóndigas por tercera vez. No porque lo pidamos nosotros. Si el Espíritu Santo los impulsa a dar, es distinto. Y El les dirá qué cantidad.

Lo extraño del caso de este hombre es que, a pesar de su amor al dinero, era un hombre ungido, inspirado por Dios. Jamás tuvimos mayores concurrencias que en ese verano, nunca antes se acercó tanta gente al altar, jamás se vieron sanidades tan maravillosas. Una noche, un niño sordo oyó por primera vez en su vida. Al fin de la semana, su médico testificó su sanidad desde la plataforma. Otra noche, una mujer fue liberada de un bocio que la desfiguraba tremendamente.

Al fin llegó el último domingo por la tarde alrededor de diez mil personas se amontonaron en la enorme tienda, mientras Bob Smith (éste no es su nombre real) hacía el cierre final de su sermón. Era realmente un orador nato, pensé. Y me alegré de que, por su causa, las reuniones hubieran resultado tan exitosas financieramente hablando, ya que el pobre hombre parecía muy ansioso a este respecto. Había recibido suficiente dinero de las ofrendas de amor, como para financiar varias campañas cuando regresara al este, o donde hubiera elegido dirigirse.

Mis ojos se posaron en las hileras de espectadores. Aun había una sobreabundante diferencia a favor de las mujeres, lo pude comprobar, "¿Cuál era la respuesta para hacer a Dios real, también para los hombres de hoy?"

Las ricas bendiciones de Dios, Smith lo estaba diciendo. Mi mente repentinamente volvió al sermón. "El no puede darles a ustedes, si ustedes no le dan primero a El. Vacíen sus bolsas, amigos, que el las llenará con todas las riquezas celestiales".

¿Por qué estaba aquel hombre hablando de bolsas? No se había proyectado tener una colecta en esta reunión final.

¿Quién dará?, persistía. ¿Quien dará con sacrificio, hasta que las manos de Dios se desaten para darles a ustedes?

Una mujer vestida de rosado ya venía por el pasillo hacia la plataforma. Smith salió por detrás del púlpito y se inclinó a través de las macetas que rodeaban la tarima, para aceptar lo que ella le ofrecía.

¡El Señor la bendiga, hermana, gritó! Dios la bendicirá poderosamente por esta dádiva de amor. Aquí y allá, bajo la enorme tienda, otras personas venían por los pasillos. Yo me levante de mi asiento en la parte de atrás de la plataforma y me hice hacia el lado. Allí, detrás se estaba formando un grupo de mujeres y pastores locales.

¿Qué se cree que está haciendo?, preguntó Edward Gabriel, hermano de Rose. (la familia de Rose recientemente había acortado su apellido de Gabrielian a Gabriel). ¡No tiene derecho a hacer eso!.

¡Tenemos que impedirselo!, corroboré yo.

Pero... ¿Cómo? La emoción de la gente por ofrendar era verdadera, a pesar de que la del predicador no lo fuera. Ahora él estaba llorando, mientras recogía las ofrendas. ¡Gracias hermano!. ¡Dios le recompense, hermano!. ¡Dios lo bendiga... y a usted... y a usted...!

¿Qué podíamos hacer? Estas gentes habían escuchado la voz de Dios predicada durante semanas por este hombre, habían visto sus sanidades. Muchos habían dado su vida a Cristo como resultado. Si lo hacíamos quedar mal, ¿no minaríamos la fe de esta gente?

Pero tenemos que procurar que no se marche con todo el dinero de esa gente, dijo Edward. Edward era el jefe de los ujieres de las reuniones.

La desvergonzada sangría siguió adelante. Gerry acabó por impacientarse de tanto estar sentada y Rose tomó las llaves del carro y la llevó a casa. Cuando Rose regreso de un viaje redondo de cincuenta kilómetros, el hombre seguía adelante con su demanda de dinero. Convirtió el hecho de dar en un testimonio público "a la vista de todos" y " para ser contado" como uno que amaba a Dios. El volver una segunda y aún una tercera vez, significaba la demostración mayor de su devoción.

Durante dos horas y media increíbles, mucho después de la hora final propuesta, la colecta seguía. Aquí y allá, en el auditorio vi rostros que estaban tan desconcertados como el mío. Quizás unas cuatrocientas personas se habían marchado, pero la mayoría de la congregación parecía hechizada por su espectáculo. Varias veces pareció que toda la muchedumbre de la tienda se ponía de pie a la vez y pasaban al frente para colocar su dinero en las cajas para ofrendar a los pies del predicador.

Al final, cuando difícilmente podía quedar un dolar en un bolsillo o un bolso, el predicador inclinó su cabeza para la oración de clausura. Con tanta rapidez como una maniobra militar, Edward y su equipo de mujeres se acercaron a la plataforma. Antes de que Smith pudiera protestar, alzaron las cajas de ofrendas, y las llevaron a la parte posterior de la plataforma.

"Eh, vosotros, muchachos... esto. ¡hermanos!" Smith tartamudeó ¡Estoy.. todavía bendiciendo estas ofrendas!.

¡Amén!, corearon los ujieres, y se desvanecieron tras la cortina que separaba del público, el lugar que usábamos como despacho, detrás del entarimado.

Allí nos encontrábamos pocos minutos después, comenzábamos a contar el dinero cuando Smith irrumpió embistiendo los cortinajes, las venas de sus sienes, palpitando de rabia.

¡Esto es mío!, dijo., ¡Todo eso es mío!

Llevaba consigo una vieja cartera de cuero cuando entró en la habitación y con ella se echó sobre la mesa . No le había visto antes tal cartera, y por supuesto no la llevaba en el carro cuando él; Kose y yo habíamos "venido" desde Downey aquella tarde. Abrió la cartera, y comenzó a llenarla de los billetes que estaban sobre la mesa.

Edward cogió un asa de la cartera, mientras otro de los hermanos agarraba a Smith por un brazo.

No lo toque" Era mi propia voz las que estaba hablando.

No pongan un dedo sobre ese hombre".

Los ujieres me miraron sin comprender. Yo estaba tan sorprendido como cualquiera de ellos. De pronto me pareció estar viendo no a un predicador sofocado, preso de la codicia sino a Saúl, Rey de Israel, y escuchando las palabras de la Biblia: ... ¿Quién extenderá la mano en contra del ungido del Señor...? (1a. Samuel, 26:9).

Aquellas eran las palabras de David, recordaba, y las había dicho refiriéndose a Saúl, después de que Saúl se había apartado de Dios desobedeciéndole, estaba peleando contra El. Aún así, a los ojos de David, Saúl seguía siendo el hombre a través del cual el poder de Dios había bendecido y fluido, igual que yo había visto fluir el poder, a través de Bob Smith.

Smith continuaba metiendo billetes en la cartera tan de prisa como sus manos se podían mover.

"Demos", dijo Edward, "¿Es que no ves lo que está haciendo?"

"Lo veo".

"¿Y le vas a dejar que se marche con todo este dinero?"

"¿Por qué no debo?, dilo Smith, ¿Si es mío, no? Ahora el estaba sosteniendo la cartera debajo de la mesa, arrastrando el dinero con el brazo hacia su interior.

"Si Bob" es tuyo'. Asentí, apenas creyendo mis propias palabras. Dios no provee Su dinero por estos métodos.

"¡Métodos!", Smith se echo hacia atrás con desdén, usted no sabe nada sobre estos métodos, ¡Usted es un tonto. Shakarian! ¡Todos ustedes son unos tontos! Cerró la tapa de la bolsa con un chasquido y se quedó de pie, mirando el pequeño círculo de laicos y pastores "¡Tienen una cosa fantástica en marcha y ni siquiera se han dado cuenta!"

Retrocedió hacia la cortina, buscando de espaldas la salida. Un segundo después habías desaparecido.

Tuve que poner ambas manos en los hombros de Edward para evitar que se echase a correr detrás de él. "¡Déjalo en paz!", repetí "¿,Qué íbamos a hacer con ese dinero? Este dinero no es de Dios, y ni puedo creer que Dios lo haya bendecido".

Una vez más tenía la sensación de que las palabras que escuchaba no procedían de mí mismo. Después, el momento pasó y una gran debilidad se apoderó de mí; la debilidad de la gente, de las reuniones, de las carpas, de la plataforma, de los altavoces... Pasamos al interior de la gran carpa de lona. La multitud todavía estaba saliendo paso a paso por los pasillos en dirección a las puertas, y los equipos de voluntarios de las iglesias estaban ya plegando las sillas. No había ni rastro de Bob Smith.

Encontré a Rose y le dije que se fuese para casa. Todavía me quedaban horas de trabajo aquella noche. Había que organizar la limpieza el equipo que se ocupaba de desmontar las carpas tenía que volver a sus casas Al día siguiente tenía que estar aquí temprano, para ocuparme de los empleados de ornamentación que se llevarían las plantas y yo estaba cansado de todo ésto, terriblemente cansado de todo...

En la habitación de Richard no quedaba ni rastro del hombre que había vivido allí durante seis semanas. Sus ropas no estaban en el armario, sus dos maletas azules habían desaparecido e incluso su cepillo de dientes del soporte, en el cuarto de baño. Ninguno de nosotros se dio cuenta de cuando hizo las maletas. Por supuesto no se había despedido de ningún miembro de la familia, y ni siquiera dio las gracias a Rose por sus semanas de hospitalidad.

Seis años después oí hablar de nuevo de Bob Smith. Luego, una mañana, él mismo entro en la oficina principal de "Reliance Number Three", flaco, sin afeitado, mal vestido y con toda la apariencia de no llevar un centavo encima. Me contó una larga historia de mala suerte, y me pidió dinero para ir a Detroit; se lo dí. Tres años después supe que había muerto.

Esta fue la primera vez, pero, de ninguna manera la última, en que Rose y yo nos enfrentaríamos al fenómeno de encontrar un hombre con un tremendo ministerio de Dios para los demás, pero que era en su vida personal una vergüenza. Algunas veces, como en el caso de Smith, el problema era dinero, otras veces era el alcohol; otras, se trataba de mujeres, drogas o de perversión sexual.

¿Por qué Dios honra al ministerio de hombres como estos? ¿Era el poder de las Escrituras, que obran independientemente del hombre que las cita? ¿Es la fe de los oyentes? No lo sé.

Sólo estaba yo seguro de dos cosas al respecto. Que esta gente que daba su corazón o su bolsillo al Señor en estas reuniones, no perdía recompensa por que el agente humano fuese defectuoso. Y que las palabras que yo había dicho sin comprenderlas seguían siendo verdad.

"No lo toquen" ..

Estos hombres estaban en las manos de Dios; incluso me pareció que no me estaba

permitido especular mucho al respecto. Sin embargo, a menudo, recordaba las palabras de Charles Price, dichas con tal acento de dolor: "Los hombres que están en el frente reciben heridas". Y pensaba en los riesgos y tentaciones con que tenían que enfrentarse estos hombres, y yo me preguntaba a mi mismo si habría orado lo suficiente por Bob Smith, .

Charles Price había muerto. Había muerto tal como ya sabía él, en 1946. Pero mi madre, casi siempre con constantes dolores, vivía todavía. Después de la muerte de Carolyn la Familia creyó que ella partiría muy pronto. Las gorditas manos de Carolyn, apretando las suyas tan delgadas, tan estropeadas, parecían ser la única fuerza que mantenía a mi madre viviendo.

Pero existía una pieza que todavía no encajaba en el rompecabezas. Florence, a los veintiún años, todavía estaba soltera, y para una madre armenia ésto era una forma intolerable de dejar sus asuntos terrenales. Así que cuando Florence se comprometió con un guapo joven armenio, cuya madre había fallecido algunos años antes, mamá tomó en sus manos el asunto de la boda.

Sus fuerzas durante esos meses fueron un misterio para los doctores, que no podían entender, cómo todavía era capaz de andar, iba de compras, cosía, incluso guisó la mayor parte del elaborado banquete que siguió a la ceremonia de la boda.

Pero luego, cuando la radiante pareja había partido para su luna de miel, ella volvió a la cama. El cáncer había progresado más allá de lo que puede aliviar las drogas, pero no recuerdo haberle oído a mamá ni una sola queja, le oía sólo dar gracias por que había sido capaz de completar sus deberes familiares.

El doctor John Leary, el especialista que la atendía en sus últimos meses, solía acudir a la gran casa estilo español por la mañana temprano, "para empezar el día bien", solía decirme. Él decía que tenía unos cuantos pacientes no tan enfermos como mamá, pero que sus problemas lo dejaban exhausto. Pero si puedo pasar quince minutos al lado de tu madre, Demos, al principio del día, puedo enfrentarme con cualquier cosa que venga.

Cuando falleció en noviembre de 1947, a la edad de cincuenta años, me dí cuenta de cuánta gente se había visto alentada por ella. Fue el mayor funeral que jamás había visto Downey. Todo el mundo, estaba allí: desde líderes de la comunidad hasta descamisados sin hogar. Fue entonces cuando comprendí la hospitalidad de mamá.

Pero en muchos aspectos la persona más importante y la más joven, de sólo cuatro meses de edad, era Stephen, que dormía sin preocupación en los brazos de Rose.

Cuando supimos que íbamos a tener otro bebé supimos también que tendría justo para que mamá todavía lo pudiera sostener antes de morir. Y así ocurrió. Bastante después de que el doctor Leary hubiera prohibido otras visitas, llevamos a Steve hasta la cama de mamá. Y ella acarició sus suaves rizos negros y dijo, algunas veces teníamos que inclinarnos mucho para oírla: "un segundo varón... ésto nunca había sucedido, que Dios enviase un segundo varón..."

CAPÍTULO 7

Tiempo de prueba

Papá había vuelto a la oficina. Las últimas semanas de vida de mamá las había pasado la mayor parte del día en su habitación. Ahora estaba de vuelta en su escritorio, frente al mío en "Reliance Number Three". Su entrecejo se iba frunciendo mientras leía los informes trimestrales.

Estás recargando los almacenes, hijo, me dijo y señaló las cifras que mostraban un inventario de granos mayor de lo que necesitábamos para las demandas corrientes. A papá nunca le había satisfecho la operación del molino por las frecuentes fluctuaciones de los precios.

Pero estas objeciones parecían poco aplicables durante el auge de la post-guerra. Ese invierno de 1947-48 todo el que comerciaba con esta clase de productos estaba de acuerdo en un punto. Solamente el precio tope que había establecido el gobierno podría mantener los precios bajos. La avena, la cebada, el maíz, harina de semilla de algodón, harina de soya, todos estaban forzados a mantener ese arbitrario nivel de precios durante meses, como si trataran de forzarlos a que siguieran hasta el final. Al minuto que se quitase la restricción, los precios se elevarían. Me pareció un buen negocio almacenar mucho, mientras se mantenía el precio tope.

Esto es lo que el buen ojo armenio de papa comprendió, cuando repasó las cifras. Su entrecejo se frunció más profundamente cuando observó que yo había gastado cientos de miles de dólares en grano a los precios corrientes de compra, para venderlos en el otoño siguiente.

Al firmar aquel contrato yo había encendido la mecha de la bomba. El nombre me saltaba en la mente en los momentos más raros: Fresno.

¿Por qué tendría que estar pensando en Fresno? Era una ciudad situada alrededor de trescientos kilómetros al norte de Los Ángeles, por la que había pasado numerosas veces. Pero no conocía a nadie allí, y no tenía conexión alguna con tal ciudad. ¿Por qué me tenía que venir una y otra vez Fresno a la mente?

Con el aguijón del asunto de Bob Smith que todavía me punzaba, Rose y yo habíamos hablado poco de los planes para ese verano. Alguien sugirió que tuviésemos reuniones de nuevo en el este de Los Ángeles, y nos parecía una buena idea.

Cuando una noche llegue a casa, Rose estaba en nuestro dormitorio, poniendo al pequeño Steve en su cuna. "Querida", le dije, "durante todo el tiempo que conducía hacia casa esta noche, el nombre de un lugar en particular me ha estado martillando en la mente sin parar. No puedo dejar de pensar en ello".

Rose se enderezó y me miró directo a los ojos. "No me digas el nombre. Es lo mismo que me ha estado pasando a mí". Apagó la luz y salimos de puntillas del cuarto. En el pasillo se volteó hacia mi y me dijo: Se trata de Fresno, ¿verdad?". Moví la cabeza, con asombro.

Si es "Fresno"

Pero, si sabíamos dónde quería Dios que trabajásemos, la siguiente pregunta era cómo. Allí no teníamos contactos, y no conocíamos nada sobre el lugar.

Por fin obtuve de un ministro de Los Ángeles el nombre de un pastor de las Asambleas de Dios en Fresno. Lo llamé por teléfono, y le sugerí la idea de mantener unas reuniones el siguiente verano en aquella ciudad. Se escuchó un largo silencio al otro lado del hilo. Finalmente, dijo que me llamaría, y unas semanas después, me encontraba invitándolo a él y a otros treinta y tres pastores locales, a una comida en el Hotel California de Fresno. El método archicomprobado por los armenios de alimentar el cuerpo a la vez que el alma, probablemente influyó en el buen resultado de aquella reunión; verdaderamente no había gran entusiasmo por el proyecto, Jamás había visto tantos rostros desconfiados como los que me miraban. cuando me levanté para hablar.

Les describí las reuniones en la carpa que habíamos tenido en Los Ángeles durante siete veranos, y especulamos sobre los centenares de personas que ahora estaban en buenas relaciones con Dios a causa de ellas. Silencio. Miradas hostiles. Por fin, uno de los hombres se alzo, se ajustó los pantalones y me preguntó lo que aparentemente estaba en la mente de todos los presentes: ¿Que espera obtener usted de todo ésto, señor Shakarian? ¿Qué esconde en la manga?.

Sentí el calor que incendiaba mis mejillas, luego me controlé ¿Por qué tendrían estos que fiarse de un extraño? Recordé a Bob Smith, y por vez primera agradecí aquella experiencia. El Señor sabía que era poco precavido. Quizá la única forma como podían enseñarme algo era restregándomelo en la cara. Un pastor tenía que ser desconfiado, hacer preguntas cuando entraba en juego el bienestar de su gente.

Y por esto informé a los treinta y cuatro hombres, de mi proceder. No pedía salario, y pagaría mis propios gastos. Aquí en Fresno éstos debían ser mayores de lo corriente, puesto que Rose y yo tendríamos que trasladarnos allí por todo el tiempo que durara la campaña. Cuando se hubiera pagado la mayoría de los gastos, anuncios, instalación de la carpa todo eso, todo el dinero que quedase en las ofrendas pertenecería conjuntamente a las iglesias que participasen. Por otra parte, en el caso de que hubiese déficit, yo lo pagaría de mí propio bolsillo.

"¿Qué saco yo de todo ésto?" se me repetía como un eco. Saqué mi Nuevo Testamento del bolsillo, y leí en voz alta los textos de 1a. Corintios 12 que había llegado a significar tanto para mí. Amigos, les dije, creo que el Señor nos ha dotado de un don especial a cada uno de sus siervos, con alguna habilidad especial que debemos usar en su Reino. Yo creo que si descubrimos el don, y lo usamos, seremos la gente más feliz de la tierra. Y si perdemos la oportunidad, no importa cuán buenas sean nuestras obras, nos sentiremos siempre infelices.

"Yo soy afortunado", les dije "Yo he encontrado mi trabajo. Soy un ayudador, tal como dice ahí. Mi don es ayudar a las demás personas a que lo que hagan, lo hagan mejor. Yo les ayudo a ustedes a reunirse, a preparar el lugar para las reuniones, a encontrar oradores. Todo lo que obtengo es el gozo de usar el talento que Dios me dio".

Me remangué el brazo izquierdo de mi chaqueta y me rebusqué dentro de la manga. "Nada", les dije. "aquí no hay nada".

La improvisada carcajada que siguió, rompió la tensión. De todos los rincones de la habitación venían sugerencias para la campaña de Fresno. Este pastor tenía un contacto con la emisora de radio local; el otro conocía al gerente de una imprenta. Parecían estar todos de acuerdo en que en el otoño sería la época más propicia que en el verano en Fresno, sería en octubre, en cuanto ya se hubiesen cosechado las uvas. Existía un gran salón en el centro de la ciudad, el "Memorial Auditorium", que sería mucho más cómodo que una carpa.

Parece que vamos a tener unos meses un poco ocupados Demos, dijo Floyd Hawkins, uno de los pastores que me acompañó a mi carro. Tendrás que estar ausente bastante tiempo de tu oficina. Espero que te vaya bien con tus negocios.

Le expresé mi confianza con una sonrisa. "No pueden ir mejor, Floyd, no pueden ir mejor". Alquilé una casa sin amueblar en la calle "G" a sólo cinco cuadras del Fresno Memorial Auditorium. Amueblarla no sería problema. Cuando llegara la hora, cargaría lo que necesitábamos en un gran camión diesel: sillas, mesas, camas, y la máquina de lavar, me recordó Rose. No puedo enfrentarme al lavado de los pañales sin mi máquina.

La casa era lo bastante grande, para que los diferentes evangelistas pudieran estar con nosotros, como solíamos tenerlos en Downey. Esta vez, cada semana predicaría un evangelista diferente.

Sería una campaña de cinco semanas, y Rose y yo estaríamos allí una semana antes; después de todo son necesarios por lo menos diez días para atar cabos sueltos. Decidimos que a los nueve años de edad, a Gerry no le haría ningún daño asistir a la escuela de Fresno durante esas semanas, pero en cuanto a Richard, que iba ya por el octavo grado, sería mejor que no perdiera sus clases. Este era un arreglo satisfactorio en el que todos pensábamos, aunque no lo dijésemos: no podíamos marcharnos todos, dejando solo a papá. Desde la muerte de mamá, la soledad de mí padre era algo que se podía palpar. De modo que acordamos que Richard se quedaría con su abuelo, y ambos podrían reunirse con nosotros los fines de semana.

El proyecto pareció recibir su bendición final al saber con seguridad que la señora Newman, la diligente enfermera que había estado con nosotros cuando cada uno de los niños había venido a casa del hospital, vendría con nosotros, de modo que Rose podría tocar el piano en las reuniones.

Y así fue como con el sentimiento de que Dios mediaba realmente en nuestros planes, fui al molino un lunes por la mañana en octubre, para dar los últimos toques a algunos asuntos antes de partir para Fresno al día siguiente. Para sorpresa mía, nuestro contador Maurice Brunache, estaba de pie en medio de la puerta de entrada. El color de su rostro era como el fino polvillo de harina que se asienta sobre todo el molino.

"¡Ya ha sucedido! Demos". Tenía unos papeles en la mano.

"¿Qué es lo que sucedió?"

"El precio límite. El mercado de Chicago abrió esta mañana sin él".

"¡Estupendo, Maurice!" "Es lo que estábamos esp.. "Algo en el rostro de Maurice

me hizo callar. Lo seguí en silencio hacia la oficina. Tomó una silla, y eso mismo hice yo.

"Me temo que no es tan estupendo, Demos."

"¿Quieres decir que los precios no cambiaron?"

"Si, cambiaron, pero... bajaron". Consultó el papel que tenía en las manos. "En nuestro inventario actual hemos perdido 10.500 dólares. Pero si nos siguen entregando material cada día, no tenemos espacio para almacenar todo ese grano, así que es necesario seguir vendiendo, y desde ahora, cada venta nos representa una pérdida."

Tomé el papel de la mano de Maurice. Las reglas del mercado permiten la baja de precio hasta un cierto punto cada vez. En los primeros minutos de la apertura de hoy, yo vi que el grano había alcanzado su pérdida máxima. Y nosotros, por supuesto, teníamos que seguir pagando los precios más altos como habíamos contratado hacía meses.

"Esta baja de precios no ha llegado al final todavía, y si sigue Demos, puedes... arruinarte".

Salí del molino como atontado. Era una locura. No tenía sentido. Y, sin embargo, estaba sucediendo. Sombríamente, fui calculando cuántos dólares me costaba cada cargamento de alimento de grano que tenía que vender.

Al día siguiente, martes, cargué la lavadora de ropa de Rose, algunos muebles en un camión y lo mandé a Fresno. Cuando regresé a la casa el teléfono estaba sonando.

Era Maurice Brunache: la tempestad sigue de nuevo Demos, dijo, cuando el mercado de Chicago abrió una vez más, contra todas las predicciones, el precio del grano ha vuelto a bajar al máximo permitido por el mercado de cambio. En menos de una hora hemos vuelto a perder más de diez mil dólares.

"Creo que el viaje a Fresno no se presenta en un buen momento", prosiguió Maurice. "Me imagino lo que ésta campaña ha tenido que significar para tí".

¿Ha tenido que significar?

Bueno... ¿no es que no puedes irte! Demos ... ¿Ya estás allá? -Sí, estaba, pero mi mente había retornado atrás tres años y medio, a una promesa que había hecho, que los negocios de Dios iban a ser primero, antes que la familia, antes que la lechería, antes que cualquier cosa en el mundo.

"Tengo que seguir adelante, Maurice," le dije. "Mira, esa caída de precios ha sido una cosa rara, volverá a subir, nos mantendremos en contacto por teléfono".

Pero durante todo el camino hacia Fresno una vocecita daba vueltas sin parar al compás de las llantas: Te arruinarás. Te arruinarás. Perderás el molino, te arruinarás...

Estaba colocando la cuna de Steve en la casa de la calle G, al final de la tarde, cuando escuché un grito proveniente de la cocina, donde Rose y la señora Newman estaba guardando los platos.

"Mi reloj", grito Rose desde la cima de la escalera de mano. "¡No, lo llevo puesto!"

Corrí hacia la cocina y alcé los ojos para mirar a Rose. Recordaba la noche en que crucé la sala de los Grabrielian para abrochárselo alrededor de su muñeca.

"¿Estás segura de que lo llevabas puesto?"

"¡Por supuesto que estoy segura!. Recuerdo muy bien habérmelo visto puesto al bajar del carro."

Bien, buscamos por toda la cocina. Salí hacia donde estaba el carro, y busqué por el camino entre éste y la casa. Rose recordó que había desempacado algunas cosas en la habitación de Gerry, pero antes de que comenzáramos a buscar allí, la señora Newman nos llamó a los dos a donde estaba poniéndole la pijama a Steve.

Toquen su cabeza, dijo. Este niño no parece ser el mismo hoy, ha estado refunfuñando todo el tiempo en el carro. Voy a tomarle la temperatura. Los tres permanecíamos callados en aquella extraña habitación, mientras ella llevaba el termómetro hacia la luz azulada de la lámpara. Sus ojos se agrandaron con asombro.

"Cuarenta..."

Uno de los pastores de Fresno nos dio el nombre de un médico, pero cuando llegó, lo único que pudo hacer fue confirmar la temperatura que había leído la señora Newman, y decirnos que continuásemos con los baños de alcohol que ella había iniciado.

Baños con esponja, bolsas de hielo, aspirinas, nada consiguió bajar la fiebre. Por la mañana, los ojos de Stevie estaban vidriosos y su piel seca al tacto. El médico vino de nuevo y prescribió un montón de recetas. Le pedí a Rose que se acostara un rato, pero ella apenas pareció oírme.

Como Stevie aun no estaba mejor en la noche, llamé a casa para decirle a papá que pidiese a la iglesia que orasen, y supe de paso que el grano había sufrido otro día desastroso en el mercado. Finalmente Rose se durmió exhausta, y la señora Newman y yo nos turnamos para velar en la cabecera de la cuna.

El jueves por la mañana llevamos a cabo la reunión que teníamos planeada con las mujeres y consejeros, pero me resultaba difícil concentrarme en lo que estaba haciendo. Me mantenía llamando por teléfono a la casa de la Calle G, sólo para seguir escuchando: ningún cambio. Está muy colorado. Parece que le cuesta tragar.

Durante tres días más, todo continuó igual. Era terrible contemplar al vivaz muchachito yacer tan quieto, sólo su pecho jadeaba por el esfuerzo en respirar. Hora tras hora. Rose y la señora Newman permanecieron junto a la cuna, dándole cucharaditas de agua a través de sus pequeños labios rajados.

Ya casi me había olvidado del molino, cuando el viernes por la tarde Maurice Brunache telefoneó para decir que habíamos perdido alrededor de 50.000 dólares durante la semana. Llegó el sábado. La campaña tenía que comenzar al día siguiente y Steve no mejoraba. Un almacén de la ciudad había donado una alfombra celeste para poner al frente del entarimado, un rollo enorme de casi cinco metros de ancho por treinta de largo. El sábado por la tarde estaba inspeccionando la instalación, cuando de pronto, me di cuenta de que si no me marchaba empezaría a llorar.

"Ustedes no me necesitan para esto", murmuré al muchacho de la tienda de muebles "Josephine" que regaló la alfombra. Salí con rapidez, subí al carro y simplemente lo puse en marcha. Me fui a través de la ciudad, hacia afuera, por el valle de San Joaquin. En los viñedos, las hojas de parra de un amarillo dorado, se batían como un lamento contra las estacas, movidas por el viento de octubre.

"Señor Jesús, Tú eres la viña. Nosotros somos solamente las ramas y hojas. Sin tí, nada podemos hacer. Por supuesto, yo no he podido hacer mucho en toda esta semana. ¿Es por que no estás Tú en la campaña? ¿Será por que he puesto en marcha toda esta obra sin contar contigo?"

Mientras yo hablaba, una voz me contestó. Una voz interna, inconfundible, aunque no la escuchaba con mis oídos,

"Demos, tiene que abandonar esta campaña de Fresno. Tienes que regresar a Los Ángeles, donde puedas atender mejor a tu hijo y ocuparte de tus negocios. Estás llevando deshonor a Mí nombre con esa enfermedad y esa pérdida".

Dirigí el carro hacia una orilla de la carretera y paré el motor, con las manos temblorosas. Por alguna razón, aun en medio del temor y la ansiedad, no había esperado esta respuesta. Entonces, todos los estímulos aparentes..., las oraciones contestadas... solo habían sido cosas de mi imaginación...

Pero ¿qué podía hacer ahora?, por supuesto era demasiado tarde para detener los planes ya tan adelantados.

-Es tu orgullo, Demos. Es solo tu temor al ridículo.

Finalmente puse el motor en marcha y regresé a la casa de la calle G, en Fresno. La fiebre de Steve se mantenía todavía en cuarenta grados. Había llegado Billy Adams, me dijo la señora Newman, nuestro primer cantante de Los Ángeles, había ido a ver el Auditorio. Rose se había dormido en la habitación de Gerry. Me di cuenta por primera vez hasta qué punto estaba exhausto yo mismo. Me acosté, pero no pude dormir.

- Tienes que abandonar la campaña. Tienes que regresar a Los Ángeles.

Toda la noche me estuve revolviendo en la carea, escuchando la tos seca y dura de Steve. Escuché llegar a Billy Adams escuché a Rose preparando bolsas con hielo en la cocina.

- Tú orgullo... tu orgullo....

Afuera, estaba aclarando. Steve comenzó a llorar, con un sollozo irregular. Por supuesto, Dios no atacaría a un niño tan pequeño solamente para enseñarme humildad... Pero la voz acusadora continuaba:

- Abandona la campaña. Regresa a Los Ángeles. Terminarás arruinado...

Me senté de repente en la cama. ¡Había reconocido esa voz!. Era la misma que me

había estado murmurado en el carro mientras conducía el martes. Y también ayer en los campos vinícolas, temor, duda, confusión, odio contra mí mismo. Estos no eran los signos de la presencia de Dios. Eran las armas del gran engañador.

¡Y si él estaba tan empeñado en contra de estas reuniones, era porque Dios iba a estar a favor de ellas!

"¡Rose! ¡Billy!".

Corrí hacia la sala donde Rose estaba paseando al pequeño Stevie de arriba a abajo. Billy Adams salió de la cocina trayendo una cafetera con café recién hecho.

"Era Satanás", les dije "Era Satanás intentando vencerme para que abandonase todo. Dios quiere que tengamos esta campaña".

Billy dejó la cafetera sobre el cristal de la mesa. "Lo dudaste alguna vez, Demos".

Y tan sutil y tan devastador había sido su ataque, que tuve que confesar que había dudado.

"Pero ya no", le dije. "Vamos a ir allí esta tarde, y vamos a alabar a Dios, vamos a reírnos en la cara del diablo".

Y eso hicimos, afirmamos la victoria de Dios incluso cuando nada apreciable a la vista hubiese cambiado. En el transcurso de las cinco cuerdas que nos separaban del Auditorio, Rose lloraba por haber tenido que dejar a Steve, a pesar de que ambos sabíamos que no lo podíamos dejar en mejores manos que las de la señora Newman.

Pero cuando las altas cortinas se abrieron y Rose en el piano dio los primeros acordes de la alegre antífona de apertura, nadie de entre la muchedumbre que casi llenaba el gran salón municipal, podía darse cuenta que ella tenía una gran preocupación en la vida. Luego Billy se dirigió hacia el micrófono y pidió a la congregación entera que se pusieran de pie para orar por la salud de Steve. Oramos, cantamos y alabamos al Señor. Se sentía tan fuertemente el Espíritu en la congregación que cuando fuimos a casa para la cena, entre la sesión de la tarde y la de la noche, creo que los tres esperábamos que el mismo Steve se dirigiese con su pasito incierto a darnos la bienvenida a la puerta.

Pero no hubo cambio. La señora Newman estaba cambiándole la pijama completamente mojada por la transpiración, mientras Gerry ponía una sábana limpia en la cuna.

Fue lo mismo a media noche cuando volvimos del servicio nocturno. La fiebre igual de alta, sus ojos perdidos y sin brillo.

Sin embargo, algo había cambiado en la casa. Por primera vez desde que llegamos, sentí sueño y me quedé dormido en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

Me desperté por la mañana a los repetidos golpes de la Señora Newman a la puerta: -¡La fiebre bajo! ¡Su temperatura está normal! ¡Oh, vengan a ver!.

Juntos a la señora Newman, Rose, Gerry y yo, nos inclinamos alrededor de la cuna.

Steve yacía de espaldas, pálido y cansado, pero en sus grandes ojos castaños se insinuaba su acostumbrada chispa de alegría.

–Quiero una galleta -dijo

Cuando regresamos para la reunión de la tarde, estaba sentado, devorando una caja de galletas. A la mañana siguiente no quedaba ni el más mínimo rastro de que hubiese estado enfermo.

Durante su enfermedad, apenas me quedé, un minuto para pensar en la crisis financiera, y por supuesto, dejamos de pensar, como cosa de menor importancia, en el reloj perdido. "Pero ahora", dijo Rose, era miércoles por la mañana! "voy a buscar el reloj otra vez". Esto nos debió indicar quién andaba detrás de tantos problemas, Demos. Es la clase de trucos que acostumbra usar Satanás.

Todos nos unimos en la búsqueda, rebuscando en cada gaveta, cada armario, cada bolsillo, y pieza de ropa de vestir.

Ni rastro del reloj.

Tampoco las noticias que provenían del molino era mas alentadoras. La caída del precio de los granos no había sido simplemente una fluctuación del mercado. Representaba una baja general, a nivel nacional, de la compra de granos. Cada día el molino iba perdiendo miles de dólares.

Cuando papá trajo a Richard para el fin de semana estaba realmente alarmado. "No podemos seguir adelante. Demos. Si tenemos muchas semanas como esta última, pronto habremos perdido el negocio".

Era sábado por la mañana y yo estaba llevando a papá y a Richard a la feria del condado de Fresno. Un lechero nunca es tan feliz como cuando ve vacas hermosas, y yo esperaba que ésto ayudara a papá a olvidar el desastre financiero, por lo menos por un par de horas.

Demasiado pronto se hizo el tiempo de regresar a casa y prepararse para la reunión de la tarde. A la salida de la feria, Richard se pasó fascinado con un hombre que vendía unas lagartijas verdes y café, por un dólar.

"Papá ¿Podría yo tener...?"

"No seas tonto hijo ¿Quieres escuchar los gritos de tu madre por traer esos animalitos viscosos a casa?"

"Por favor... papá... Por favor..., no son viscosos", tomó uno de los animalitos, y lo frotó suavemente con el pulgar. "Por favor, papá"

Miré a Richard con sorpresa. No era su costumbre el insistir de este modo. Y más sorprendido me quedé cuando vi a papá meter la mano en el bolsillo y darle un dólar.

"Deja que el chico tenga su lagartija", me regañó.

Subí al coche con un suspiro. Papá nunca fue tan generoso conmigo cuando yo era muchacho. Al llegar a la calle G, le dije a Richard: ahora, Richard, deja ir ese animalito en la grama. No quiero tener una casa llena de mujeres gritando.

"Esta bien papá. ¿Pero, puedo enseñárselo a Gerry? ¿Quieres decirle que salga?"

Pero para mi desaliento, fue la señora Newman quien salió. Miró las manos de Richard y sonrió complacida- "Un camaleón", exclamó "Oh, qué pequeñito y bonito..."

"Busquémosle una caja para tenerlo allí". Ella se dirigió a un montón de basura que solo esperaba que pasaran a recogerla el sábado por la tarde.

¡Un camaleón!, esto es lo que es. La señora Newman continuó, buscando entre un montón de cajas de cartón vacías. Esta es demasiado grande, no, necesita ser más alta. ¡Esta es!. ¡Esta servirá!.

Levantó la tapa de una caja de zapatos. Una caja que al cabo de una hora hubiera ido hecha pedazos en el camión de la basura.

Allí estaba el reloj de pulsera de diamantes.

De esta forma la familia completó el día junto a la lagartija: y una certera comprensión de que Dios cuida de todos los detalles de nuestra vida.

Y mientras las reuniones entraban ya en su tercera semana extraordinaria, con un número de asistentes que aumentaba cada noche, y los milagros que se repetían sobre la alfombra azul, comencé a preguntarme si El no sería capaz de resolver nuestro problema del molino de grano. Seguramente que para El, un molino de grano que se hundía no era un problema mayor que encontrar una caja de zapatos olvidada. Y sin su ayuda, lo perderíamos irremisiblemente. Todavía estábamos pagando los altos precios del último invierno, mientras que a diario teníamos que vender a menor precio.

Pero los días pasaban y no había cambio alguno, salvo para empeorar. Fue un tiempo extraordinario. Cada tarde en nuestras sesiones de enseñanza centenares de nuevos cristianos se estaban iniciando en su nueva fe. Cada noche, centenares más venían hacia el frente a rendir sus vidas a Cristo, ser sanados o para recibir el bautismo en el Espíritu Santo. Y cada mañana pasaba horas en el teléfono con vendedores y compradores de grano, presidiendo la pérdida de miles de dólares.

Esto me recordaba mi primera reunión en una carpa en el Boulevard Goodrich, cuando el evangelismo triunfaba mientras la planta de abonos fracasaba. Señor, le dije Tú me dices que esta gente en Fresno es más importante que un molino de granos. Tú sabes que no puedo discutirlo. Solamente me hubiera gustado haberlo sabido antes de comprar tanto grano..

Estaba sentado en la cocina de la calle G. Era una hermosa mañana de octubre; todos los demás habían salido de compras. Y aquí, en la silenciosa casa, acompañado tan sólo por el ronroneo del refrigerador, me pareció escuchar una voz débil y un poco chistosa:

Te lo dije, Demos.

Me sentí incómodo en la dura silla de madera. ¿Era eso verdad? ¿Me había prevenido Dios desde el principio, a través de mi padre, sobre esta situación?.

Referente al molino mismo, ¿había oído yo claramente de Dios que fuese parte de sus planes para la familia Shakarian?. ¿O se trató simplemente de una brillante idea mía?. ¿No era más bien, en parte, la avidez de poder por un lado, y mi sentido de la lógica por el otro lo que me había empujado a crear este pequeño imperio, cuando era ya un hombre al que Dios había suplido abundantemente de bienes?. Ahora cuando por primera vez plenamente consciente, deliberadamente le preguntaba a Dios acerca de la operación financiera del molino, la respuesta vino clara y precisa:

No es para ti, Demos. Los negocios especulativos requieren de tu tiempo completo, y yo nunca te daré el día entero para tus negocios.

Entonces, ahí, caí sobre mis rodillas, mis manos sobre el asiento de madera de mi silla. "Señor Jesús, perdóname por ir adelante de Ti en unos negocios a los que Tú nunca me llamaste. En alguna parte, Señor, tiene que estar el hombre que puede tomar este negocio a su cuidado, y sacarlos adelante. Envíamelo Señor, ahora, y Señor..."Miré a mi alrededor sintiéndome un poco culpable, pero estaba completamente solo, aunque es inútil esconder a Dios lo que está en nuestro corazón, puesto que El puede ver cada rincón del mismo.

"Señor, haz que nos ofrezcan un buen precio".

Yo imaginaba que papá estaría encantado con la idea de vender el molino. Pero, cuando le hablé de ello, la semana siguiente, él solamente hizo un movimiento de cabeza: "¿Cómo esperas hallar comprador en un tiempo como éste?, nadie va a comprar un negocio de granos hoy en día; por que el valor del molino mengua cada día que pasa. Todo lo que alguien tiene que hacer es esperar a que caiga en bancarrota y comprarlo por el valor de los impuestos."

"Lo veremos, papá", le dije, intentando por este medio que mis palabras resultasen convincentes, "y a buen precio".

La tercera semana de nuestra campaña en Fresno se clausuró con un servicio dominical. William Branham era el evangelista de aquella semana, y cuando unos gemelos sordomudos, de cinco años, comenzaron a articular sonidos sin sentido (pues jamás antes habían oído un verdadero lenguaje) el lugar se levantó en alabanzas como no se había visto nunca.

El miércoles por la mañana, de la cuarta semana, papa llamó por teléfono desde Los Ángeles:

"Demos", me dijo, "no vas a creer lo que te voy a decir, pero acaba de llamarme Adolph Weinberg. Quiere comprar el negocio del molino."

Weinberg era, como nosotros, un granjero californiano del sur. Era judío; un hombre devoto que no se quedo asombrado cuando una voz lo despertó a la tres de la mañana, y la cual reconoció como la voz de Dios.

Adolph, el Señor Weinberg, nos informó de cómo la voz que le había hablado le dijo "quiero que llames a Isaac y le ofrezcas comprar su molino".

Obedientemente, había telefoneado a papá. Estaba ansioso por que nos encontrásemos y discutiésemos las formalidades.

– "Yo no puedo comprenderlo", decía papá. "Ahora, en estos tiempos. ¿Cómo pudo enterarse de que queríamos venderlo?. ¿Se lo dijiste a alguien además de mí?"

No, papá.

Fuere como fuere, prosiguió, está dispuesto a comprar. ¿Cuándo puedes estar aquí, lo mas pronto?. Papá tú sabes que ahora no puedo ausentarme. Por el amor de Dios ¿Por qué no?. Porque aún quedan dos semanas de campaña además de la clausura final.

"Pero seguramente las reuniones podrán pasárselas un par de días sin ti. ¡No es tan importante que tú estés presente!"

"No para las reuniones; sino para mí. Por algo que Dios me está enseñando. Papá, desde los comienzos de esta campaña han estado pasando cosas muy raras; por alguna razón, son tiempos de prueba para mí, más de lo que lo hayan sido en cualquier época anterior. ¿Qué es lo primero?. Me está preguntando Dios, papá, y quiero darle a Dios la respuesta correcta".

"¿Supón que Weinberg cambie de idea?"

"Si es el comprador que Dios ha elegido, no cambiará".

Casi cada uno de los diez días siguientes, Adolph Weinberg telefoneó a papá. Le parecía imposible que estuviésemos haciendo esperar a un comprador, con dinero al contado, mientras cada día los inventarios de nuestros silos demostraban una nueva pérdida de su valor. Tampoco yo lo entendía. Sólo sabía que Fresno era el lugar adonde Dios me quería en ese momento.

Llegó por fin la conclusión de las cinco semanas de campaña; el comienzo de la reunión el domingo por la tarde se fijó para las dos y media. Pero desde las doce y media, cada uno de los 3.500 asientos del auditorio estaba ocupados; así que empezamos. A las dos de la tarde habían 1.500 personas de pie a lo largo de las paredes, y centenares de personas que esperaban afuera. Dieron las cinco de la tarde, que era la hora de terminar la reunión. Pero el espíritu de alabanza llenaba el enorme local tan poderosamente que no hubo forma de terminar, aunque yo lo hubiera deseado.

Las seis de la tarde. Las siete, y apenas algunas personas habían abandonado el local. La mayoría de las que llenaban el lugar estaban allí desde el amanecer y ninguna de ellas se marchaba a comer por temor a no poder entrar después.

El programa que habíamos planeado para la noche tuvo que abandonarse cuando el Espíritu tomó a su cargo la reunión.

Kelso Glover era el predicador de esta última semana, pero aquella noche, dijo, la dirección se le había escapado de las manos.

"Es como el agua", me dijo, "el poder parece fluir sobre la alfombra como agua. Cuando bajo hasta el público, siento como si el agua me llegase a las rodillas".

La gente se acercaba al frente para pedir sanación pero también era sanada la que se hallaba en los pasillos. Un joven llegó a la reunión sufriendo terriblemente debido a una

herida en un ojo. El día anterior había estado trabajando la tierra cerca de sus duraznales, cuando el tubo de escape de su tractor se enredó en un alambre para tender ropa. Sin saber lo que estaba ocurriendo, siguió con el tractor hacia adelante, haciendo que el alambre quedase más tenso, hasta que se rompió y le hirió el ojo izquierdo. El doctor le había cubierto el ojo con un gran vendaje apretado, pero no aseguraba si volvería a ver o no.

Oca Tatham vino hacia adelante, nos contó después que casi se desmayaba del dolor. Al instante en que Kelso Glover tocó su frente, desapareció hasta el más leve rastro de dolor y una increíble sensación de bienestar invadió su ojo herido.

A la vista de 5.000 personas Tatham comenzó a quitarse el vendaje, hasta que quedó todo como un pequeño montón de gasa a sus pies. El vendaje más profundo estaba sujeto por una cinta adhesiva y él la arrancó.

Dos ojos azules perfectamente iguales miraban incrédulos a Glover y a mí. No había ni cicatriz; el ojo izquierdo de Tatham no tenía una mancha de sangre.

Era media noche cuando la increíble reunión concluyó. Había durado once horas y media, y sin embargo, mientras nos dirigíamos a la casa de la calle G. me sentía más descansado que por la mañana, Rose y el doctor Glover, decían lo mismo. Me sentía aturdido, gozoso, como un hombre que ha estado combatiendo cuerpo a cuerpo, y ahora ve al enemigo correr. Una vez más pensé en las palabras de Charles Price: "Es una batalla en la que estamos, Demos"

Quizá la dimensión de la victoria, y la amargura de la batalla. estaban relacionadas. Quizás el enemigo lucha más fuerte, cuando teme lo peor...

Ahora sólo quedaba por terminar el cierre financiero. El programa por seguir y el cierre de la casa, Weinberg estaba al teléfono de nuevo.

"Estaré en casa el próximo lunes, señor Weinberg"; le prometí. Debería de alegrarse de que no haya llegado antes. Cada día que esperaba, el precio de la empresa bajaba.

Le estoy ofreciendo medio millón de dólares al contado, por la compañía que está perdiendo dinero, y usted lo toma con calma, No consigo entender su línea de pensamiento Shakarian.

El lunes por la tarde, prometí. Y el lunes, a las dos, papá, Adolph Weinberg y yo nos sentamos a comenzar la intrincada transferencia de los molinos rodantes, elevadores, inventario general y todo lo demás. Al final de la primera sesión teníamos una diferencia en el trato de 25.000 dólares.

Esta fue mi oferta final, dijo Adolph Weinberg, no puedo subir más.

Miré a papá a través de la mesa.. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

Y ésta es también la nuestra, señor Weinberg.

Así que las negociaciones quedaron interrumpidas, o eso creíamos. Pero a la mañana siguiente, a las seis de la mañana sonó el teléfono.

¿Shakarian? Weinberg. ¿Pueden venir a desayunar?

Papá y yo fuimos a la casa de Weinberg; mientras comíamos unos huevos revueltos, nos dijo que Dios le había despertado de nuevo a media noche, esta vez con instrucciones precisas. Tienes que llamar a los Shakarian mañana por la mañana y aceptar su precio.

"De modo, que aquí estoy", dijo Adolph Weinberg. "Su comprador. A su precio, y démonos la mano, Isaac y Demos. Desearía volver a dormir una noche entera de un tirón."

Esa fue la forma en que Dios nos guía en una de las épocas mas difíciles de nuestras vidas. Si los ataques venían de Satanás, Dios procuró que no recibiéramos ningún daño irreparable. Steve salió de su enfermedad sin que le dejara secuelas. Bajo la mano de Weinberg el negocio del molino prosperó.

Yo tenía la seguridad de que Dios había permitido todo aquél género de acontecimientos como preparación para una nueva clase de trabajo, pero se trataba sin duda de alguna labor muy ardua, a juzgar por lo duro que había sido el entrenamiento.

CAPÍTULO 8

La Cafetería Clifton

Hombres, mujeres, comunes y corrientes... Gente de almacenes, oficinas y fábricas...

Podía escuchar las palabras de Charles Price con tanta claridad como si estuviera sentado al otro lado de la mesa del comedor: "... Tu serás testigo de uno de los acontecimientos mas importantes profetizados en la Biblia. Justo antes del regreso de Jesús a la tierra, el Espíritu de Dios descenderá sobre toda carne".

"Y hombres laicos", insistía el doctor Price. "serían su más importante canal. No los clérigos ni los teólogos, o los predicadores mejor dotados, sino hombres y mujeres con trabajos comunes y corrientes, en un mundo común y corriente"

Cuando el Dr. Price comenzó a decirme estas cosas, hace cinco, o seis o siete años, durante la guerra, yo apenas le escuchaba. Me parecía imposible que gente sin preparación pudiera tener el mismo impacto que un gran predicador como el doctor Charles Price.

Pero cuando analizó la década de los cuarenta, me hallé a mí mismo pensando en sus palabras cada vez más a menudo. Pensé también en otras cosas: en el salón comedor de Knott's Berry Farm, cuando el rostro de un hombre y después el de los demás, me parecieron iluminados por la gloria de Dios al impacto del relato de las experiencias de otros hombres. Qué irresistible fuerza se podría reunir, si cientos, miles de hombres como éstos, se juntarán para difundir esta Clase de "Buenas Nuevas.." por todo el mundo... !

Luego tenía que forzar mi mente hacia las cifras frente a mí, sobre la producción de leche.

Pero la idea no me abandonaba; me despertaba a media noche; iba conmigo a la oficina. Quemaba mi interior mientras cantaba las antiguas melodías armenias en Goordrich Boulevard.

Mientras tanto, Rose y yo continuábamos patrocinando evangelistas durante el verano. Y todos los veranos las reuniones parecían obtener éxitos mayores que las precedentes. ¿Por qué tuve esa extraña sensación de que esas reuniones ya no eran el trabajo especial para el que Dios me había elegido?. En el otoño de 1951, ayudamos a Oral Roberts a preparar su campaña en Los Ángeles, la mayor que se había visto en la actualidad, con un auditorio de alrededor de 200 mil personas que acudían a las reuniones a diario, durante dieciséis días. Y sin embargo...

"Y sin embargo", le dije a Oral una noche en que estábamos cenando después del servicio de la noche, "sigo sintiendo que Dios quiere mostrarme algo diferente que hacer".

"¿Cómo qué, Demos?"

"Es un grupo, un grupo de hombres. Ninguno excepcional. Solo gente de negocios promedio, que conoce al Señor y lo ama, pero que no sabe cómo demostrarlo."

"¿Y qué hará ese grupo?"

"Hablarle a otros hombres, Oral, pero no teorías. Hombres que pueden explicar sus propias experiencias con Dios a otros hombres como ellos, hombres que quizá no creerían lo que dice un predicador, incluso ni a uno como tú, pero que sí escucharían a un plomero o a un vendedor, como ellos, porque ellos mismos son plomeros, dentistas o vendedores.

Oral, interesado, puso la taza en el plato con tanta fuerza que derramó parte de su contenido, "Lo oigo Demos, lo oigo, hermano: ¿Y cómo se llamaran ustedes mismos?"

Ya tenía el nombre. "Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo".

Oral, me miró por encima de la cubierta de plástico de la mesa. "Tamaño bocado".

"Si. pero como ves. cada una de las palabras es necesaria". Evangelio Completo. Este es el objetivo que no tenemos que perder de vista en nuestras reuniones: sanaciones, lenguas. liberación. Que el hombre hable de cualquier tipo de experiencia que haya tenido, tal y como le ha sucedido.

Hombres de Negocios. Laicos, gente común y corriente.

Fraternidad. Así es como yo lo veo, gente que le gusta reunirse y no por compromiso ni obligaciones de ningún orden.

Internacional... "Creo que esta parte suena algo ridícula, lo admito." "Pero, Oral, es la forma como Dios me lo ha estado diciendo: Internacional. Todo el mundo, toda carne". Me reí escuchándome a mi mismo; como que escuchara a Charles Price.

Pero Oral no se reía. "Demos", me dijo, " es algo auténtico, se nota que Dios está en ello". ¿Puedo hacer algo para ayudarte a empezar?

¡Ahí estaba! Con Oral Roberts como orador, cientos de hombres de negocios cristianos vendrían a la reunión inicial. ¿Oral, si yo invitase a hombres de negocios de todo Los Ángeles, un sábado por la mañana, vendrías para ayudarme a comenzar?.

Y así quedó planeado. Como lugar de reunión elegimos el segundo piso de la Cafetería Clifton, entre las calles Broadway y Seventh. Era un salón muy grande, que estaba lleno de gente durante las horas de movimiento de la semana, pero desierto los sábados por la mañana. Luego llamé por teléfono a cada hombre de negocios, lleno del Espíritu, que recordaba conocer y les anuncié la primer reunión de la nueva Fraternidad, con Oral Roberts como principal orador; les pedí que esparcieran la noticia y que se trajesen a sus amigos para tener una brillante iniciación. Había un piano en un rincón de la planta baja, según lo recordaba, y Rose estuvo de acuerdo en tocar algunos himnos.

Llega el gran día. El tráfico en el centro de la ciudad de Los Ángeles era muy denso aquel sábado por la mañana de octubre y a Oral, a Rose y a mí, nos costó mucho tiempo encontrar estacionamiento. Llegamos por fin a la Cafetería Clifton un poco tarde y más que un poco emocionados y comenzamos a subir por la escalera central. ¿Cuánta gente habría ya esperando arriba? ¿Trescientas personas? ¿Cuatrocientas?.

Llegamos a la parte alta de las escaleras. Conté al instante a los presentes: Diecinueve... veinte..., veintiuna personas, incluyendo a nosotros tres. Dieciocho más se entusiasmaron lo suficiente como para llegar a esta nueva organización, persuadidos además de poder escuchar al famoso evangelista.

Rose tocó unos cuantos himnos en el pequeño piano, pero los cantos mostraban la falta de entusiasmo que había en la habitación. Mire alrededor a los hombres que habían venido, la mayoría de ellos viejos amigos, cristianos comprometidos y muchos de ellos metidos hasta el cuello en comités de servicio y organizaciones cívicas. Era la clase de gente que se presenta como voluntaria cuando se necesita hacer una obra, la clase de hombres que no desperdician un minuto en algo que ven que no llegará lejos.

Rose dejó de tocar y yo me puse de pie. Descubrí cómo la convicción había nacido en mí de que el Espíritu de Dios, en las siguientes décadas escogería nuevos canales a través de los cuales se movería. Por aquí y por allá vi hombres que miraban sus relojes "Ni órganos, ni vitrales emplomados, nada que los hombres pudieran tachar como 'religioso'. Sólo un hombre hablándole a otro hombre de Jesús"

Jamás había tenido habilidad para poner en palabras mis ideas, y me senté convencido de que tampoco esta vez lo había logrado.

Oral Robert se puso de pie. Comenzó a darle gracias a Dios por los que estábamos allí, "Desde este momento, ésta será Tu organización, que brotará de estas semillas de mostaza que hoy sembramos y que esta lejos de todo sentimiento humano" Habló alrededor de veinte minutos, y luego, concluyó con una oración "¿Nos ponemos de pie?", dijo.

El puñado de hombres se puso inmediatamente de pie.

"Señor Jesús" oró Roberts "permite que esta Fraternidad crezca solamente por tu fuerza. Envíala a marchar con Tu poder a través de la nación. A través del mundo. Te damos gracias ahora mismo, Señor Jesús, por que vemos a este pequeño grupo en una cafetería, pero que ya Tú ves mil capítulos".

Después de estas palabras, sucedió algo verdaderamente sorprendente. El pequeño grupo que un minuto antes estaba sentado con el mismo desánimo con que las manos de un granjero descansan sobre una verja, se tornó de repente, vivo. Fue el sueño de Oral de "mil capítulos" lo que cambió el ánimo de aquel grupo. De pronto nos dimos cuenta de la aventura que significaba ver al Espíritu Santo convertir a estos pocos hombres esparcidos en la gran sala, en un ejército de ámbito mundial con miles de diferentes compañías. Alguien comenzó a cantar: "Estad por Cristo firmes... soldados que vais a la guerra..."

Todos le seguimos: "... con la cruz de Cristo al frente..." Yo tomé la mano del vecino, y pronto, todos estábamos tomados de las manos formando un círculo, marchando en el mismo lugar, cantando. Esta forma tan sencilla de cantar como en la escuela dominical, tuvo una singular clase de poder. Una y otra vez cantamos y marchamos. Legalmente, la "Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo", comenzó unas pocas semanas más tarde con la firma de los artículos de incorporación y la nominación de cinco miembros de la Junta Directiva. Aunque espiritualmente comenzó cuando Oral Roberts compartió con nosotros "su sueño de miles de capítulos" y nos tomamos de las manos como niños para marchar y cantar un himno de batalla.

"Rose", le dije, cuando regresábamos a casa al medio día, "dentro de un año vamos a ver cosas extraordinarias".

Y luego siguieron doce meses de la más increíble frustración que jamás haya experimentado. El impulso que sentimos al abandonar la Cafetería Clifton, se convirtió muy pronto en una fuerza antagónica de inercia y resistencia.

Comenzamos a reunirnos a la hora del desayuno en la Cafetería Clifton cada sábado por la mañana. Llenábamos nuestras bandejas en el primer piso de la cafetería, y subíamos a las mesas del segundo piso en donde orábamos y compartíamos nuestras experiencias, durante dos horas y media. Algunas veces teníamos algún orador famoso, pero la mayor parte de las veces dependíamos únicamente de los mismos hombres de negocios que asistíamos. Para gozo mío, el fenómeno que se dio en Knott's Berry Farm, se repitió: una vez tras otra, miraba alrededor de la habitación y "sabía" quien tenía una experiencia que contar.

Si, las reuniones eran todo lo que yo esperaba. Lo único era que no había nada contagioso en ellas; no había crecimiento. Treinta hombres, aún cuarenta podrían haber una semana, pero la siguiente quince.

Y luego, comenzó la oposición, ¿Qué es lo que Shakarian pretende, se preguntaban los pastores desde el púlpito, empezar una nueva denominación? Manténganse alejados de la Fraternidad; ellos se están llevando hombres y dinero que son de la iglesia.

Esto era lo injusto de los ataques, era lo que me hería. Desde el principio, Rose y yo dejamos sentados claramente dos principios en cada reunión que auspiciamos. El primero: "Quédense en sus propias iglesias. Si su iglesia conoce el poder del Espíritu, regresen a su iglesia con la determinación de servirle a Él con más fuerzas que nunca si no, regresa a tu iglesia hecho un misionero.

"Y segundo: No deje ni un centavo en el cesto de la ofrenda que pertenezca a alguna otra colecta. No es aquí donde pertenece tu diezmo sino a tu propia iglesia. Cualquier suma que ofrezcas en esta reunión, tiene que ser algo que esté fuera de tus obligaciones normales con tu iglesia".

Nosotros sabíamos, por años de experiencia, que la gente se aprendía estos puntos de memoria. Los que acudían a nuestras reuniones se convertían a su vez en las personas que más trabajaban por sus propias iglesias y las que más ofrendaban. Pero con todo y todo, las iglesias continuaban mirando la Fraternidad con sospecha.

La acusación que me hacían sobre el dinero era particularmente irónico, durante todo el año no recibimos ni un solo donativo. Entretanto, yo mandaba al correo todas las semanas cartas de invitación, y telefoneaba a gentes por toda la nación, para pedirles que se uniesen con nosotros cuando viniesen por negocios a Los Ángeles. De hecho, la mayoría de las veces acababa yo por pagar los desayunos.

Pero, por lo visto, un desayuno gratis no era una invitación suficientemente atractiva. Nada de lo que hice fue suficiente; necesitaba más. Compré, treinta minutos de tiempo en la radio cada sábado por la mañana y radiaba partes de la reunión, para que la noticia llegase a todas partes. Viajé por todo el estado,

luego por los estados del oeste, finalmente viajé por toda la costa este. Si la gente no quería venir yo iría por ellos, eso describe lo que estábamos intentando hacer, los urgíamos a formar un grupo de "Hombres de Negocios del Evangelio Completo" en su propia ciudad.

En junio me sentía completamente exhausto. Después de un día completo de trabajo en la lechería, dedicaba cada noche a asuntos de la Fraternidad; me acostaba a las tres o cuatro de la mañana, me sentía más débil que un hombre que hubiese atravesado un río a nado contra la corriente.

Y al final de muchos trabajos comenzó a delinearse una esperanza. Uno de los oradores a quien invitamos a la Cafetería Clifton, fue David Du Plessis, un directivo de la Conferencia Pentecostal Mundial. Después de la reunión regresamos a Downey juntos, y David no pudo contener su entusiasmo.

"Demos", dijo David, "estás detrás de algo muy importante. ¡Que idea! ¡Un mundo de hombres comunes, llenos del Espíritu Santo!. ¡Cada hombre un misionero para la gente con quien trabaja cada día!"

Gracias, David, le dije con melancolía, pero me temo que no hay mucha gente que comparta tu...

"Yo creo, prosiguió David, no prestándole la mínima atención a mi humor, que tú deberías venir a Londres el mes que viene a exponerle a nuestra gente ésto. Apuesto a que la Conferencia lo tomaría como programa suyo.

De pronto, yo era toda atención. Aquí venía la cuerda salvadora a la empresa que se hunde. La Conferencia Pentecostal representaba unas diez mil iglesias de todo el mundo; si nos uniésemos a ellas, ya no seríamos un pequeño grupo luchando por nuestra parte. Seríamos los responsables. Tendríamos categoría "oficial". David hizo las mismas sugerencias a Rose y llenos de entusiasmo aceptamos.

Inmediatamente vino la oposición de parte de mi familia, no a la convención, sino que al viaje por vía aérea.

¿Cómo váis a ir a Londres? Preguntó papá cuando le hablamos del asunto. Estábamos sentados en la sala de los Gabriel, un domingo por la noche, después del servicio de la iglesia. Yo miré al círculo de cautos rostros armenios. A pesar de que estuviésemos en 1952, yo era el único de la familia que había viajado en avión aunque sólo para vuelos cortos y en aviones pequeños.

Pero, papá, sí vamos en tren por todo el país, y después en barco, tardaremos muchísimo. A Rose ya le cuesta bastante trabajo dejar a los niños, Richard tenía diecisiete años, Gerry trece, el pequeño Steve casi cinco, y ésta sería la primera vez que Rose los dejase, y ahora sólo porque la señora Newman había prometido quedarse con ellos.

"Piensas ir en avión", dedujo papá después de pensar un momento. Los gestos de desaprobación se manifiestan en todo el salón "Nunca comprenderé qué es lo que mantiene esas cosas allá arriba", dijo tía Siroon.

"Van demasiado rápido" corroboró Sirakan Gabriel, visiblemente preocupado.
"Y por encima del agua", añadió Tiroon.

Después de mucha discusión nos pusimos de acuerdo en que viajaríamos en vuelos separados, y sentados en el último sitio del avión. Yo saldría antes; y creo que toda la congregación de Goordich Boulevard fue al aeropuerto de Los Ángeles para verme despegar. Hubo despedidas y abrazos, como a un hombre que va a ser ajusticiado. Hubo promesas de oración y un último consejo:

"No comas nada" "Abrocha el cinturón".

"Echa el respaldo del asiento hacia atrás".

Cuando los propulsores comenzaron a girar, todavía pude ver al tío Jonoian, que me daba advertencias a gritos haciendo una bocina con sus manos.

Al día siguiente estaba yo en el aeropuerto de La Guardia de Nueva York, para esperar a Rose. Ella bajó del avión radiante. Le había gustado tanto su primer vuelo, que ahora quería probar en metro. Encontramos una entrada cerca del hotel, y viajamos de un extremo a otro bajo la ciudad hasta que no quedo nadie, más que un viejecito con una botella de vino en una bolsa de papel.

Al día siguiente viajamos hacia Londres, en vuelos separados, guardando la promesa que habíamos hecho a nuestra familia Pero la alegría de reunirnos de nuevo en Londres, se ensombreció un poco, cuando encontramos a David du Plessis.

"Lo siento mucho" dijo con visible embarazo, "pues por mi parte no estoy yendo muy lejos con la gente aquí. Parece que están preocupados por que usted no es un clérigo sino un lechero"

¿Significa eso que no van a respaldarnos?.

"Lo seguiré intentando" fue lo único que pudo decir David.

Rose y yo fuimos a las reuniones públicas de la Conferencia, escuchamos las animadas pláticas, nos unimos a su forma vivida de cantar, y al final de la semana, David admitió su derrota. No había conseguido convencer a un solo líder Pentecostal de que escuchase mi idea.

Rose y yo volamos, por supuesto, por separado, a Hamburgo, Alemania, con el corazón adolorido.

"No lo entiendo, Señor" oraba en el avión. "Este viaje tan largo, todo este tiempo y dinero, ha sido para nada" "¿O quizás vas a mostrarme algo en Alemania?.

Ibamos a Hamburgo debido a las apremiantes llamadas de nuestro amigo Hal Hermann. Hal era el fotógrafo que había tomado las primeras fotografías oficiales del bombardeo de Hiroshima por los Estados Unidos. Lo que vio en Japón lo hizo decidirse a dedicar su vida a buscar las respuestas de Dios al mundo. Nosotros lo habíamos ayudado a obtener una enorme carpa que había embarcado para Hamburgo y ahora el quería que asistiéramos a sus reuniones.

El pastor Robbie vino a encontrarnos al aeropuerto de Hamburgo, era el ministro alemán que tendría que albergarnos.

"¡Bienvenidos a nuestra ciudad!" dijo el pastor Robbie en un excelente inglés. "Quiero mostrarles que nuestro Dios es un Dios de milagros". Mi corazón se aceleró. ¿Sería ésto lo que el Señor me había traído a ver desde tan lejos?

Me quedé tan asombrado al ver lo devastado que estaba todavía Hamburgo, aún en julio de 1952. Cuando dejamos el aeropuerto, pasamos manzanas tras manzanas, cascotes de cemento, ladrillos rotos y vías de tranvía retorcidas. Parecía imposible que hubiese quedado alguna persona viva en medio de aquella destrucción. Finalmente, el pastor Robbie paró el carro frente a un montón de escombros que en nada se distinguían de los demás.

Esto era nuestra iglesia dijo:

Mientras nos abríamos paso a través de los cascotes de ladrillos y cristales, el hombre añadió:

Aquí es donde sucedió el milagro.

Se paró frente a unas ruinas, consumidas por el fuego, de lo que habían sido dos hojas de puerta de acero que conducían hacia el interior de la tierra. Un refugio antibombas, aclaró el pastor Robbie, "un domingo estábamos en mitad de un servicio", alzó el brazo para señalar la gran dimensión del templo, cuando sonó la sirena..."

Acostumbrados a las alertas de los ataques aéreos, el pastor Robbie había hecho salir a la gente de la iglesia a través del patio, hacia el refugio. Las puertas de acero se abrieron para dar paso a 300 personas que se apiñaron en el espacio interior.

Luego, la puerta se cerró.

Poco tiempo después, un infierno de bombas explotaron alrededor. El castigo aéreo seguía una y otra vez, demoliendo todos los edificios de los alrededores, la iglesia entre ellos. El fuego de las bombas acabó con lo que los aviones habían dejado en pie. Abajo, en el refugio antiaéreo la congregación escuchaba el crepitar de las llamas.

Parecieron horas el tiempo transcurrido en el sofocante aire del sótano antes de que sonara la advertencia de que el peligro había pasado. Ansioso, el pastor Robbie subió los pocos escalones para abrir las puertas. En seguida retrocedió, porque el metal estaba demasiado caliente para tocarlo. Encontró un pedazo de madera y empujó con él. La puerta ni se movió. Luego los hombres, en grupos de dos por cuatro, tiraron de las puertas con todas sus fuerzas, picando y martillando la sólida masa de acero.

Fue inútil, el calor de la tormenta de fuego había fundido metal uniéndolo. Golpear la puerta era sólo consumir un oxígeno precioso.

Para conservar el aire el mayor tiempo posible el pastor Robbie instó a la gente a que se arrodillase y orase. Señor, comenzó en voz alta, sabemos que Tú eres más fuerte que el poder de la muerte. Padre, te pedimos un milagro, abre estas puertas, te lo pedimos y déjanos salir.

De rodillas hombres, mujeres y niños, esperamos. Al cabo de un poco de tiempo, se escuchó a lo lejos el rumor de un nuevo avión. Comenzó a volar en círculo sobre la ciudad en ruinas. Y luego se escuchó el zumbido de un bomba. Llevados por el instinto, como de costumbre nos acurrucamos, la bomba había estallado cerca; muy cerca, pero no lo bastante para herir a la gente que estaba bajo tierra. Pero sí lo bastante, para abrir de par en par las dos puertas de metal que se habían fundido juntas. Cuando cesó el polvo, el pastor Robbie y la congregación salieron del refugio entre el humo y las ruinas que les rodeaban por todas partes. Estuvieron de pie trescientas personas, a la luz de la ciudad llameante, y dieron gracias a Dios.

Aquella noche, en la sala de huéspedes del Pastor Robbie, yo repetía a Rose la hermosa historia. Estaba seguro de que esta historia contenía un mensaje para solucionar los problemas de la Fraternidad. Solamente que no daba con él.

Ni tampoco pude ver la conexión entre nuestra situación y la tienda para reuniones de Hal. Era toda una experiencia sentarnos en una reunión donde no entendíamos una palabra de lo que se decía, y nos dedicábamos a estudiar los rostros atentos y formales, éste era ciertamente el auditorio más difícil del que Rose y yo hubiéramos formado parte. Ya había decidido que nada podría romper la natural reserva alemana, cuando, como suele ocurrir, se produjo una sanidad que lo cambió todo. Un hombre completamente sordo, conocido por toda la ciudad, comenzó a oír, y la reunión cobró una vivacidad indescriptible. La gente lloraba, se abrazaba, alzaba sus manos al cielo, igual como lo hubiera hecho un puñado de armenios pentecostales.

Y todavía me preguntaba, "¿Señor, por qué me has traído aquí?. No estoy contribuyendo a nada, y tampoco estaba seguro de estar aprendiendo algo". Ahora, Rose ya estaba impaciente por volver al lado de sus hijos. Pero antes deseaba realizar un sueño largamente acariciado; Rose siempre había deseado conocer Venecia. "Y, probablemente, nos recordábamos el uno al otro, no volveremos a Europa otra vez".

Así es que continuamos nuestros viajes hacia Italia esta vez en tren. ¡Qué diferente mundo el que pasaba ante las ventanillas de los vastos ranchos de California!. Pequeños lotes de tierra rodeaban viejas casas de campo de piedra, mientras cerdos, gansos, gallinas, corran por los patios.

¡Cómo en Kara Kala!, le dije a Rose, ¡cómo las granjas de que habla papá!

En Alemania me había comprado una cámara fotográfica. Ahora a despecho de las advertencias en cuatro idiomas de no asomarse a las ventanillas eso fue precisamente lo que hice Bajé el cristal de la ventana de nuestro compartimiento, y saqué la cabeza y hombros para sacar una mejor foto.

Un dolor lacerante me hirió el ojo derecho, Me eché rápidamente hacia atrás, casi dejando caer la cámara. ¡Rose! Rose me ayudó a sentarme, luego me apartó la mano del ojo, Mi ojo temblaba de tal forma que no lo podía abrir. Rose, con cuidado, del párpado para levantarlo.

"¡Ya lo veo!, parece una partícula de ceniza justo en la mitad de la pupila". Rose sacó el pañuelo e intentó sacar la ceniza, pero estaba demasiado clavada. El dolor era insoportable. Me oprimí el pañuelo contra el rostro para impedir que me saltasen las lágrimas. Estábamos a una hora de Venecia y, a la vez la hora más crucial de mi vida.

Desde la estación, en lugar de tomar una romántica góndola para dar un paseo como habíamos proyectado, tomamos el vaporcillo rápido hacia el hotel. El recepcionista se hizo cargo de la situación al instante. Minutos después yacía en la cama de nuestra habitación, con el doctor del hotel inclinado sobre mí. Alzó el párpado, me dirigió el foco de la lamparilla al ojo, luego se enderezó.

"Lo siento, signore, pero ésto es bastante serio. Es una piedra grande y muy dura".

"¿No puede quitármela?".

"¿Aquí? ¡No signore!. Para ésto tenemos que ir al hospital. Voy a llamar inmediatamente"

Mientras marcaba el número y hablaba rápidamente en italiano. Rose se sentó a mi lado y me tomó de la mano.

"Demos, dijo, oremos al Señor por esta piedra".

Y por extraordinario que parezca, entre el dolor y el disgusto contra mi mismo, ésta era la única cosa que no había hecho.

Rose comenzó a dar gracias a Dios por el milagro de sanidad que habíamos visto en Hamburgo.

"Señor, te damos gracias por que estás aquí, en esta habitación de Italia, lo mismo, que estabas presente en la carpa en Alemania. En el nombre de Jesús te pedimos que saques esta piedra"

Mientras ella estaba orando, un flujo de calor pareció correr a través de mi ojo. "¡Rose, siento algo! ¡Algo esta pasando!".

Parpadeé y no sentí nada. Ningún dolor. Ninguna obstrucción. ¡Rose, mira mi ojo!.

Rose se inclino sobre mí.

"¡Demos, ya no está!, ¡la piedra ya no está allí!" y se echó a llorar.

El doctor colgó el teléfono. "El hospital se hará cargo de usted. Vamos a la sala de emergencias".

"Doctor, ¿Quiere mirar de nuevo?.

Tomó la lamparilla de bolsillo y dirigió de nuevo el foco de luz a mi ojo. Examinó el párpado y lo dejó para examinar el otro ojo. Luego volvió de nuevo al ojo derecho. No es posible" dijo, "Mi esposa le pidió a Dios que quitase la piedrecilla," le dije. "Esto no es posible", dijo de nuevo, "Esta piedra no podía salir por sí misma. "No ha sido por sí misma, doctor. Dios la quitó". No lo entiendo, Habría la herida. Una rotura en el tejido donde estuvo clavada la piedra. Pero no hay nada. No hay herida". Se marchó en dirección a la puerta, "no le voy a mandar la cuenta, señor, esto no es

posible que pase".

Rose y yo nos pasamos el tiempo divirtiéndonos en Italia, Pero todavía me preguntaba, ¿Qué tendría todo ésto que ver con la Fraternidad?. Cuando regresamos a Los Ángeles, a finales de julio, el camino por avanzar no estaba más claro que antes.

Llegó agosto y después septiembre. Continuamos reuniéndonos los sábados por la mañana en la Cafetería Clifton, el mismo pequeño grupo de hombres que seguía viniendo, más por lealtad hacia mi, sospechaba, que por cualquier otra razón y luego llegó octubre, el primer aniversario de la "Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo". Durante los pasados doce meses había estado hablando acerca de la Fraternidad en muchas partes del país. Hombres de distintas ciudades habían acudido a nuestros desayunos. Pero, en todo aquel año, no se habían visto "cosas asombrosas", ni siquiera un hombre se había impresionado lo suficiente como para iniciar un segundo capítulo en otra ciudad.

Rose era lo bastante amable para no recordarme mi predicción del pasado otoño, pero podía ver que en ella comenzaban a nacer las dudas de que si sería muy inteligente seguir adelante. sábado tras sábado.

Sólo estamos alimentando gente a la hora del desayuno, Demos, dijo. Hicimos mucho más con las reuniones en las carpas en el verano. Alcanzábamos a miles cada verano, en vez de unas cuantas docenas en el mejor de los casos. Sabía que tenía razón, sin embargo... "Veamos que sucede el próximo mes", le dije.

Pero llegó noviembre, siguieron las reuniones adelante y la asistencia de hecho decayó.

"En diciembre será distinto", le aseguré. "La gente está más abierta en Navidad". Pero si la época de Navidad tuvo algún efecto, fue para mantener a la gente demasiado ocupada para reunirse con nosotros.

"Tengo que ir de compras con mi esposa el próximo sábado, Demos".

"Es el día en que tenemos el bazar de la iglesia".

"Voy a llevar a mis hijos a ver a Santa Claus"

Sábado por la mañana, diciembre 20, nos reunimos quince personas en el piso de arriba de la Cafetería Clifton, seis menos de los que nos habíamos reunido hacía catorce meses. A la clausura de la melancólica reunión, mi amigo Miner Arganbright, me habló con franqueza. Miner era un contratista de construcción de grandes "centros comerciales" y empresas industriales, y uno de los cinco directivos de la Fraternidad.

"Demos, me molesta de veras ser negativo en época de Navidad y todo eso", dijo Miner, "pero creo que con la idea de la Fraternidad no llegaremos a ninguna parte. Francamente, no tiene la más mínima posibilidad, no doy ni cinco centavos por esta agrupación".

Lo miré, me sentí demasiado herido como para responderle.

Miner me extendió su mano. "¿Tu has dicho a menudo que ésto era un

experimento, no es así?"

"Sí".

"Bueno. Muchas veces los experimentos fallan. No hay nada de que avergonzarse."

Todavía no se me ocurría alguna cosa que responderle.

Lo que estoy intentando decirte, Demos, es que si no ocurre un milagro entre hoy y el sábado próximo, Demos, no cuentes más conmigo.

Bien, está bien Miner, lo comprendo.

Rose y yo nos fuimos en silencio escaleras abajo. En la gran entrada principal, las lucecillas del árbol de Navidad se encendían y se apagaban.

Miner tiene razón, dijo Rose, suavemente, ¿Si Dios está en un asunto, lo bendice, no es así? y no puedes decir que la Fraternidad ha sido bendecida.

La seguí en silencio por la acera. Todos los esfuerzos, las llamadas telefónicas y viajes, la compra virtual de los hombres que habían estado viniendo; todo para nada. Si había algo que había aprendido desde 1940, era que cuando Rose y yo no compartíamos la misma opinión, el Señor no estaba en ello. Si ella estaba segura de que la Fraternidad iba mal, de acuerdo, ese sería el fin de la misma. Cuanto antes lo olvidase, mejor.

Solamente... que no podía olvidarlo. Durante toda la semana estuve conteniendo las lágrimas. Mientras conducía, de repente, me echaba a llorar. Me preguntaba si no había contraído una depresión nerviosa.

A causa de los chicos, me esforcé por poner un rostro feliz por la Navidad, me alegraba de que al día siguiente, viernes 26, estuviésemos esperando un invitado. Se trataba de nuestro amigo Tommy Hicks, un dotado evangelista, una excelente persona para tenerla cerca cuando los ánimos están decaídos.

"Porque como te darás cuenta, Tommy", le dije mientras cenábamos el viernes por la noche, "mañana es el día de reunión de la Fraternidad Internacional de Hombres de Negocio del Evangelio Completo", hice una mueca, "¿internacional?". Es muy obvio que todos piensan del mismo modo al respecto; pero únicamente Miner fue lo suficientemente honesto para decirlo. "Por ello, creo que la única cosa que queda por hacer, es darle un fin oficial, con algún anuncio. Quizá diciendo lo mucho que podemos trabajar juntos el próximo verano, financiando campañas en las carpas."

Me esforcé por parecer natural, pero Tommy debió darse cuenta del torbellino que había en mi corazón, porque dijo:

"Demos, creo que tendremos que hablar más acerca de esto."

Eso fue lo que hicimos durante la sobremesa, hicimos con él remembranza de todo lo sucedido, de nuestras esperanzas y desilusiones. Después de un rato, Gerry se fue a acostar Stevie ya estaba en cama desde hacía mucho tiempo, y Richard asistía a un retiro de jóvenes aquel fin de semana. Pero Tommy, Rose y yo, permanecemos hablando de varios de los hombres que habían asistido a la Cafetería Clifton, y recordábamos las cosas

que habíamos compartido con el grupo.

No hubo ni un sábado en el que no aprendiese algo! le dije a Tommy, algo que me ayudase a amar más a Dios y a mis semejantes.

Era casi media noche cuando Rose miró el reloj. "Mira que hora es Demos, y todavía no he quitado la mesa. Tenemos que acostarnos, o ni nosotros mismos vamos a estar en la Cafetería Clifton mañana por la mañana".

"Ve tú a la cama, querida", le dije, "todo ésto me preocupa demasiado para poder dormir, ¡estaba tan seguro hace un año!"; yo voy a la sala, y me voy a poner de rodillas hasta que Dios me hable de este asunto".

"Buen hombre", me dijo Tommy. "voy a darle una mano a Rose con los platos, luego iré a mi habitación y te respaldaré. Demos, pero este asunto es entre Tu y Dios".

Tommy y Rose llevaron un montón de platos a la cocina. Yo crucé el pequeño vestíbulo del frente y me fui a la sala. Fue cuando sucedió.

Exactamente del mismo modo que cuando tenía trece años, el aire a mi alrededor comenzó a ponerse pesado, saturado y me empujó hacia abajo. Caí de rodillas, luego sobre mí rostro, completamente tendido sobre la alfombra roja llena de dibujos.

No pude permanecer de pie, del mismo modo que no pude hacerlo en mi habitación de la gran casa española de al lado, hacia veintisiete años. Ni lo intenté, simplemente me relajé ante su irresistible amor, sintiendo el palpitar de su Espíritu a través de la habitación, en un infinito torrente de poder. Cesó el tiempo. Desapareció el lugar. Y mientras yacía allí, alabando al Señor, ora en inglés, ora en lenguas; escuché la voz de Dios que me decía las mismas palabras que había dicho hacia tanto tiempo: Demos. ¿Has dudado de mi poder?

Y de pronto me vi a mi mismo como debió mirarme Él en los pasados meses: luchando, y esforzándome; muy ocupado aquí y allá partiendo para Europa, procurando el respaldo de algún grupo "oficial" que fundase la Fraternidad, dependiendo únicamente de mis fuerzas, en lugar de confiar en las suyas.

Con angustia recordé la oración de Oral Roberts en la primerísima reunión de la Fraternidad, la oración que puso de pie a veintiuna personas y nos hizo marchar con un himno de victoria "Deja que ésta organización crezca únicamente con Tu fuerza..."

Pero yo me había movido como si fueran mis fuerzas las que contaban, como si de mi dependiera el poner en marcha los centenares de capítulos que Oral Roberts había visto. Y por supuesto, no había sido capaz de Iniciar siquiera uno solo.

"¡Señor Jesús, perdóname!".

Lo siguiente que me recordó es lo que había visto en Europa, visto pero no comprendido, las puertas de acero, cuando cayó la bomba en el refugio de la iglesia de Hamburgo, y la piedra incrustada en mi ojo en el Gran Hotel de Venecia.

Yo Soy Uno, Demos, el Único que puede abrir las puertas. Soy el Único que quita la viga de los ojos que no ven.

"Lo entiendo, Señor Jesús. Y te doy las gracias." Y ahora, por supuesto, te voy a

permitir ver.

Con esto el Señor me permitió levantarme de mis rodillas. Casi me elevó, y el poder que me había presionado hacia el piso, ahora me conducía hacia arriba. En ese momento, Rose entró en la sala. Caminó alrededor mío y se dirigió al órgano Hammond que había en una esquina. No dijo una palabra, se sentó y comenzó a tocar.

Mientras la música iba llenando la pequeña habitación, la atmósfera se fue iluminando. Para mi asombro, el cielo raso de la habitación parecía haber desaparecido. El cielo raso de yeso color crema y las luces, simplemente se habían ido, y en su lugar me hallé a mi mismo mirando hacia los cielos, a un cielo diurno, a pesar de que a mi alrededor debía reinar una noche oscura. Durante todo el tiempo en que ella estuvo tocando, yo estuve contemplando la distancia infinita, no sé. Pero, de pronto ella se detuvo, los dedos aún posados sobre las teclas, comenzó a orar en lenguas en voz alta, un hermoso y cadencioso mensaje.

Hizo una pausa; después, con el mismo ritmo lírico, habló en inglés:

Hijo mío, te conocí desde antes de nacer. Te he estado guiando en cada paso de tu camino. Ahora voy a mostrarte el propósito de tu vida.

Estos eran los dones del Espíritu, de lenguas y de interpretación, que se daban al mismo tiempo. Y cuando ella habló, notables cosas comenzaron a acontecer. Aunque yo todavía permanecía de rodillas, sentí como que me estuviesen alzando, como si dejase mi cuerpo, y poniéndome en movimiento, saliese lejos de la habitación. Allá por debajo de mi se veían los techos de Downey. Ahí estaban las montañas de San Bernardino y por allá la costa del Pacífico. Ahora me hallaba muy arriba, por encima de la tierra, capaz de ver todo el país, de este a oeste.

Pero, a pesar de que pudiese ver tan lejos, veía a la gente sobre la tierra: millones y millones de personas, hombro con hombro. Luego, como sucede con la secuencia de una cámara de televisión en un juego de fútbol, primero vi el estadio, después a los jugadores, vi los propios cordones de las bolas de fútbol, luego mi visión pareció cambiar hacia estos millones de hombres. Descubrí pequeños detalles en los miles y miles de rostros.

Y lo que vi me dejó aterrado. Los rostros estaban quietos, sin vida. A pesar de que la gente estaba tan cerca unos de otros, hombro con hombro, no existía un contacto verdadero entre ellos. Miraban hacia adelante, sin pestañear, como sin ver. Con un estremecimiento de horror comprobé que todos estaban muertos...

Luego, la visión cambió. Si era el mundo el que daba vueltas, o si era yo quien se movía a su alrededor, no lo sé, pero ahora debajo de mí, estaba el continente de América del Sur. Luego África, Europa, Asia. De nuevo se repitieron los asombrosos primeros planos de visión, y por todas partes era lo mismo. Rostros morenos, negros, blancos, amarillos, todos rígidos, miserables, encerrados en su propia muerte privada.

"¡Señor! grité. ¿Que les pasa, Señor? ¡Ayúdalos!"

Luego Rose me dijo que yo no había dicho nada. Pero en la visión me parecía que rogaba y que lloraba en voz alta.

De pronto Rose se puso a hablar. Hablando humanamente, por supuesto, ella no tenía forma en absoluto de saber qué estaba diciendo yo. Pero lo que dijo fue:

- Hijo mío. Lo que vas a ver ahora, sucederá muy pronto.

La tierra daba vueltas, o yo me movía a su alrededor por segunda vez. Abajo, otra vez había millones y millones de hombres. Pero, ¡qué diferencia! esta vez sus cabezas estaban levantadas. Los ojos miraban con alegría. Sus manos estaban alzadas hacia el cielo.

Estos hombres que antes se hallaban tan aislados, cada cual en su propia prisión, estaban unidos en una comunidad de amor y adoración. Asia, África, América y en todas partes los muertos habían vuelto a la vida.

Y luego se terminó la visión. Me sentí a mí mismo regresando a la tierra. Abajo estaba Downey, California. Allí nuestra casa. Pude verme a mí mismo de rodillas, y a Rose sentada al órgano. Y luego aparecieron los objetos familiares de la habitación que me rodeaban, y yo estaba consciente del dolor de mis rodillas y de la tirantez del cuello. Me levanté lentamente y miré el reloj: eran las 3:30 de la mañana.

"¿Que pasó, Demos? me preguntó Rose. ¿Escuchaste algo de parte del Señor?"

"Querida, no sólo oí, sino que vi". Y le describí la visión. Rose me escuchaba con lágrimas y le brillaban los ojos.

"¡Oh, Demos! ¿lo ves?; El Señor nos esta diciendo que la Fraternidad siga adelante!"

Se levantó del órgano y deslizó una de sus manos entre las mías. ¿Te acuerdas, Demos? Fue en esta misma habitación, hace ocho años, donde nos arrodillamos y pusimos a Dios de primero.

Cuando nos dirigíamos a nuestro dormitorio, vimos luz bajo la puerta de la habitación de Richard, que era la que ocupaba Tommy. Llamé a la puerta, y Tommy gritó "¡Adelante". Estaba postrado en el suelo, todavía vestido con su traje gris. Había prometido orar y lo estaba cumpliendo. "Demos", me dijo, "¡dime lo que oíste! Jamás en mi vida he sentido el poder de Dios como lo he sentido esta noche. Ola tras ola fluyeron a través de la casa".

No nos acostamos en toda la noche. A la hora en que yo terminaba de explicarle a Tommy mi visión, ya era hora de tomar el carro y dirigirnos a la Cafetería Clifton,

Cuando llegamos al lugar, dos hombres ya estaban allí esperándonos. Uno de ellos era Miner Arganbright. ¡Cuánto me sorprendí al verlo!. El otro era un hombre cuyo rostro me resultaba solo vagamente familiar. Tengo algo para ti, Demos, dijo Miner. Metió la mano en el bolsillo y sacó de él un sobre. Su carta de renuncia, no había duda. ¡Qué lástima!. Ahora precisamente que yo...

Pero no era una carta, era un cheque. Mis ojos pasaron sobre las palabras orden de pago a "Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo"

"¡Mil dólares!, le dije. ¡Pero Miner, la semana pasada no dabas cinco centavos por el grupo!"

"La semana pasada era la semana pasada". dijo Miner, Demos; esta mañana me

desperté temprano y escuché una voz. Era la voz de Dios, y sé muy bien que era Su voz. Y me dijo: "Este grupo va a marchar por todo el mundo y tú tienes que ser el primero en dar dinero."

Todavía estaba escuchándole cuando se acercó el otro hombre. "Señor Shakarian", dijo, "mi nombre es Thomas Nickel. Algo me sucedió anoche y pienso que le va a interesar".

Acerqué mi bandeja a la de él, eche sal a los huevos de mi desayuno mientras el señor Nickel relataba que él también había recibido un mensaje del Señor en medio de la noche. Había estado trabajando hasta muy tarde en su imprenta de Watsonville, California, cerca de San Francisco; porque al haber caído la Navidad a mitad de la semana se había atrasado el trabajo. De pronto dijo, escuché al Espíritu Santo decirme claramente "Toma el coche y dirígete a Los Ángeles a la reunión del sábado por la mañana, al grupo al que acudiste una vez".

Había consultado su reloj, apenas era media noche; la misma hora en que yo me dirigí a la sala para orar.

Nickel argumentaba sobre esa voz que insistía en su interior, por que Watsonville está a seiscientos cuarenta kilómetros al norte de Los Ángeles, tendría que conducir durante toda la noche para llegar. Pero la voz siguió adelante: "Debes ir a la reunión". Tuvo que dejar un mensaje en la Escuela Cristiana Monte Vista, en donde era maestro, en el que decía que partía hacia el sur.

"Y aquí estoy, concluyó Nickel, para ofrecerle mi imprenta y mis servicios."

Rose, Miner y Tommy escuchaban atentamente. "¿Su imprenta?" Pregunto Tommy.

"Sí para sacar una revista", dijo Nickel.. Ve, lo que el Espíritu me dijo fue: "la Fraternidad tiene que ir. por todo el mundo. Pero no puede comenzar sin una voz."

Voz... repitió Rose. La Voz de los Hombres de Negocios...

La reunión de esa mañana no fue muy larga, pero sí fue la más alegre que jamás habíamos tenido. Antes de que se terminase ya habíamos nombrado a Thomas R. Nickel, director y editor de una nueva revista que saldría con el nombre de La Voz de los Hombres de Negocios del Evangelio Completo.

Piensa solamente, le dije a Rose esa misma noche mientras nos metíamos en el lecho, que anoche a esta misma hora la Fraternidad estaba acabada. Ahora tenemos una tesorería con mil dólares. y una revista. ¡Me muero de impaciencia por ver lo que el Señor hará próximamente!.

CAPÍTULO 9

Los pies sobre la mesa

¡La respuesta no se hizo esperar mucho. Poco después de Año Nuevo recibí una llamada telefónica de Sioux Falls, Dakota del Sur. Era Tommy Hicks que llamaba desde detrás de la cortina del auditorio donde había hablado.

Demos, me dijo, yo creo que ya tienes el capítulo número dos. Esa noche, él había contado la historia de la Fraternidad y la visión. Al final de su plática un miembro del auditorio se puso de pie y preguntó, por qué no se podía tener un grupo como ése aquí en Sioux Falls.

Por su puesto que se puede, le respondí, y pregunté que si había alguno interesado que pasase al frente, y Demos, parecía como si toda la sala se hubiera venido al frente "Ya tenéis aquí mismo el Grupo Número Dos aquí en Dakota del Sur".

Esto fue solo el principio. Por todas partes donde estuvo Tommy aquel año y habló de la Fraternidad, dejó una huella de hombres entusiasmados detrás de él y para el verano de 1953 teníamos ya nueve capítulos y estábamos planeando una Convención Nacional en octubre, exactamente dos años después de la primera reunión en la Cafetería Clifton.

Seiscientas personas salieron ese fin de semana de otoño hacia el Hotel Clark, en Los Ángeles hoy, cuando para una convención se congregan veinte mil personas, ese primer encuentro nacional parece en verdad pequeño. Pero para nosotros fue enorme, así también fue enorme nuestro entusiasmo.

Hubo, por ejemplo, la cuestión del presupuesto. Ahora teníamos un empleado a tiempo completo, Floyd Highfields, que respondía a las preguntas de los hombres de todo el país, les ponía en contacto unos con otros, y les ayudaba a organizarse en capítulos. Uno de estos días Floyd iba a necesitar una secretaria. Ya teníamos también una revista: Tom Nickel estaba donando su tiempo y equipo, pero alguien tenía que pagar por la tinta y el papel. Ya también nos dábamos cuenta de que teníamos que imprimir más de cinco mil copias al mes para empezar. En 1954 estimábamos que íbamos a necesitar alrededor de diez mil dólares para este fin.

Por ello, en la última noche de la convención, uno de los oradores, Jack Coe, se puso de pie e hizo la más simple petición de dinero que he oído jamás. Jack era un hombre enorme, con una gran habilidad para ir directamente al grano.

"Necesitamos diez mil dólares", dijo. "Me gustaría invitar a cien hombres de ustedes para que pasen adelante y empeñen su palabra por cien dólares cada uno". Luego se sentó.

Inmediatamente los hombres comenzaron a acercarse a la mesa del orador. Jack les pidió que anotasen sus nombres y dirección en una hoja de papel. Al final de la reunión repasamos la lista de, nombres, exactamente cien hombres habían comprometido su palabra. El presupuesto se había completado hasta el último centavo.

Y entretanto, las reuniones matutinas de los sábados en la Cafetería Clifton se

estaban enfrentando a otra clase de problema, El primer año no lográbamos que los hombres vinieran, pero ahora no los podíamos mantener alejados.

El segundo piso tenía capacidad para cuatrocientas personas sentadas y nosotros apretábamos allí de quinientas a seiscientas personas cada semana. Algunas veces aparecieron más de setecientas personas, estaban de pie junto a las paredes, apiñadas en la escalera. Pero por seis semanas consecutivas el departamento de bomberos envió a sus oficiales quienes amenazaban de que cerrarían el restaurante.

Y por ésto tuvimos una reunión todos los directivos, algo temerosos, para discutir la situación, y enfrentarnos a algo sobre lo que debíamos tomar una decisión. Podíamos encontrar un lugar más amplio, el Salón de Baile del Hotel Claric, por ejemplo, y podíamos sugerir también a los hombres que habían estado viniendo a la Cafetería Clifton que formasen nuevos capítulos, más cerca de sus casas en Long Beach. Glendale, Pasadena. ¿Por qué no tener en cada uno de esos lugares su propia "Cafetería Clifton", un centro de poder desde el cual la vida del Espíritu pudiera alcanzar a la comunidad?.

No quiero una gran organización centralizada. Parecía ser el mensaje que nos daba el Espíritu.

Por supuesto, reúnanse ocasionalmente para inspirarse y alentarse unos a otros, y así encender el brillante fuego de manera que todos lo puedan ver.

Pero para sus reuniones diarias y su trabajo anual, prefiero las reuniones locales, pequeñas, sensibles a Mi. No deseo uniformidad. Yo nunca vendré a dos hombres o a dos lugares de la misma manera. Denme salidas para Mi infinita variedad.

De este modo, la reunión del sábado por la mañana en la Cafetería Clifton se dividió en cuatro grupos, después en cinco y en diez. Algunos se reunían semanalmente otros cada quince días, otros cada mes, otros eligieron una noche a la semana. Cuando estas reuniones a su vez fueron creciendo, más de tres o cuatrocientas personas en una sola reunión, también a su vez, fueron formando grupos, hasta el presente que hay cuarenta y dos capítulos en el área de Los Ángeles, cada uno con su propio estilo particular.

Algunos son demostrativos, otros reservados, otros dan importancia a la enseñanza, otros dan más importancia a las sanidades, o al evangelismo, y otros al trabajo entre los jóvenes.

Pero ninguno habría existido sin ese primer año de lucha, al parecer, sin esperanza. Y esta ha sido la forma en que la Fraternidad se ha extendido. El primer año para cualquiera de los capítulos parece ser el más difícil.

En Minneapolis, por ejemplo, en 1955, el dueño de un restaurante invitó a trece de nosotros para ir a un banquete de inauguración del primer capítulo de Minnesota. Viajamos bajo una tempestad de nieve que había por todo el país. Volé con C. C. Ford, un constructor de Denver, en su avioneta Cessna de cuatro plazas: me sentía feliz de que nadie de la iglesia nos hubiera visto en aquel pequeño avión de un solo motor, dando volteretas en el cielo.

En el aeropuerto de Minneapolis nos esperaba Clayton Sonmore. Él hizo un ligero comentario sobre la tormenta. "Nosotros estamos acostumbrados a que nieve así aquí en

Minneapolis", dijo. "Esperamos la llegada de doscientos cincuenta hombres de negocios importantes esta noche".

En su restaurante descubrimos por qué estaba tan confiado de tener un gran éxito: pollo frito, pan casero, pastel de manzana recién hecho, y los camareros estaban ya preparados para servir aquel menú que hacía agua la boca. Los trece responsables de la Fraternidad habíamos llegado, cosa que me daba gran alivio, a pesar del mal tiempo, y estábamos de pie comparando impresiones de nuestros viajes, mientras Sonmore daba la bienvenida a los hombres de la localidad que habían empezado a llegar.

Llegaron las siete, la hora en que estaba previsto que comenzase el banquete. Veintiocho personas nos habíamos reunido en el comedor. Trece, de nosotros, y quince de ellos, contando a Clayton Sonmore, de Minneapolis.

Siete y media. Veintiocho personas hambrientas miraban el bien surtido "buffet". El tiempo no deja a la gente salir de casa, sugirió alguien.

Pero a través de las ventanas se podía escuchar el tráfico normal moviéndose por las calles recién limpias de la nieve.

A las ocho de la noche, veintiocho de nosotros nos sentamos a cenar, menos gente que el número de mesas que habían en el gran salón. El rostro de Sonmore era digno de estudio. Sé perfectamente cómo se sentía, pero también sabía algo más. Aquí se repetía un patrón, el patrón Dios. Le hablé al desalentado dueño del restaurante de nuestra experiencia en Los Ángeles y cómo nosotros nos quedábamos muchas veces con los desayunos, así como él se había quedado con la comida hoy. Pero Dios no necesita un gran número para realizar su obra. El necesita solamente unos pocos en cada lugar. No se fije en los doscientos treinta y seis asientos vacíos, le dije, fíjese en los catorce que vinieron con estos catorce, Dios puede volver esta ciudad al revés.

Acabó por ser una hermosa reunión. El orador principal fue Henry Krause, un fabricante de Hutchison, Kansas, y presidente del "Consejo Directivo de la Fraternidad", Henry se quedó de pie y miró la sala casi vacía, con tanta ansiedad como si estuviera llena. No predicó un sermón. Como todos nuestros hombres lo acostumbraban, él simplemente contó su propia historia: cómo un día, mientras estaba arando su propio campo de trigo y orando a la vez, como acostumbraba hacerlo mientras estaba sobre el tractor. Dios le mostró una nueva clase de arado.

Henry Krause no tenía una mente especialmente predispuesta a la mecánica, pero en ese momento era esa máquina la que tenía frente a sus ojos, completa en todos sus detalles. Cuando regresó a su casa la dibujó y cuanto más la miraba, más se daba cuenta de que, con un arado como aquel, si funcionaba, podía arar tres veces más con el mismo tractor, en el mismo espacio de tiempo.

Henry hizo luego dibujos más exactos y comenzó a llevarlos a la fábrica de tractores. Donde quiera que fue, la reacción de los técnicos era siempre la misma, este arado no podrá funcionar.

Henry no era un experto ni un técnico. Pero seguro de que el diseño procedía de Dios, y sabía que Dios sí que era un experto y un maestro.

Y así, en su propio granero, comenzó a construir el arado él mismo, trabajaba a

martillo, hoja por hoja con deshechos de metal, y utilizaba piezas de segunda mano. Tardó muchos meses en construirlo, trabajó en una forja casera, hasta que el arado estuvo terminado, según el diseño que Dios le había mostrado. Lo conectó al tractor y salió a los campos y éste funcionó.

El arado Krause se utiliza hoy en todas partes del mundo, y Henry Krause se convirtió en el dueño de una de las mayores empresas manufactureras de equipo para granja; un hombre de negocios que dedicaba la mitad de su tiempo y todo su corazón, al servicio del Señor.

Una especie de fluido eléctrico llenó el salón. Cuando Henry hablaba se podía "sentir" literalmente el Espíritu caer sobre la reunión. Tres de los hombres de Minneapolis recibieron el Bautismo, mientras se hallaban sentados en la mesa, sin que nadie posase las manos sobre ellos, y sin que nadie dijera una sola oración por ellos. Todos nos reunimos alrededor de ellos, llenos de gozo cuando uno de los camareros salió con rapidez por la puerta de la cocina.

"Señor Sonmore! ¿Puede venir en seguida?".

Abajo en el sótano parecía ser que a uno de los hombres del mantenimiento le había entrado de repente alguna enfermedad. El camarero no sabía precisar si se trataba de un ataque al corazón o un ataque epiléptico. Varios de nosotros corrimos escaleras abajo, junto al gran horno, un grupo de hombres sostenían a un compañero para mantenerlo sentado en una silla.

De pronto, empecé a reír, aquel hombre no estaba enfermo. Estaba simplemente, como decían los antiguos siervos de la Iglesia Armenia: "bajo evidencia"...

"Hermano", dije, ¡Alabado sea el Señor! ¡Gracias a Él, que lo buscó, y lo halló esta noche!"

El hombre abrió los ojos, estaba asustadísimo, no era para menos. Tiene que haber sido algo muy grande para sentirse preso del poder de Dios, sin previo aviso, en mitad de aquel pasillo de cemento. Aquel hombre ni siquiera se había enterado de que arriba en el restaurante se estaba celebrando una sesión de oración.

Pues bien, él subió las escaleras con nosotros, y ustedes nunca han visto una conversión mas completa. Primero tenía muchas cosas de su vida que quería confesar al Señor, después no podía terminar de decirle a Dios cuánto lo amaba.

El episodio fue como el veredicto de Dios en una reunión que seguro las previsiones humanas había fallado. Era como si nos hubiese dicho: no os preocupéis en cuanto al número. Yo encontraré a la gente que quiero, donde quiera que esté, yo la traeré a ustedes. Hagan su parte con fe y déjenme el resto a mí.

Y eso fue lo que hicieron allí en Minneapolis. Aquel primer grupo de hombres, inclusive el mecánico de la caldera, se mantuvieron reuniéndose constante y regularmente. No vieron el menor crecimiento por espacio de seis meses, no era visible el menor impacto en relación a lo que estaban haciendo. Pero de pronto sin algún cambio aparente, los hombres comenzaron a venir: doscientos, trescientos, quinientos, mil... ¡Otra vez se repitió lo mismo que en Los Ángeles!.

Se avivó tanto lo región de Minneapolis que año y medio después de la noche de la gran nevada, elegimos esa ciudad para tener allí la Convención Nacional, en el otoño de 1956 y fue en esa Convención cuando vimos por primera vez que se rompieron las barreras entre pentecostales y una de la principales iglesias denominacionales.

Durante años, por supuesto, individuos de todas las denominaciones han alcanzado la plenitud del Espíritu. Y en general ellos se han enfrentado a dos opciones: permanecer en su iglesia y callar esta nueva dimensión o salirse y unirse a un grupo pentecostal. Pero, el pentecostalismo es bienvenido y fomentado en las mismas iglesias históricas.

Los vimos el primer día de la Convención, sentados en la última fila del gran salón en el Leamington Hotel, como dispuesto a escapar de un momento a otro: cinco ministros luteranos. Lo que escucharon no debió parecerles muy alarmante cuando volvieron el segundo día, y se sentaron menos alejados del frente, ya más cerca. El tercer día, un miércoles, en la reunión del desayuno, estaban allí ávidos de recibir, según nos dijeron: "todo lo que Cristo tenga para nosotros".

Un grupo de nosotros miembros de la Fraternidad fue a su mesa y oró para que Jesús los llenase con su Espíritu. Después nos dieron cortésmente las gracias y partieron. Todo fue muy tranquilo, muy quieto, muy luterano y no supimos sino hasta después que nuestras oraciones habían sido escuchadas.

Y ciertamente que lo fueron. Uno de los clérigos recibió el Bautismo en el Espíritu, mientras conducía hacia su casa. Otro, mientras se afeitaba al día siguiente. Un tercero estaba recordando a uno de los oradores de la Convención que decía que no era cuando nos esforzábamos y luchábamos, cuando se recibían los dones de Dios, sino cuando se estaba más tranquilo. "¿Dónde puedo descansar mejor?", pensó. Un minuto después estaba bajo una ducha de agua caliente, alabando a Dios en lenguas celestiales.

Este fue el principio de una transformación que desde entonces ha alcanzado las congregaciones luteranas de costa a costa. Sin abandonar sus tradiciones, sino todo lo contrario: con un revestimiento del poder del Espíritu, pastores luteranos y laicos, han convertido las afirmaciones de su fe en una realidad, día a día.

Desde entonces hemos visto el mismo poder llenando a muchas denominaciones: presbiterianas, bautistas, metodistas, católico-romanas, episcopales. Siempre, al principio, el grupo que viene por primera vez con curiosidad a nuestras reuniones, es algo hostil. Pero luego el viento del Espíritu sopla a través de todas las iglesias, a través de todas las congregaciones.

Recuerdo otro hecho. Fueron solamente siete estudiantes de Notre Dame los que hablaron en lenguas aquel lunes por la noche, en marzo de 1967, en el hogar de Ray Bullard, Presidente del Capítulo de la Fraternidad en South Bend. Pero el gozo y el poder que hallaron en ese cuarto del sótano fue tal que hoy Ray es considerado por muchos como una especie de padrino espiritual del movimiento mundial pentecostal católico que surgió en Notre Dame.

De nuevo, la clave se hallaba en el pequeño capítulo que se reunía regularmente algunas veces con desaliento, que oraba por South Bend esperando, como San Gregorio esperó, el tiempo perfecto de Dios.

No hay un hombre capaz de ver todo el cuadro completo, sólo se ven algunos aquí y allá. En octubre de 1974, me tocó a mi ver el fragmento de ese cuadro cuando fui a ver el fragmento de ese cuadro, cuando fuí invitado al Vaticano, para recibir un reconocimiento oficial por el papel que ha tenido la Fraternidad en lograr alcanzar a millones de católico-romanos, laicos. ¿Millones? pensé ofuscado, cuando atravesaba la línea de los coloridos guardias suizos. ¿Millones?.

No te preocupes por el número. Esa ha sido la palabra de Dios para nosotros desde el principio. Cuando el Espíritu está en control, los números serán más de lo que cualquier hombre hayan podido conocer.

Y cuando el Espíritu no está. ..

Fue en 1957. cuando C.G. Ford me llevó en una visita de dos semanas a una docena de capítulos en el sur. Quedamos muy impresionados con el grupo de Houston, Texas; se reunieron alrededor de seiscientas personas para el desayuno del sábado.

"No se", dijo un hombre con tono displicente, cuando algunos de nosotros nos sentamos a hablar después de la reunión, "deberíamos estar alcanzando a miles, no a cientos".

"Pero ustedes han empezado hace sólo unos pocos meses", le dije, "esto toma tiempo"...

"¡No en Texas!. En Texas hacemos las cosas en grande y las hacemos a prisa, dijo, dando un salto. Un delgado, vendedor de bienes raíces, cuya perfecta carrera ratificaba sus palabras. "¡Arrendemos un salón!. ¡Alquilemos un carro con equipo de sonido. Vayamos a todas las estaciones de radio, pongamos a esta ciudad de pie!.

Andy SoRelle, Presidente del Capítulo, movió la cabeza en señal de duda, pero el otro hombre no pareció notarlo. Alquilemos el Auditorio de la ciudad, que tiene capacidad para seis mil seiscientas personas. ¡Cuando la gente escuche que Demos Shakarian está en la ciudad, lo llenaremos!.

Lo miré horrorizado. "¿Yo..? ¿Quién querría oírme a mi?. Yo no soy un orador. Además tengo que volver a casa para hacer las compras de heno y...

Pero aquel hombre no quería argumentaciones. C. y yo seguíamos viajando por otra semana más para visitar capítulos de Louisiana y Misissipi. "Vuelva por Houston. Una semana aquí en Texas es suficiente tiempo para hablar de la Palabra.

Y debido a que el amor a Dios de aquel hombre era del tamaño de Texas, yo me dejé convencer. O casi. Durante los siguientes diez días me estuve repitiendo que el avivamiento de Houston no iría bien. Si había una cosa que había aprendido durante los seis años de la Fraternidad, era que, en esa misteriosa realidad que es el Cuerpo de Cristo, cada individuo tiene su función especial. Algunos hombres han nacido para organizar, otros son ungidos predicadores, otros pueden ser consejeros. Y cuando alguno asume una función que no es la suya, no solamente hace un trabajo de baja calidad, sino que bloquea el flujo de poder hacia la persona a quien le corresponde dicha función.

En cuanto a mi trabajo yo he estado seguro de cuál es, desde que las trompetas sonaron en las colinas de Hollywood. Yo soy un ayudador. Mi don es proporcionar un lugar y un tiempo, y la forma para que otros hombres brillen. Este no es un don menor o mayor que los de los otros. Es simplemente mi don.

Pero mi nombre en las luces de un auditorio!, ¡una reunión enfocada en mí!. Este era un error y cuanto más me esforzaba para preparar mi discurso, más me daba cuenta de lo errado que era esto.

"¿Cual es el problema?", me preguntó C. C. después de ver que página tras página iban a parar arrugadas al cesto de los papeles. "Pero si tú has hecho cientos de discursos".

Pero no era verdad. Yo nunca di discursos. Yo simplemente me ponía de pie al frente y no sé, solamente hablaba. En tanto me limitaba a lo que estaba llamando a hacer, a presentar a otros hombres, a mostrar a la gente dónde estaban sus posibilidades, las palabras acudían. Pero al sólo pensar en miles de rostros pendientes de mí para guiarlos, me quedaba en blanco.

Para cuando regresamos a Houston, yo era presa del pánico. Andy y Maxine SoRelle nos habían invitado a su casa a comer antes de la reunión, pero yo estaba demasiado excitado para comer. Aún a riesgo de ofender a su cocinera Lottie Jefferson, apenas probé los alimentos.

Alrededor de las seis y cuarenta y cinco, nos dirigimos al Auditorio de la ciudad en dos carros: Lottie Jefferson, Andy y Maxine no pudo venir, C. C. y yo, y otros tres invitados a la comida. Ya desde casi dos kilómetros de distancia podíamos ver las luces del lugar que brillaban como los fuegos del juicio.

Los empleados de los estacionamientos, uniformados, se acercaron para abrir las portezuelas de nuestros carros.

En el vasto estacionamiento había solamente cinco automóviles más. Miramos nuestros relojes: eran las 7:15. La reunión estaba anunciada para las 7:30. Nos dirigimos por una puerta lateral al inmenso auditorio, profusamente alumbrado y silencioso; nadie en el interior, salvo un guardián allá en el fondo. Fijé los reflectores en la forma como usted los quería, gritó, mirando al vendedor de bienes raíces. Bajamos lentamente en el pasillo central, las pisadas levantaban un eco cavernoso en aquel inmenso Auditorio. Los cinco carros debían pertenecer al guardia y al personal del establecimiento.

Había una hilera de sillas abajo de la luz de los reflectores del escenario pero no parecía que alguien fuese a ocuparlas. Nos sentamos en siete sillas que habían cerca del frente; no llenamos ni la mitad de la hilera. Yo miré mi reloj; 7:25.

De pronto, un tremendo éxtasis se apodero de mí. ¡Quizá no vendría nadie! ¡Nadie en absoluto!. Quizá Dios había intervenido para protegerme contra mi propia desobediencia.

"Estoy seguro de que puse la fecha correcta en las invitaciones", comenzó a decir el vendedor de bienes raíces.

A las 7:30, él también comenzó a orar por que parecía que nadie vendría. ¿Qué explicaciones daríamos, de una gigantesca campaña a la que nadie respondió?.

Hacia las ocho, quedaba claro que Dios había hecho lo imposible. En una ciudad donde seiscientos hombres se reunían un sábado temprano por la mañana, él había dejado caer un velo de invisibilidad sobre una reunión que carecía de la bendición de Dios. El vendedor de bienes raíces, con el corazón tan grande como Texas, fue el primero en decirlo en voz alta y alabar al Señor por eso.

"Pero, ahora. ¿Qué haremos?, preguntó Andy. Hemos alquilado este local tan enorme para toda la noche. ¿Tendremos una reunión de todos modos de nosotros siete?".

Tú has escrito algo, Demos, dijo C.C., pero nada pude hallar en mis bolsillos de mis páginas garabateadas.

Bien, entonces, ¡yo tomaré la palabra! dijo Lottie Jefferson, ¡siempre he deseado hablar en un lugar tan hermoso como éste!.

Se levantó de su silla, subió al frente del auditorio, y comenzó a hablar. Era una persona menuda, no debía pesar más de cuarenta y cinco kilos, pero cuando hablaba acerca de Jesús, su voz llenaba los 6.600 asientos de la platea. Durante treinta y cinco minutos estuvo predicando como si cada una de las sillas hubiera estado ocupada. Y tan llena estaba su voz del amor de Dios y de la verdad de cada una de sus palabras que yo sentí como las tensiones de los días anteriores iban cediendo.

Lo único que no pude entender fue su llamamiento final. Porque por supuesto los siete que componíamos su auditorio hacia ya tiempo que "habíamos entregado nuestros corazones a Jesús". ¿Cómo nos estaba pidiendo ella que lo hiciésemos?.

De todas formas, había sido una hermosa prédica que nunca olvidaría. De repente, escuché pisadas. Por allá abajo, venía el guardián, con las lágrimas que le resbalaban por las mejillas, se arrodilló frente a la plataforma y dio su corazón a Jesús.

Y Lotty Jefferson, con el estilo de un evangelista acostumbrado a recibir cientos de almas para el Reino de los Cielos. puso las manos sobre la cabeza de aquel hombre y comenzó a orar por él.

¿Quién sabe? Quizá no había ningún error después de todo. Quizás a aquella hora de la noche, el Auditorio de la ciudad, era el lugar que había designado el Señor para nosotros, porque allí estaba la persona que Él estaba buscando. Solo supe que había recordado una vez más que si había alguna persona que necesitaba oírlo tantas veces, era yo, que solamente es el Espíritu el que puede conducir los hombres a Jesús.

Y solamente son los dones del Espíritu los que El usa para obras como ésta. A mi no me había dado el don del Evangelismo, sin embargo, yo tenía que ser un testigo, por impuesto. Cada cristiano lo es. Con la sola diferencia de que al lugar en que yo tenía que hablar de Jesús era mas bien un establo, en vez de una plataforma. Este era un sueño original que Dios me había dado después de todo: un vendedor de automóviles como Linwood Safford,

en Washington, D.C. hablando de Dios a otros vendedores; un juez como Kermit Bradford, en Atlanta, Georgia, hablando a otros abogados; un lechero hablando a otros lecheros.

Era una forma de hablar tan natural, que comenzaba con lenguaje común, intereses comunes...

Como por ejemplo, el interés que tiene todo productor de leche, en la cría de ganado. Para nosotros es el típico más fascinante del mundo la búsqueda de un animal perfecto, que invariablemente transmitiría sus buenas características a las siguientes generaciones. Cada mes, escudriñaba en la revista de la asociación Holstein-Friesian las tablas genealógicas. Y cada vez me impresionaba más la línea genealógica Burke, que se desarrollaba en la granja Pabst, allá por Wisconsin.

Recuerdo cuando caminaba yo a través de esos impecables establos de terneros por primera vez, buscando un pequeño toro para introducir esa línea en nuestros rebaños. El primer animal que me detuve a observar costaba 25.000 dólares; muchas veces más de lo que yo podía pagar. Había animales entre ellos de dos o tres meses, que se vendían por 50.000 dólares otros de la misma edad, costaban 1.000 dólares.

De pronto descubrí uno. En un corral a lo largo de la tapia sur del establo, un pequeño animal fornido, que se mantenía separado de los demás como iluminado por un rayo que estuviese brillando especialmente sobre él. Se trataba del mismo fenómeno que nunca había dejado de sorprenderme en la Fraternidad, en donde, en una habitación en la que se reunían 400 personas, siempre distinguía entre todos al que había de llamar. Ahora, este "Jovenzuelo" fornido de 90 kilos estaba junto a mí, del mismo modo.

Me acerqué a su corral. Su nombre era Pabst Leader; su precio 5.000 dólares. Leí sus particulares y me gustó lo que vi, su madre tiene el grado E (excelente productora de leche) y su padre había engendrado más de 50 vacas del grado E. Pero estos detalles no eran más que confirmaciones de lo que supe en cuanto lo vi.

Me llevaré el torete Pabst Leader, le dije al encargado que me atendió.

El señor Sylvester me miró con curiosidad. Los ganaderos no acostumbraban a decidirse tan rápidamente. Únicamente después de exhaustivas consultas con sus consejeros. ¿Esta seguro?, me dijo. Me gustaría mostrarle algunos animales del corral próximo, en los que el señor Pabst cree que podría interesarse.

Estoy completamente seguro Señor Sylvester.

Pues bien. Enjauló el animal y nos lo mandó con un cargo adicional de 350 dólares, y yo gire un cheque por 5.350 dólares a su favor. Generalmente, las diez primeras vacas descendientes de un toro, ofrecen un fiel retrato de su calidad como semental. Cada una de las diez hijas del toro Leader heredarían las cualidades superiores de su padre: aspecto, resistencia a las enfermedades y alta calidad de leche de su raza. Incluso algunas de nuestras pequeñas vacas de piernas no muy esbeltas, tenían becerros que no heredaban sus propias desventajas, sino las cualidades del padre. Durante los quince años que lo tuvimos, nos dio quinientas hembras, cada una de ellas selladas con la indiscutible calidad del semental. Pabst Leader era el animal, entre un millón, con la capacidad de transmitir sus características cada vez.

Entre tanto el señor Sylvester se lamentaba de que un animal que había vendido en la misma temporada por 50.000 dólares no había demostrado ser un buen semental. No valía ni cinco mil dólares, y el ternerillo que usted se llevó valía el doble de 50.000 dólares.

Esta no fue una experiencia aislada. Cada uno de los toros que compramos a la ganadería Pabst, demostró ser una inversión de primer orden, ¡no podía evitarlo!

Recuerdo el día en que el señor Sylvester se inclinaba a través de la mesa del comedor, y me decía sería y solemnemente "Vamos Shakarían. ¿no me diga que elige así, en el acto como pretende?. Usted tiene un consejero ¿no es así?. ¿Es alguien que viaja antes que ustedes, y le recomienda qué animales comprar?".

"Pues bien, señor Sylvester, en cierto modo, así es"

Me lanzó una mirada triunfante a través de la mesa. "¡Lo sabía! ¿quién es? ¡vamos...! ¡no le vamos a aumentar el precio por que sepamos que alguien le aconseja!"

"¿Quiere decir que usted no sabe quien es mi "consejero"?"

"¡Por supuesto que no! pasan docenas de corredores y compradores, todos a la vez. Su hombre evidentemente es muy astuto".

"¿Sabe más de animales que todo los que estamos en esta habitación juntos?"

"¿Un viejo zorro, verdad?"

"El ha estado en el negocio de animales más que nadie." "¿Especializado en Holstein, no es así?"

"Oh, absolutamente"

Por supuesto que me mantuve así, tanto como pude. A la hora que di el nombre de mi consejero no tuve nunca un interlocutor mas desalentado. El Señor Jesús hizo estos animales, le dije. Ustedes y yo sólo podemos mirar los "pedigrees", pero El sabe lo que está en el interior del animal, y del hombre también.

Esta era la forma más idónea de abrir los corazones y las mentes de esos hombres. La oportunidad de mostrar a un Dios vivo en el mundo que cada hombre conoce; de esto es de lo que trata la Fraternidad.

El mundo que el hombre conoce... Recuerdo cuando nuestro capítulo de la Fraternidad en Lancaster, Pennsylvania, estaba pasando un mal rato con una comunidad de granjeros muy conservadores. La principal objeción a la Fraternidad fue de que se trataba de un movimiento de "afuera" y que nuestros problemas y necesidades eran distintas a los de ellos.

Una vez que Rase y yo estuvimos en Lancaster, el Capítulo invitó a varias docenas de granjeros locales para comer juntos, y yo me puse de pie como un compañero granjero, e intenté convencerlos para que se uniesen a nuestro movimiento de compartir experiencias unos con otros.

Un silencio sepulcral fue la respuesta que obtuve.

Ya sabes lo que ocurre; cuando se recibe una respuesta negativa, se pierde la seguridad y todo comienza a salir mal. A la vez que mi confianza disminuía, mis gestos se ampliaban. Recuerdo que abrí los brazos, y luego hice un gesto como que los abarcaba a todos y dije: "¡La Fraternidad depende de la participación de todos nosotros!" pero lo único que mis manos alcanzaron fue la jarra de leche que estaba en el centro de la mesa. La jarra se volcó y su contenido se derramó sobre mi mejor traje y mis zapatos. Estaba tan mortificado para darme cuenta de lo que estaba haciendo, que puse un pie sobre la mesa y comencé a secarme el zapato con el mantel blanco.

Escuché a Rose dar un respingo. ¡Demos! ¡Qué estás haciendo!

Y mirando hacia la mesa, me di cuenta.

Baje el pie apresuradamente. Sentí que mi rostro se ponía de color púrpura y hubiera deseado desaparecer debajo de la mesa. "Sentí como si estuviera en el establo, amigos" y me excusé.

"¿A alguno de ustedes le ha pasado, estar ordeñando una vaca y que ésta, de una patada le haya echado encima todo el cubo de leche?"

Se escuchó una risa ahogada en alguna parte de atrás del salón y luego, de pronto, una general explosión de risa. No se escuchó otra cosa que carcajadas por algunos minutos, y la reunión se transformó.. Los viejos granjeros se pusieron de pie y contaron como Dios les había ayudado a través de las tempestades de nieve invernales. Y al finalizar la noche, el Capítulo de Lancaster contaba ya con muchos nuevos miembros.

"¿Sabes lo que nos hizo cambiar de idea respecto a la Fraternidad?", me dijeron los hombres después. "Fue cuando pusiste el pie sobre la mesa. Comprendimos que realmente eras un granjero, como nosotros..."

CAPÍTULO 10

El mundo comienza a girar

En 1956 iniciamos nuestro Capítulo canadiense en Toronto y, desde entonces la palabra "Internacional" de nuestro título comenzó a tener más sentido. Con todo Canadá y los Estados Unidos no son más que una tajada pequeña en comparación con la superficie terrestre. Comencé a pensar en el globo que había visto girando ante mí la noche de 1952. Millones de hombres de todos los continentes con la vista hacia arriba, vivos con amor, esperanza la llegada de su Señor.

La década de los cincuenta ya se estaba terminando, y no veía que ésta sucediera luego cuando llegó la oportunidad, estuve a punto de pasarla por alto.

La invitación llegó en diciembre de 1959 a través de C.A.B.E. La fraternidad había enviado ayuda a las víctimas del hambre en la República de Haití. Ahora llegaba una invitación del presidente Francois Duvalier para que mantuviésemos una campaña de tres semanas de reuniones en su país.

Todo lo que se de Duvalier, le dije, años del grupo de la Cafetería Clifton, es que se trata de uno de los dictadores más sanguinarios de todo el mundo. Tortura, policía secreta, cada cual ha oído una historia diferente de "Papá Doc". Acudir a esa Invitación sería como admitir que estábamos de acuerdo con su sistema.

Y fue Rose quien lanzó el reto. ¿En tu visión, Demos, hay algunas partes del mundo afuera, por causa de sus gobiernos?. Intenté recordar. No, todos los continentes, todas las islas llenas de gente, hombro con hombro, sin vida y sin esperanza la primera vez, y gozosamente vivas la segunda.

"Las divisiones políticas no entran para nada".

"Entonces no creo que debieran existir divisiones ahora. En cuanto peor es un sistema político, más necesita la gente confiar en el Espíritu.

Y, por supuesto, Rose tenía razón. Así es que en febrero de 1960, veinticinco hombres de la Fraternidad tomamos un avión con dirección a Haití. No sabíamos entonces que este primer vuelo marcaría el rumbo para los siguientes quince años. Sólo sabíamos que cada uno de nosotros en alguna forma completó sus pasajes para Haití y cambió sus vacaciones para el invierno. ¡Y mi esposa contaba con un viaje en el verano!. Y partimos respaldados cada uno por las oraciones de nuestros respectivos capítulos.

Apenas sí había aterrizado el avión en el aeropuerto de Puerto Príncipe, cuando se abrieron las puertas delanteras y entró un grupo de oficiales del ejército con uniformes muy adornados y llenos de medallas. ¿Está aquí el doctor Shakarian?, dijo uno del grupo que aparentemente era el interprete.

"Yo soy Demos Shakarian, pero soy solamente un lechero, no..." Bienvenido a Haití doctor Shakarian. Sus maletas serán llevadas al hotel. Usted venga con nosotros, tenga la bondad.

Salimos del avión ante las extrañas miradas de los demás pasajeros, y atravesamos entre una doble fila de soldados rígidamente atentos.

Una hilera de limosinas negras nos estaban esperando. Nunca pasamos por aduanas a pesar de que habíamos llenado en el avión una serie de formularios para tal propósito. Bajo doble escolta de motocicletas, atravesamos volando la ciudad hacia el Hotel Rivera. Allí el senador Arthur Bonhomme, líder de la mayoría del Senado, nos esperaba.

Todo está preparado para su reunión de esta noche, me dijo en un excelente inglés.

Al saber que yo era un ganadero, se ofreció a llevarme para visitar el mercado de ganado. Yo me quedaba fascinado al ver pasar a la gente. Algunas personas llevaban vacas, o simplemente una cabra, y las mujeres, se balanceaban bajo una cesta de piñas, melones, incluso pollos, que llevaban sobre sus cabezas sin el menor esfuerzo. Pero para mi asombro, cuando llegamos al mercado, vi como destazaban a los animales allí mismo y los vendían inmediatamente en la misma plaza. "Es la sequía", me explicó el senador Bonhomme, "la peor de que yo recuerdo. Tenemos que sacrificarlos porque no hay bastante hierba para que coman".

El Estadio Sylvio Cato, de Puerto Príncipe, tiene capacidad para unas 23.000 personas y cuando nuestro grupo de veinticinco llegó aquella noche a las 7:30, estaba casi lleno. Una tarima de siete por veinte metros de largo, se había erguido en mitad de la pista para que pudiésemos hablar. Yo me hubiera sentido algo más feliz sin tantos uniformes militares en la plataforma acompañándonos. Pero el senador Bonhomme me aseguró que la presencia de generales y oficiales del gobierno, le daba más realce a la reunión a los ojos de la gente. Intentamos abrir la reunión con algunos himnos, pero pronto nos dimos cuenta que no teníamos nada en común con el público. Por ello, decidimos seguir el modelo de reuniones que solíamos tener en los capítulos de la Fraternidad, individuos dando sus testimonios personales. Una vez más el contacto inicial por medio de los hombres de negocios tuvo su efectividad, y ello demostró ser de valiosa ayuda. No asomaron diferencias políticas, teológicas o de raza, cuando los miembros de nuestro grupo hablaron a través de intérpretes acerca de experiencias comunes a todas las personas: falta de comprensión entre ambos, enfermedad en una familia. la lucha para ganarse la vida.

La siguiente noche, todos los sitios del estadio estaban ocupados, y había miles de personas sentadas sobre la hierba de la cancha. La tercera noche, el senador Bonhomme estimó que había una multitud de unas treinta y cinco mil personas...

Sin embargo ninguno de ellos había venido para orar. El problema comenzó cuando Earl Prickett estaba hablando. Earl posee un negocio de mantenimiento de tanques industriales y de control de contaminación ambiental en Nueva Jersey, pero la historia que contó aquella noche fue su batalla personal contra el alcohol. Debió haber sido muy buena para ese auditorio, por que el senador Bonhomme nos había dicho que el alcoholismo era el mayor problema de la isla.

Earl describió cómo había comenzado a beber con sus clientes por que "perderás el

negocio si no lo haces así". Sin embargo Earl era una de esas personas que no pueden parar de beber. Su esposa lo abandono; el doctor le dijo que estaba minando su vida, pero con todo y eso fue incapaz de dominar su hábito.

El rumor en el estadio fue en aumento de tal forma que la voz de Earl apenas podía oírse. "Como resultado, mi hígado y mis riñones estaban tan dañados", dijo, "que el médico me dió sólo seis meses de vida". Y en ese momento él hizo memoria que un amigo lo había invitado a las reuniones de la Fraternidad en el Hotel Broadwood de Philadelphia. "Fue en ese mismo hotel donde el miércoles anterior por la noche, el cantinero me había dicho que me saliera y que nunca más me asomara por allí".

Me incliné hacia adelante, para escuchar más detenidamente el creciente rumor que se escuchaba. Yo había estado en ese desayuno y creo que nunca olvidaré a Earl que vestía un immaculado traje blanco, tendido en el suelo, pidiendo la gracia de Dios.

Uno de los interpretes se inclinó hacia mí. ¿Ve usted a esos hombres, doctor Shakarian?.

Miré hacia donde me señalaba, y fue cuando me fije por primera vez, una fila de hombres vestidos con túnicas rojas y capuchas del mismo color. Había por lo menos trescientos de ellos, y marchaban lentamente alrededor de la marca de ceniza que rodeaba el terreno de juegos, un número indefinido de gentes en traje de calle los seguía.

"Sacerdotes vudú, me dijo el interprete. Están intentando acabar con la reunión".

Ahora pude distinguir claramente un canto muy agudo que se elevaba sobre el murmullo de la gente. Centenares de personas estaban preparándose para sumarse a la procesión.

El General que estaba a mi derecha vociferó una orden, y soldados que estaban detrás de él, bajaron inmediatamente de la plataforma.

¿Qué es lo que ha dicho?, le pregunté al interprete.

Ha ordenado a las tropas que estén alertas. Ellos pueden manejarlos.

¡No! ¡No deben hacerlo!, me volví hacia el General. ¡No. Llame a los soldados, por favor!.

A través del interprete, el General le explicó. "Si no los paramos, le diré lo que va a ocurrir. Comenzarán a formar un círculo hasta que hayan conseguido que se les una bastante gente, y se pondrán a gritar todos juntos. Y... ¡se acabó su reunión de esta noche!.

Miré al Senador Bohnomme en busca de ayuda, pero aquél se encogió de hombros. "No se qué mas podemos hacer, conocí al Senador y sabía que no estaba pensando solamente en la gente del estadio, sino en los centenares de miles de radioescuchas de los pueblos y las veredas de las montañas de toda la isla. Habíamos visto algunos de estos caseríos cuando viajábamos en automóvil por las montañas aquella misma tarde, un altavoz colgado de un árbol o en el frente de una casa era el único entretenimiento público en sus largas y oscuras noches".

Earl intentaba describir el milagroso cambio que su vida había experimentado aquel sábado por la mañana; la reconciliación con su esposa, la sanidad médicamente

Imposible" de su cuerpo, pero de nada sirvió. Se detuvo entonces y me miró en busca de instrucciones. La línea serpenteante que seguía a los sacerdotes encapuchados, estaba ahora formada por más de un centenar de personas, y seguía creciendo minuto a minuto. Pero... ¿si usáramos el método que utilizaba el hombre fuerte de Haití, para proteger la reunión, ¿no estaríamos desvirtuando lo que habíamos venido a hacer?. Estábamos allí para demostrar el poder de Dios, no el poder de las pistolas.

Por favor, General, le rogué. Espere. Hay un mejor modo".

Pero cuando los veinticinco de la Fraternidad nos reunimos en la parte posterior de la plataforma, me hubiera gustado saber de que se trataba. Ante aquellos miles de personas que nos estaban contemplando para ver qué haríamos, formamos un círculo, con las manos entrelazadas por los hombros, y empezamos a orar.

Al cabo de un rato abrí los ojos y eché una ojeada al estadio. La situación empeoraba por momentos. Ahora debía haber como dos mil marchando y habían comenzado a batir las palmas. La multitud, contagiada, comenzaba también a batir las palmas en sus sillas, y balanceaban rítmicamente el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, en forma vibrante, horrible, y se inició un grito general.

Voy a hacer que los paren, dijo el General. No, le dije, todavía, no.

Incliné la cabeza de nuevo. ¡Señor, es tu hora! Señor, salva tu reunión!.

Desde alguna parte de atrás de las graderías se oyó un fuerte grito. Me di vuelta totalmente, alguien había sido acuchillado. Entonces, todos vimos a un hombre y a una mujer que traían apuradamente a un niño en sus brazos, y venían hacia la plataforma.

En la otra parte del campo, la marcha se había convertido en una danza rítmica. La pareja subió a la plataforma. Y de repente, el Senador Bonhomme cruzó a grandes trancos hacia la parte de atrás de la plataforma y se agachó sobre la pareja.

En otro minuto estaba de vuelta, sostenía en sus brazos a un niño delgado de unos ocho a nueve años, que miraba asombrado con sus ojos cafés, hundidos.

¡Este chico!, dijo. ¡Lo conozco es de mi barrio, conozco a su familia de toda la vida!.

Nos miraba a todos detenidamente, uno por uno, temblando de emoción. ¡Puede ver!. Esto sucedió mientras usted hablaba, le dijo a Earl. ¡Sus ojos se abrieron, y ahora ve!.

Yo aún no comprendía. ¿Quiere decir que era ciego?, dije.

¡Ciego de nacimiento!, respondió el Senador, y se dirigió a mí exasperado. Ciego toda su vida, hasta este momento.

Sosteniendo todavía el chiquillo en sus brazos, casi corrió con él hacia el micrófono. Al principio no logró hacerse escuchar con todo aquel cantar y batir de palmas. Pero, gradualmente, viendo que la alta y familiar figura del Senador estaba delante del micrófono, con un niño en brazos, algunas de las personas comenzaron a quedarse quietas. El traductor parecía estar demasiado impresionado con lo que estaba sucediendo, para traducirnos ni una sola palabra de lo que el Senador decía a la multitud. Pero al poco rato comenzamos a notar un

cambio en los ánimos de la multitud del estadio. A pesar de que la marcha continuaba, el ruido se estaba aquietando definitivamente. Los aplausos se escucharon más esporádicamente. Ahora, todos los ojos estaban clavados en el Senador.

Una reacción eléctrica pareció barrer las graderías: aquí y allá veía manos que se alzaban al cielo. Al final, incluso, los sacerdotes vestidos de rojo, dejaron su canto y permanecieron de pie entre la multitud, confundidos.

El muchachito, que era el centro de acciones de gracias, estaba mirando solamente al Senador, luchando un poco por salirse de sus brazos. Qué fue lo que vio por primera vez, no lo sé, pero era evidente lo que miraba ahora, pues sus pupilas pasaban de un objeto a otro, eran los brillantes adornos de los generales. A menudo giraba los ojos hacia los focos que iluminaban la plataforma, los miraba fijamente. hasta que la luz le hacía guiñar los ojos.

Sus padres habían subido por las escaleras laterales de la plataforma, y ahora estaban de pie, junto al Senador, El se dio la vuelta y puso el niño abajo entre los dos.

Pero yo continué mirando a la multitud que estaba adorando a Dios. Hombro con hombro, con sus cabezas alzadas en señal de adoración... ¿Dónde había visto ésto antes...?. Y entonces, por supuesto, recordé...

Cuando el senador se alejó del micrófono le pedí al intérprete que tomase su lugar, y que hiciera un simple llamado al altar: ¿Vendrían hacia el campo todos los que deseaban conocer al amado Jesús?. Se levantaron de sus asientos y empezaron a bajar cientos de cientos. Muchos de los que se habían unido a la marcha del "vudú" ahora corrían hacia el centro del campo. Muy pronto, la multitud se derramaba desde la base de la plataforma, por todas las direcciones. En veinte minutos cinco mil personas se reunieron allí.

Al día siguiente, el estadio estuvo completamente lleno desde la media tarde; nuevamente fueron centenares de personas las que respondieron al llamamiento. Hubo más sanaciones, algunas a la vista de nuestros ojos, al pie de la plataforma, otras por todas partes entre la multitud que llenaba el estadio. La tercera noche después de que el niño ciego recobrarla la vista, estimamos que la cifra de los que se habían entregado a Jesús eran unas diez mil personas.

Muchos de los que pudieron acercarse hasta la plataforma confesaron sus pecados llorando y especialmente los que practicaban la hechicería y la adoración demoníaca. Muchísimas cosas trajo la gente a la plataforma y las dejó ahí. Bolsas de cabello, pedazos de madera tallada algunas bolsas contenían huesos y plumas. Lo que me alegró más en el feo montón de cosas fue contemplar las túnicas y capuchas rojas.

La penúltima reunión ya se había terminado. Estaba asomado por la ventana de mi hotel mirando hacia la bahía iluminada por la luna, demasiado exhausto y demasiado gozoso para irme a la cama Gozoso y... preocupado. ¿Qué era lo que realmente había sucedido en las reuniones?. ¿Un caso de histeria colectiva?. ¿Una reacción de la muchedumbre que podía responder el canto del "vudú" un minuto antes, y al evangelismo cristiano después? y; ¿Podría esta gente tan fácilmente cambiar de nuevo

en la otra dirección?. ¿Que podrían haber conocido estos miles de personas de las realidades de Cristo en una campaña de tres semanas?. ¿Qué sería de ellos después?.

Yo en teoría sabía muy bien que los dejaríamos en manos de la Divina Providencia, pero mi fe no era suficientemente fuerte como para creer que esto era suficiente.

"Muéstrame, Señor que todo esto es real. Muéstrame que realmente algo diferente ha sucedido".

Lo vi con toda claridad a través de la terraza la mañana siguiente. Estábamos desayunando en la amplia terraza del Hotel Rivera; nuestro grupo de la Fraternidad, el Senador Bonhomme, y otros oficiales gubernamentales, más un buen número que se había estado reuniendo con nosotros para las reuniones matinales y la oración. Yo estaba en la mesa del Senador Bonhomme junto a otros seis hombres, cuando el camarero se nos acercó sonriendo.

¡Bonjour, méssieurs!, Dijo a la vez que comenzaba a llenar las tazas. Era la primera vez que le oíamos hablar. Era un muchacho de rostro taciturno que hasta el momento nos había servido en silencio absoluto. Cuando llegó hasta donde estaba el Senador Bonhomme habló de nuevo, apretando su mano libre más y más fuerte sobre su pecho.

"Dice", tradujo el señor Bonhomme, dirigiéndose al resto de nosotros, "que esta mañana cuando se despertó, el gran peso que le había estado oprimiendo había desaparecido".

Había acudido a la reunión de la noche anterior traduciendo el Senador. No había pasado al frente, pero cuando nosotros habíamos estado orando por los que habían venido al frente, él dijo para sí: Jesús, si Tú eres el que estos hombres dicen que eres, yo quiero seguirte.

Viendo que todos los ojos de los presentes estaban posando sobre él, puso abajo la cafetera. El Senador continuó traduciendo:

"Durante toda mi vida este peso me había estado oprimiendo. Eran pensamientos malos, terribles. Tenía miedo de mi mismo, temía el acostarme por miedo a los pensamientos que me acosaban. El camarero ahora estaba sollozando. El Senador interpretó sus palabras "esta mañana, cuando abrí los ojos, el peso no estaba. Era como si de pronto me sintiera más ligero, como si pudiera flotar hacia afuera de mi cama. No había ninguna opresión dentro de mí".

Otra persona estaba llorando. Me volví y vi al segundo camarero; las lágrimas le resbalaban por las mejillas, también. El Senador tradujo de nuevo:

"¡Yo conozco ésto ligeramente!. También yo he tenido esos pensamientos. Hace cuatro noches fui a la plataforma, cuando preguntaron quienes deseaban una nueva vida. Desde entonces he estado pensando si vendrían de nuevo los pensamientos, pero no han vuelto, ¡ahora mi mente es la de un hombre, y no la de una bestia!". Esta vez me tocó a mí el turno de frotarme los ojos, mientras musitaba: ¡Señor Jesús, perdóname!. Perdóname por haber dudado que Tú eres suficientemente fuerte.

Más tarde, en la misma mañana, nos llegó el mensaje de que el doctor Duvalier recibiría a tres de nosotros en el Palacio Presidencial.

Una de las brillantes limosinas fue enviada para transportarnos al Palacio. Una audiencia con el Presidente acostumbra durar alrededor de cinco minutos, dijo el oficial que nos esperaba en la entrada. No sé cuándo los podrá recibir, pero aquí hay una sala donde pueden esperar.

En el interior de la enorme antesala había unos cincuenta hombres que esperaban sentados con sus "attachés" a los pies. Nos sentamos dispuestos a esperar mucho rato, pero para sorpresa nuestra, la puerta del Presidente se abrió inmediatamente, y se nos invitó a entrar. No sé cómo me había imaginado antes de ver a Duvalier, cómo era un dictador. No precisamente a este hombre menudo, con enormes gafas redondas, que se levantó de detrás de su escritorio para recibirnos. En un inglés fluido nos preguntó, si habíamos tenido una permanencia agradable. Hablamos acerca de las reuniones, la enorme concurrencia, la fuerza con que el "vudú" se había asentado en el país.

Los cinco minutos se convirtieron en diez y los diez en veinte. Duvalier preguntó sobre las técnicas de criar ganado y la producción de leche en Estados Unidos y después de media hora dijo: "Me gustaría escucharlos aún más, pero hay gente afuera esperando".

"Antes de que nos marchemos" le dije a quemarropa, "¿podemos orar por su país y por su gente, aquí, en esta oficina?".

Todos nosotros inclinamos la cabeza, inclusive el doctor Duvalier y su Estado Mayor. Los tres componentes de la Fraternidad oramos en voz alta, pedimos las bendiciones del Señor para los miles de personas que habían acudido a la campaña, personalmente o que la habían seguido por radio, y por las nuevas vidas que ahora comenzaban. Luego, alguien le pidió al doctor Duvalier si tenía alguna petición especial por la que desearía que orásemos.

"Lluvia", dijo sin titubear. "Pídale a Dios que nos mande lluvia".

Nos miramos los unos a los otros sorprendidos, pero bajamos de nuevo nuestras cabezas. "Señor Dios que has derramado tu Espíritu sobre estos corazones sedientos, manda lluvia, te rogamos, también sobre esta tierra sedienta."

La reunión final aquella noche fue la menos concurrida de toda la campaña.

La razón era bastante simple. Nadie quería salir al descubierto bajo aquel aguacero tan fuerte que caía.

CAPÍTULO 11

La cadena de oro

Era el 24 de mayo de 1975: una vez más, Rose y yo subíamos nuevamente a bordo de un avión en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

Ninguna multitud vino esta vez a despedirnos, únicamente Steve y su esposa Debra que nos trajeron. Ni el grupo de preocupados ancianos de la Iglesia Armenia, ni ningún rostro ansioso. ¿Por qué deberían haber estado?. Durante 24 años que habían transcurrido desde aquel nuestro primer vuelo. Rose y yo habíamos volado más de cuatro millones de kilómetros.

Steve y yo intercambiamos palabras acerca del programa de televisión que el tenía que ir a filmar a Portland, Oregon, para la Fraternidad, mientras estábamos ausentes Rose, le dio a Debbie un último abrazo, luego marchamos a través del conducto de embarque hasta la nave aérea. Esta tarde estábamos volando hacia Honolulu en camino de Auckland donde nuestros dieciséis capítulos de Nueva Zelanda estaban patrocinando una actividad con una semana de duración que llamaban "Jesús 75". De acuerdo con el último informe llegaron tantos miles que hubo necesidad de alquilar el Hipódromo Alexandra Park por siete noches.

La comida fue servida después de despegar el avión y Rose inclinó su cabeza sobre la ventanilla para su habitual siesta en el avión. Era una buena oportunidad para que yo preparase la respuesta a la primera de las preguntas que harían miles de personas: "¿Qué es la Fraternidad?"

¿Cómo podría responder a una pregunta como esa?. ¿En términos estadísticos?. Bueno, podría ser verdaderamente interesante. Tomé una hoja de papel, un lápiz y anoté.

Años de existencia: 24.

Número de estados en los Estados Unidos que tiene capítulos: 50.

Número de países que tienen capítulos: 52. Número total de capítulos 1.650.

Concurrencia aproximada mensual en la totalidad de capítulos: más de medio millón de asistentes.

Tasa de crecimiento: un nuevo capítulo cada día.

Sonreí recordando el sueño de mil capítulos de Oral Roberts, que una vez nos pareció imposible. Muy pronto habríamos doblado el número. Seguí escribiendo:

Circulación mensual de la revista "La Voz": 800.000 copias.

Estaciones de T. V. que transmiten nuestro programa "Las Buenas Noticias:" 150.

Auditorio visual: cuatro millones. Viajes aéreos: tres al año, desde 1965.

Puse el lápiz sobre la bandeja. ¿Era esta la forma correcta de describir la Fraternidad?. ¿Contando cabezas, haciendo lista de actividades?. No, no era la forma.

Bien, entonces. ¿qué pasa con nuestros distintos ministerios?.

El de sanidad, por ejemplo. Nunca hacemos en la Fraternidad mucho énfasis en la sanidad por que tiende inmediatamente a ganarse toda la atención. Sin embargo, las sanidades se presentan siempre. Algunas veces invitamos a algún hombre dotado por el Espíritu Santo con don de sanidad para llevar a cabo algún servicio especial. Pero muy a menudo era algún miembro común y corriente que se ocupaba de negocios comunes y corrientes al que Dios usaba en un momento particular.

Mi don, por ejemplo, era el de ayudar, no sanar. Sin embargo... en mayo de 1961 la Fraternidad había enviado una gran delegación a la Conferencia Pentecostal Mundial, que se reunía aquel año en Jerusalén. Que impresión fue recorrer todos aquellos lugares que conocíamos tan bien a través de la "Biblia", el Monte de los Olivos, la Puerta La Hermosa, el Estanque de Siloé... casi lamentamos cuando llegó la hora de ir al auditorio. Tres mil personas asistían a las conferencias, y a Rose le pareció, y también a mí, que todos habían llegado al vestíbulo a la vez y que intentaban penetrar todos al mismo tiempo el auditorio. La conferencia fue tan popular que los delegados tuvieron que ponerse un distintivo para que les permitiesen entrar.

Distinguimos a nuestro amigo Jim Brown, delegado de la Fraternidad de Parkesburg. Pennsylvania, y juntos permanecimos detrás de todos esperando que la muchedumbre comenzara a disminuir.

¿De-mos Shak-arr-ian?. La voz era de una mujer, el acento, ruso o polaco. Miré en la habitación para descubrir quién me llamaba.

¡Ahí está ella!.

Jim señaló. Estaban caminando en dirección a nosotros un hombre y una mujer. Ella era bajita y gordita, y andaría por ahí en los cincuenta avanzados. El hombre era el individuo más terriblemente paralítico que jamás había visto. Estaba doblado formando un siete. Andaba apoyando ambas manos en un bastón y su rostro paralelo al suelo.

¿Me buscaban?, Pregunté a la mujer. No podía ver el rostro del hombre.

Si... Señor Shak-arr-ian. Este hombre necesita ayuda. Explicó ella que lo había encontrado en un refugio en las afueras de la ciudad. Él le había pedido que ella lo llevara hasta el auditorio porque había oído decir que Jesús sanaba a la gente allí. Cuando supieron que todos los asientos estaban ocupados, alguien les había sugerido que hablasen conmigo.

Mi corazón se dolió al contemplar aquel hombrecillo cubierto de andrajos. Ambos, la mujer y el hombre eran judíos. Sólo tenía que acordarme de los judíos que habían en la Fraternidad: hombres como David Rothschild, Presidente de nuestro capítulo de Beverly Hills, para recordar que Jesús tenía un especial amor por Su "pueblo elegido". ¿Pero, qué podía hacer yo ahora?. Yo no tenía una influencia especial en aquella reunión.

Y de pronto se me ocurrió una idea. ¿Supongamos que yo le diera a este hombre mis credenciales para la tarde?. Jim Brown era uno de los oradores de hoy pero yo...

Venga, le dije desabrochándose el distintivo que yo llevaba en la solapa, con ésto usted podrá entrar.

Me arrodillé en el piso del vestíbulo y me eché hacia atrás, intentando alcanzar la solapa de la chaqueta del hombrecillo. Al final le aseguré la insignia y estaba a punto de ponerme de pie cuando escuché una inconfundible voz:

No Demos, no dejes a este hombre. Tienes que orar por su sanidad aquí mismo.

Me sentí turbado, ¿Aquí?. ¿Ahora?. ¿Con el vestíbulo lleno de poderosos líderes pentecostales de todo el mundo?. Le eché una mirada a Jim Brown, Jim tenía mucha más experiencia en sanidades que yo, y él...

Tú, Demos, aquí mismo.

Y, así todavía de rodillas, le hablé al oído al hombre: "¿Señor, me permite que ore por usted ahora mismo?".

Como respuesta el hombrecillo, apoyó su cabeza sobre el bastón y cerró los ojos. Querido Jesús, oré. Te damos gracias por que Tú hiciste que el cojo saltase de alegría en estas mismas colinas. Hoy. Señor, otro hombre cojo viene hacia Ti, es uno de tus escogidos.

Las lágrimas saltaron sobre las nudosas articulaciones y cayeron al suelo. Se empezó a formar un grupo a nuestro alrededor.

¡En el nombre de Jesucristo, le dije, ponte derecho!. Escuché un chasquido.

Al principio me asuste temiendo que aquel frágil hombrecillo se hubiese roto algún hueso. Pero el gemido que salía de él, en el momento que levantaba su cabeza y su espalda unos centímetros, fue de alivio, y no de dolor. Por tal esfuerzo los músculos de su garganta se cambiaron, se estiró otros centímetros. Hubo otro chasquido. De nuevo él luchaba como si estuviese atado por invisibles cadenas. Se hacía más alto.

Por si alguno de los que estaban en el vestíbulo no se hubieran dado cuenta de lo que estaba sucediendo, los gritos de la mujer hicieron volver todas las cabezas hacia nosotros:

¡Un milagro!. Siguió llorando. ¡Esto es un mi-la-gro!.

El hombrecillo se estiró los últimos centímetros y me miró triunfante a la cara. De todas partes llegaron coros de gozo y de acción de gracias, en docenas de diferentes lenguas.

También yo me puse de pie. ¡Me acerqué y tomé el bastón de aquél hombre!. ¡Sólo con el poder de Dios!, le dije. Y bastante seguro, arrastrando un poco los pies al principio, comenzó a andar hacia adelante y hacia atrás, con la columna vertebral derecha, y los hombros rectos.

En lugar del material que había preparado para aquella noche, Jim Brown contó la historia que había sucedido en el vestíbulo. Ahora no hubo ningún problema para que la pareja pudiese entrar, y se hallaron sillas para ellos, y también para nosotros, en la primera fila. Cada tanto, mientras Jim hablaba, el hombrecillo saltaba de su silla.

¡Ese soy yo! gritaba. ¡Ese soy yo!.

Y se ponía a saltar y a danzar y a hacer piruetas hacia arriba y abajo de la sala, hasta que llegué a temer que llegase a casa curvado de nuevo a causa de tanto ejercicio.

Si, yo podría contar esa historia en Alexandra Park, a pesar de que ahora no fuera capaz de contarla como lo hiciera entonces. A diferencia de los hombres dotados con el específico don de sanidad, yo no había buscado la experiencia, yo no había pasado horas y días ayunando y preparándome. Ni dejé el extraño poder permanecer en mí más que por esos escasos momentos, aún cuando la gente necesitada vino hacia mí durante el resto de la conferencia.

Lo mejor que fui capaz de decirle a la gente de Auckland fue que la sanidad es una de las funciones normales del Cuerpo de Cristo y que, cualquier miembro puede llevarla a cabo. Cuando llega este llamado, la clave parece ser la obediencia.

Mire a Rose con sentimiento de culpa, me acurruqué bajo la manta del avión y recordé cierta noche en Downey.

Nos habíamos metido en la cama, ya era media noche, tiempo de apagar las luces. Pero por alguna razón Rose se sentía inquieta. Terminó por levantarse, ir hacia la ventana, volver junto a la cama y se sentó a la orilla. Yo estaba desconcertado; generalmente me paso la noche despierto y Rose es de las personas que no tarda en dormirse. ¿Qué pasa, querida?.

Voy a telefonar a Vivían Fuller.

¡Vivían Fuller!. Los Fuller vivían al sur de Nueva Jersey. Herb Fuller era el presidente de nuestros capítulos de Filadelfia, y creo recordar que la última vez que estuvimos allá, su esposa tenía dolores en un ojo. ¡pero, llamar a estas horas de la noche!.

"¿Rose, tú sabes qué hora es ahora en Nueva Jersey?, ¡las tres de la mañana!". Rose suspiró "lo sé", dijo, y estuvo de acuerdo que sería mejor esperar a la mañana. Pero jamás he visto al Espíritu de Dios inquietar tanto a una persona Rose no consiguió descansar. Se levantó a cepillarse el pelo. Volvió a meterse en cama Salió a ver si la estufa se estaba apagando, regreso una vez más, y subió de nuevo para ver si la puerta estaba bien cerrada.

"¡Por el amor de Dios, querida!". Acabé por decirle. "Haz esa llamada antes de que hagas un hoyo en la alfombra".

Rose se abalanzó sobre el teléfono, yo me sorprendí al notar la rapidez con que le respondieron al otro lado de la línea.

Rose escuchó durante unos minutos luego volviéndose hacia mí me dijo "¡Demos escucha por el otro teléfono!".

Me dirigí a la parte anterior de la habitación y tomé el auricular.

"Vivían" dijo Rose, "repite a Demos lo que acabas de decirme".

Sin parecer soñolienta o aburrida la señora Fuller me contó que le habían diagnosticado que su ojo padecía de glaucoma en estado avanzado, y que no respondía al tratamiento. Sabiendo que estaba quedándose ciega había intentado enfrentarse al hecho valientemente. Se pasaba las horas intentando transitar por la casa sin tropezar en los muebles. Aquella noche en particular la depresión estaba siendo insoportable. Vacía, despierta, sintiéndome abandonada de Dios, abandonada de todo el mundo.

"Por favor, Señor", había orado al final. "Si me amas muéstramelo haciendo que alguien me llame, ¡ahora mismo, en mitad de la noche!".

Por unos momentos solo escuchó el zumbido del teléfono a distancia.

"Vivían", le dijo Rose. "Dios no solamente me dijo que te llamase sino que me dijo algo más. Me dijo que ibas a ser curada por completo".

Espero que el respingo que di no fuese transmitido hasta Nueva Jersey. Pero Rose siguió hablando y recordando a Vivían todas las señales del amor de Dios que habíamos estado viviendo juntos en la Fraternidad, a través de los años. A continuación oramos los tres por la completa curación de Vivían y pedimos que toda la sanación comenzara desde aquel momento. Cuando terminamos era la 1:30 de la mañana en Downey y las 4:30 en Nueva Jersey.

Algunos días después llamó Vivían. No tengo ninguna noticia concreta que darles, dijo, pero una hora después de que hablamos la otra noche, algo pareció saltar en el interior de mi cabeza; no se me ocurre ninguna otra forma de explicarlo. Al día siguiente fui al especialista. Todo lo que me dijo fue que no había empeoramiento alguno desde la última visita.

Pocas semanas después recibimos una segunda llamada de Vivían: no sólo la enfermedad no había avanzado sino que sus ojos parecían estar mejorando.

Pasaron meses y luego nos encontramos, con motivo de una Convención Regional en el Statier Hilton, en la ciudad de Nueva York. Yo compartí con la multitud reunida en el Salón de la reunión la historia de Vivían y cómo algunos de los mejores doctores del este le habían diagnosticado un glaucoma irreversible. "Pero ahora..." Vivían subió los escalones que la condujeron al micrófono y describió el agonizante progreso de la enfermedad, cómo cada día, se decía a sí misma, que quizás aquella sería la última vez que veía el rostro de su marido. Luego habló de cuando la depresión le llegó a su fase más aguda, cuando yacía en su cama a las tres de la mañana, orando por que alguien la llamase. Narró la historia de la llamada de Rose y las siguientes visitas al especialista y la feliz noticia de que sus ojos inexplicablemente habían comenzado a responder al mismo tratamiento que hacía tanto tiempo que le estaban aplicando. ¡Yo alabo al Señor cada día por mi maravillosa vista!

Y la obediencia de Rose continuó siendo usada. Aún cuando Vivían estaba hablando, la gente comenzó a abandonar sus asientos para acercarse a la plataforma; hasta veintisiete pacientes de glaucoma se reunieron en la plataforma. En una atmósfera cargada de fe., la entera sala oró por ellos. Seis meses después, siete de estos veintisiete, concurrieron a la convención en Washington, D.C.. No sabemos nada acerca de los otros veinte, pero cada uno de estos siete había sido curado por completo.

En cada una de las convenciones se cuentan experiencias similares y algunas más asombrosas que éstas. Cáncer terminal curado al instante. Un paciente cardíaco que

recibió un nuevo corazón (no sanado sino un corazón nuevo sin trazas de tubos plásticos y válvulas colocadas anteriormente por medio de cirugía). Un joven muerto por una herida de bala calibre 38, que se sentó en un hospital de Jackson Ville y pidió agua después de que el director de la Fraternidad oró por él. Otro hombre al cual un doctor de Sudáfrica le había dado por muerto, resucitó después de que un grupo de la Fraternidad oró por él y hoy llevaba con orgullo su certificado de defunción en la bolsa de su pecho. Y en cada caso los milagros se daban cuando alguien estaba dispuesto a ser obediente, sin importarle lo ridículo y lo desesperado que pudiera parecer el caso.

Oh... nuestro ministerio era de alcance mundial.

Los números que dió Dios a un grupo de nosotros en oración el pasado diciembre: un billón, doscientos cincuenta millones de personas que serían alcanzadas en 1975, eran tan, astronómicos, que nos parecieron irreales. Pero también, la completa era electrónica que me parecía a mi tan irreal, era precisamente ella la que en agosto estaba cubriendo las multitudes que jamás se habían oído.

Por el momento el programa radial de, la Fraternidad, se transmite semanalmente en veintiuna lenguas diferentes, a través de Europa, América del Sur y Asia. En Estados Unidos, nuestro programa de televisión de media hora semanal "Las Buenas Nuevas" está entrando en su cuarto año para toda la nación, Canadá, las Bermudas, Australia y Japón.

Una parte importante de esta actividad esta a cargo de nuestro hijo, Steve, ahora es nuestro productor ejecutivo. Micrófonos, discos de reloj, cintas filmadas o grabadas parecen serle tan familiares a él, como extraños a mi. Aun me estremezco cuando recuerdo mi primer día ante las cámaras. La idea del programa "Las Buenas Nuevas" era que otros nombres hablasen de sus experiencias, del mismo modo como yo lo hacía en las reuniones de la Fraternidad. Me parecía bastante sencillo, y como el tiempo en un estudio de televisión era tan caro, esperábamos filmar los trece primeros programas de media hora en una semana.

Cuando entré en la cabina de sonido, vi aquellos cables y cámaras y los hombres con los cronómetros, me quedé plantado como una vaca ante un cepo que no es el suyo. Los directores del guión me ordenaban: Párese aquí. Siéntese allá. Ahora vuelva la cabeza. Cuando se encendieron las luces a las siete de la mañana, comencé a sudar; al medio día parecía como si hubiéramos estado filmando en una bañera.

Lo peor de todo fue el monitor que mostraba en una pequeña caja adherida a las cámaras, las líneas de mi discurso. Yo distorsioné las palabras, le di vueltas a las frases, hasta que las pobres personas a quienes iba a entrevistar se hallaron tan confundidas como yo. Después de dos semanas de filmación, había perdido el entusiasmo por el proyecto entero y diez kilos de peso. Desesperado, me dirigí al productor de aquella original serie. Dick Mann "No usemos el guión", le supliqué "déjeme que yo solo hable a la gente".

"Usted no puede hacer eso en televisión", me explicó Dick pacientemente. "El tiempo se tiene que calcular al segundo, y los camarógrafos tienen que saber de antemano cuando deben hacer determinadas tomas". Y, por supuesto, prevaleció su experiencia hasta que llegaron las pruebas. Estas mostraban a un hombre mecánico, de ojos estáticos y un rostro de madera.

Las siguientes series las hicimos al estilo aficionado. Sin guión ni ensayos, solamente oramos antes de empezar, oramos durante la filmación y oramos al terminar. Me olvidé de las técnicas de producción y me concentré en el hombre que me acompañaba. Todos notamos al instante el cambio y el flujo del Espíritu de Dios en el estudio. Las cámaras dejaron de trabarse, la gente llegó a tiempo y las cuatro entrevistas de media hora formaban un perfecto equilibrio, Dick Mann no podía creerlo: cada vez que me daba la señal y decía "un minuto para entrar", yo terminaba precisamente sesenta segundos después.

Sucedieron aún cosas más difíciles de explicar. Una vez estábamos filmando en Puerto Rico. Se trataba de dieciocho historias seleccionadas por el capítulo de ese país. Teníamos que ceñirnos a un programa muy rígido por que teníamos que hacer todas las tomas con luz diurna.. . ¡Y estaba lloviendo!.

Por la tarde, yo tenía que entrevistar a un hombre que había sido sanado de lepra, y estaba cayendo un regular diluvio en aquel momento. Los camarógrafos cubrieron las cámaras con papel impermeable, y nos sentamos a ver cómo caía la lluvia. Rogelio Parilla llegó, y estreché la mano que me tendía. Al principio, creí que se trataba del gozo de sus ojos que me hacía ver el día mas claro; luego me di cuenta que un rayo de sol estaba atravesando las nubes. El personal destacó las cámaras, y Rogelio y la señora que lo acompañaba como Intérprete, se colocaron frente a las cámaras.

A través de Sally Olsen describió lo que había representado para él, a los nueve años, saber que era leproso. La agonía física de la enfermedad era más soportable que tener que separarse de su familia, y verse encerrado en un campo de aislamiento. Hasta entonces él nunca había visto a un leproso: ahora se veía obligado a vivir entre gente cuyo aspecto lo horrorizaba. Y lo peor estaba aún por venir. Después de pocos años él era el que estaba más desfigurado de todos ellos, cubierto de llagas malignas, de tal suerte que incluso los demás leprosos lo evitaban, y tenía que comer solo.

Luego, un día, cuando tenía veintidós años, un grupo de cristianos visitó la colonia de leprosos y, por primera vez, escuchó el mensaje de Jesús. Esto transformó a Rogelio, de un hombre miserable y abatido, sin esperanzas, en un ser lleno de gozo y amor. Por aquel entonces, la enfermedad había roído sus cuerdas vocales y comenzó a pedirle a Dios que le devolviese la voz para poder decir a los demás la nueva vida que había encontrado.

Un tiempo después oyó hablar de un servicio de sanación que tenían en la Iglesia Pentecostal de Río Piedras. Una indescriptible esperanza comenzó a crecer en él. Pidió a las autoridades del campamento que le diesen una autorización especial para dejar el campo, y acudió al servicio: se sentó en la pared del fondo alejado de los demás asistentes. Cuando se formó la cola de los que deseaban ser sanados esperó a que todos los demás hubiesen pasado. Y cuando lo hizo, la desesperación lo acometió. La sanidad se llevaba a cabo imponiendo las manos sobre la cabeza. Ningún hombre querría tocar a un leproso.

Al fin, el altar quedó vacío, Rogelio corrió hacia adelante y se inclino, el pastor Torres bajó los peldaños, y colocó ambas manos sobre su cabeza. Luego. las puso sobre su rostro, sus hombros, su espalda, puso sus brazos a su alrededor y lo abrazó, y en aquel momento Rogelio supo que había sido sanado.

Esto sucedía muchas semanas antes de que los doctores pudieran creer lo que veían, que Rogelio Parilla ya no era un caso de lepra positivo. Al final, le dejaron ir, y a lo largo de veinticinco años había estado predicando por todo Puerto Rico. Dios le ha dado no solamente una hermosa voz, sino además un hermoso don para el canto. Los músicos que vinieron con él se pusieron a tono con él y Rogelio, con un airoso ritmo de calipso cantó para la gloria de Dios.

La última nota moría en su garganta cuando el sol desapareció. Los músicos y los camarógrafos apenas tuvieron tiempo de poner sus equipos a cubierto cuando una fuerte lluvia volvió a caer del cielo.

Luego contamos esta experiencia en la reunión del capítulo de San Juan esa noche. ¿No fue maravilloso que la tormenta cesase tan a tiempo a la hora de comenzar a filmar?. Rostros perplejos se miraban una y otra vez. En ninguna parte en todo San Juan, según parecía, había cesado de llover ni tan sólo por unos minutos...

Esta es la forma como preparamos los programas de la televisión por tres años; sin guiones, sin ensayos, confiando solamente en el Espíritu Santo. Los programas no serían de primera clase. Pero llevaban consigo tanta sinceridad que llegaban al corazón de la gente.

Cada estación deba un número de teléfono local para que los televidentes interesados en recibir más información pudieran ponerse en contacto con alguien del capítulo más cercano. Yo tenía el número de llamadas que íbamos recibiendo y éstas provenían de toda la nación. Atentas me incline para tomar mi portafolio que estaba debajo del asiento de adelante.

Ahora Rose se había despertado, y estaba mirando con curiosidad las cifras que yo había estado anotando ¿Qué significa "T. V. 13-3"? Me preguntó.

Trece programas en tres días, le respondí. Es el tiempo normal que hemos dedicado a las filmaciones por ahora. Y hasta el momento no hemos tenido que repetir más que una toma dos veces.

Estoy intentando saber con seguridad, le dije, cuánta gente llama después de cada programa.

Yo creo, Demos, dijo Rose después de un rato, que el número de gente que llame es menos interesante que lo que suceda. Es más importante un sólo hombre y cómo cambió.

Un sólo hombre, pero, ¿cuál entre los miles de historias que vamos a contar?. Dejé vagar mi mente a través del país, de Puerto Rico, hacia el este. A la costa este. Hacia el medio oeste. A través de las montañas, hacia California. Y más allá, a la parte opuesta de la nación, a Hawai. Y pensé en Harold Shiraki.

Harold fue la primera persona que llamó al número de la televisión en Honolulu, después de que el programa se presentó, en septiembre de 1972. No había tenido la menor intención de sintonizarlo aquel domingo por la mañana. Lo que Harold tenía intención de hacer, era algo muy diferente.

Harold había nacido en una pequeña granja donde se cultivaba café en Kona en las islas Hawai, el sexto entre dieciséis hermanos. En la mejor tradición japonesa se le había enseñado a trabajar duramente, a tener consideración de los demás y a respetar la

autoridad.

El padre de Harold padecía de "parkinson" y cuando estuvo ya demasiado enfermo para trabajar, los hijos mayores dejaron los estudios para poder sostener a la familia. Como ellos trabajaban horas extras cada día, Harold pudo continuar su educación, y fue el primero de la familia que se graduó en la escuela secundaria.

Después de esto, Harold trabajó para que sus hermanos menores tuviesen la misma oportunidad que él. Se levantaba cada día a las cuatro de la madrugada, se vestía a la luz de una lámpara de kerosene y caminaba varios kilómetros hasta cualquier granja cafetera que necesitase peones. Solamente cuando todos sus hubieron terminado la escuela secundaria, se pudo casar para formar su propia familia.

Para entonces, Harold se había trasladado a Honolulu; trabajó primero en el muelle, descargando buques; luego, como mozo de un almacén de comestibles, finalmente, puso un negocio propio. La sana costumbre de Harold de trabajar duro le dio su recompensa; por ahí de la década de los setenta ya había conseguido ahorrar una buena suma de dinero.

Pero más tarde lo perdió casi todo. Se lo quitaron suavemente, con sonrisas, los hombres en quienes había confiado. Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, la fe que había adquirido toda su vida, se derrumbó.

Él había confiado en el esfuerzo humano y en la decencia, pero no en Dios. Nominalmente, la familia de Harold era budista, pero, como sucedía a mucha gente de las islas, creían en muchos dioses y espíritus. Uno de ellos, Odaisan, tenía una influencia particular en ellos. Había una pequeña imagen de piedra de este espíritu en el templo japonés de Kona, y la familia le consultaba casi todas sus decisiones. Cuando ese dios le concedía un favor, la imagen se podía alzar con facilidad. Cuando apenas podían mover la imagen, la respuesta era negativa.

Con el pasar de los años, Harold llegó a desilusionarse de estas creencias tradicionales, especialmente cuando veía la forma en que ataban a su familia. Su anciana madre, ahora viuda, vivía toda su vida aterrada por miedo a ofender a un dios o a otro.

Cuando se trasladó a Honolulu. Harold se unió a la iglesia episcopal por que parecía ofrecerle la libertad de todos sus temores. Había intentado conducir a su madre a que aceptase el cristianismo también, pero ella explicó que también Jesús era uno de los dioses a quien ella oraba. Pero según ella, el principal interés de Jesús se centraba en la gente blanca. Cada una de sus imágenes y cuadros, explicaba ella, lo representaban con barba, prueba evidente de que muy poco podía interesarse por los orientales.

Ahora, con la pérdida de su dinero. Harold se dirigió al pastor de su iglesia. El clérigo lo escuchó con simpatía, estuvo de acuerdo en que le habían hecho una gran injusticia. Pero no lo aconsejó que denunciase el caso al juzgado. Estas cosas pasan todos los días en el mundo de los negocios y no hay nada que podamos hacer ni tú ni yo. Intenta olvidarlo.

Pero esto fue precisamente lo que Harold no consiguió. Dejó de comer, dejó de ver a sus amigos, se sentaba solo en la sala al atardecer mientras caía la noche, sentía que el odio crecía en su interior. Honestidad, sacrificio, largas horas de trabajo, si todo esto no lo conducía a ninguna parte, ¿cuál era la meta de la vida?. La muerte sería mil veces mejor. Los muertos podían dormir. A los muertos nadie los engaña ni les roba.

Harold tenía un amigo que tenía una pistola, pero él no iba a morir solo, Antes de suicidarse, se llevaría por delante a otros dos hombres. Tres, si el pudiera hacerlo antes de que pudieran pararlo.

La idea fue creciendo en su interior hasta convertirse en una obsesión, hasta convertirse en la única idea que llenaba su cerebro. Escogió el día: un domingo. Tenía que ser un domingo, porque así podría decir a sus amigos que iba de cacería. Un domingo de septiembre, tan pronto como se abriese la estación de caza.

Llegó el domingo escogido por Harold. Su esposa le pidió nuevamente que fuese a la iglesia, Harold no había vuelto a la iglesia después de su conversación con el pastor. Harold sólo movió la cabeza.

"Por lo menos, pon la televisión", le suplicó ella, "Mira el partido de fútbol". Aquella extraña indiferencia a todo, la estaba alarmando.

Harold hizo un movimiento de cabeza; luego miró a su esposa con expresión adusta. Ella nunca pudo sospechar lo que se proponía hacer. En absoluto. Ella presionó el botón del televisor. Se quedó mirando el partido, hasta que dejó de preocuparse, y se marchó a la iglesia. El le echó un vistazo a su reloj: las 10:35. Los juegos de la tarde ya debían haber comenzado, allá en el continente. El lo cambió al canal cuatro.

Había dos hombres hablando juntos. Uno era blanco, el otro, él no estaba seguro: polinesio, probablemente (Yo me reí entre dientes al recordarlo: cuantas veces había orado al Señor por este curioso tipo de mi rostro armenio. Los judíos me tomaban por Judío, los árabes por árabe, en América Latina me hablaban en español, en el este me tomaban por indio. Y ahora, en Honolulu, me tomaban por ¡hawaiano!).

En su tenso estado mental Harold no pudo seguir lo que los dos hombres estaban hablando. Estaba inclinado hacia adelante en su silla, como si aún fuera a encender el televisor, sólo miró sus rostros. Eran las personas con los rostros mas felices que él recordaba haber visto.

Intentó concentrarse en las palabras, pero sus pensamientos eran un torbellino en acción. De modo que siguió mirando y mientras lo hacía una extraña paz reinó en la pequeña habitación en que se encontraba. Amor, armonía, esperanza: al mismo tiempo que pensaba en esas palabras, un sentimiento de paz y perdón parecía fluir del mismo aparato de televisión.

Al final del programa apareció un número de teléfono en la pantalla. Todavía sentado sobre el asiento acolchado en su silla donde estaba desde que apareció la imagen en la pantalla, Harold repitió el número para si.

Unos minutos después estaba hablando con Roy Hitchcock, miembro de nuestro capítulo de Honolulu escuchando palabras demasiado hermosas para creerlas" Jesús conoce todos los detalles de tu situación... Jesús es la respuesta... Jesús te ama".

Hoy en día Harold es un líder, no solamente en su iglesia episcopal, sino también en los programas de la Fraternidad en todas las islas. Nunca recuperó su dinero, pero en la Fraternidad lo ayudaron a librarse del peso del resentimiento y de la rabia y a convertirse

en una persona en victoria, No solamente él ha iniciado una refrescante renovación de si mismo, sino que ha ayudado a centenares de otras personas a renovarse.

Entre las primeras personas a quienes ayudó, se encontró su anciana madre, de ochenta y un años. Al ver el cambio de su hijo, se dio cuenta de que había un poder mayor que el de los espíritus que la habían aprisionado por tanto tiempo. Ella y otros miembros de su familia hicieron un montón con las numerosas imágenes y altares que tenían en su casa y los quemaron en el patio de una iglesia. La madre de Harold murió en 1973, como una serena y radiante cristiana.

Experiencias como éstas eran las que me confirmaban que el papel de la televisión era decisivo en la visión que yo había tenido de un mundo que despertaba a la vida. Lo mismo sucedía con los modernos y maravillosos viajes en "jet". Hice análisis de los países adonde nuestras misiones aéreas de "buenas nuevas" nos habían llevado: Inglaterra, Suecia, Noruega, Francia, Italia, Japón, Filipinas, Vietnam, India, más de cincuenta. En la mayoría de ellos, después de semanas de reuniones y campañas, algo más importante había quedado, un capítulo local; a menudo varios, como centros de la continuación de la actividad laica.

En otros países, tales como Finlandia. Estonia. Yugoslavia, sólo pudimos orar y esperar efectos a largo plazo. Pienso en la primera visita a un país comunista, y la resolución que nació en mí.

Fue en Cuba, después de la toma del poder por Castro y nuestro grupo estaba hospedado en el Habana Hilton, rebautizado ahora con el nombre de Cuba Libre. Castro había hecho del hotel su cuartel general, y el lugar hervía de soldados armados, pero nunca conseguimos verlo de cerca o saber si estaba allí o no. Una mañana, alrededor de las dos de la mañana, me estaba metiendo en la cama y de pronto supe que si me vestía y bajaba al restaurante por el ascensor, me encontraría cara a cara con Fidel Castro. Había tenido ya muchas experiencias con los avisos del Espíritu Santo, para poner a cuestionar estos inexplicables chispazos de conocimiento, de modo que tan de prisa como pude, me vestí de nuevo.

Rose abrió los ojos: "¿A dónde vas?". "Abajo a encontrarme con Castro".

También Rose estaba acostumbrada a estos avisos del Espíritu. "Eso es interesante", dijo, con voz soñolienta.

Abajo en el restaurante, los únicos clientes era un grupo de soldados jóvenes, de quince a dieciséis años, según me pareció, sentados ante el mostrador bebiendo jugo de naranja. "Pocos años antes", me dijo el camarero, "el lugar estaría atestado de gente a estas horas: norteamericanos, me dijo pensativo. . ., del casino."

Señaló con un gesto hacia arriba, en dirección a las ahora desiertas mesas de juego, del "mezzanine". "A ellos no les importaba cuánto dinero gastaban."

Escribió mi orden de una copa de helados y se dirigió a la cocina con un suspiro. Cuando regresó con el helado, limpió la mesa, pareciendo contento de la oportunidad de poder hablar. El léxico español cubano era diferente de la variedad mexicana que yo había aprendido, pero nos pudimos entender sin dificultad.

"Cuando el Primer Ministro Castro venga esta noche", le dije, ¿quiere decirle que soy

un productor de leche de California, y que me gustaría hablar con él?.

"¿Esta noche?".

Preguntó extrañado el camarero. "¡Esta noche no vendrá!. Nunca viene tan tarde".

Terminé mi helado. "El vendrá esta noche". El camarero me miro. "¿Alguien le dijo que él vendría?". Pensé por un minuto. "Sí", dije "alguien me lo dijo".

El meneó su cabeza. "¡Imposible!", dijo "nunca viene después de las diez".

Y comenzaba a parecerme que el camarero tenía razón. Pasaron otros cinco minutos, y diez más. Los jóvenes soldados se marcharon. Tomé la factura y fui a la caja para pagar mi cuenta. El cajero estaba contando el dinero cuando, de repente, se oyó el taconeo de botas en el pasillo, y a través de la puerta aparecieron dieciocho o veinte hombres con negras barbas y uniformes color verde olivo, algunos de ellos llevaban rifles, otros portaban ametralladoras americanas; en medio del grupo estaba Fidel Castro.

Castro se sentó a la mesa y pidió un filete mientras los guardaespaldas se acomodaron por diversos puntos de la habitación. No viendo otro a quien vigilar me miraron a mí. Vi al camarero inclinarse y hablar con Castro. También el me miró por un momento. Luego, con el dedo, me hizo señal de que me acercase.

Me senté a su derecha, consciente de las armas que me seguían por toda la habitación. Castro me hizo un sin fin de preguntas acerca de la producción de leche en California, y pareció decepcionado por que no le permití que me invitase a un filete. "Cuando yo vaya a visitarlo, dijo, me beberé cuatro litros de leche".

Por toda la habitación los hombres barbudos soltaron la risa. Para alivio mío bajaron las armas, y algunos encendieron cigarrillos. Ya había conocido al líder revolucionario solamente a través de sus inacabables discursos y me sorprendió encontrar en él a una persona atenta y cuidadosa para escuchar. ¿Y qué le trae a Cuba?, me preguntó al poco rato.

Le dije que un grupo de nosotros habíamos venido aquí para hacer conocer a los cubanos, de nuestros mismos campos de labor y contarles lo que el Espíritu Santo estaba haciendo en medio de gentes como ellos en otros países.

De nuevo, para sorpresa mía, pareció genuinamente interesado. Me dijo que una vez había estado en el hospital en Brownsville, Texas. "Cada semana salían dos hombres en la televisión. Uno era Billy Graham y el otro Oral Roberts. A mí me parecieron hombres honestos que decían cosas honestas".

Estuvimos hablando por espacio de unos treinta y cinco minutos, cuando un americano, muy enfadado y muy borracho se acercó a la mesa. "¿Alguna vez ustedes contestan cartas? preguntó. ¡Hace tres meses que estoy esperando recibir una respuesta de este llamado gobierno!".

No pude entender mucho de lo que estaba diciendo pero creí comprender que era el dueño de un club nocturno que había sido cerrado por el gobierno revolucionario. Yo estaba asombrado del atrevimiento de este hombre en una habitación llena de soldados, pero él, aparentemente estaba demasiado preocupado con sus problemas para notario. "Ustedes también están perdiendo dinero". le dijo a Castro. "¡No lo olvide!. ¡Yo estaba trayendo buenos negocios para acá!".

El rostro de Castro se iba tornando mas gris verdoso que su uniforme ¿Buenos negocios?, dijo éste. ¿Así lo llama usted?. ¿Juego y prostitutas?. ¿Eso era todo lo que les interesaba a ustedes en este país?".

Intenté mirar a los ojos de aquel hombre, seguramente uno no podía estar tan borracho, tan ensimismado, que no advirtiese el grito en esta pregunta. ¿Te importó alguna vez?. ¿Nos conociste a nosotros alguna vez?.

Pero aquel hombre no oía. "¡No me enseñe moral!" dijo. Los cubanos tenían mucha parte en mis negocios ¿Por qué cada vez.?"...

Castro se puso de pie, dejando la cena a medio terminar. Estaba ya a mitad de camino de la puerta seguido por sus soldados, cuando se volvió, regresó y me tendió la mano.

Me alegro de que haya venido, dijo, deseo ...

Su rostro todavía seguía grisáceo, y no terminó la frase. Un minuto después todos se habían marchado, el dueño del club nocturno detrás de ellos, siguiéndoles, todavía protestando, y yo me quedé solo en la mesa, miré mi reloj. Las tres y cinco.

Deseo... Deseo que vengan más hombres como usted a orar, en vez de venir a Cuba a apostar.

Qué habría pasado si hubiera sido así, me preguntaba, mientras el ascensor me llevaba hacia arriba. ¿Cómo sería el mundo hoy en día si los millones de viajeros americanos hubieran ido por el mundo llevando el amor de Dios a la gente que visitaban?.

"¿Y si lo hicieran ahora...?".

Desde aquella noche en adelante ésta fue mi plegaria, en todos los lugares en donde me he encontrado con capítulos de la Fraternidad. ¡Adelante!. ¡Lleved las buenas nuevas!. ¡Viajad para Dios!. ¡Ayudad a cambiar la imagen de los viajeros que el mundo ve muy a menudo!.

Y nuestros hombres han ido; han ido como personas que han recibido la confianza y la fidelidad de otros lugares y otros tiempos, y han regresado a pagar un poquito de nuestra deuda.

Recordé un septiembre por la noche, en 1966, en Moscú, siete años después de mi visita a Cuba, cuando tuve la oportunidad de contarles, a dos mil doscientas personas que se habían reunido en la iglesia bautista, la historia de los pentecostales rusos que cruzaron las montañas para llegar a Armenia, en sus carrmatos cubiertos. Dos mil doscientas personas se levantaron de sus asientos, y elevaron sus manos al cielo, lloraron de gozo, mientras el Espíritu de Dios, barría la reunión.

Al día siguiente tuve la segunda oportunidad de grabar la misma historia para Radio Moscú: para agradecer al pueblo ruso desde el fondo de mi corazón por traernos ese indecible regalo de Dios.

Bajé el respaldo de mi asiento unos centímetros y cerré los ojos. Hombres de todo el

mundo que despertaban de la muerte a la vida, sí, ésto es la Fraternidad.

Y ésto es lo que había visto en nuestra sala de Downey. ¿Qué más me había mostrado la visión?. Hombres volviendo a la vida, no solamente para Dios, sino para los unos con los otros. Hombres que habían estado aislados, ahora juntándose, descubriéndose unos a otros. Esto también es la Fraternidad.

Para la sesión de apertura en las convenciones ahora nos gustaba pedir a los presentes que levantasen sus manos: ¿Cuántos episcopales, aquí esta noche?. ¿Cuántos presbiterianos?. ¿Cuántos bautistas?. La parte más importante para mi no era la respuesta a cada pregunta, sino que cada vez se alzaban manos por todo el salón Católicos sentados con metodistas, cuáqueros junto a adventistas del séptimo día, de modo que cuando el Espíritu desciende en las reuniones, los hermanos se abrazan a pesar de que podían pertenecer a iglesias que no se han hablado por centurias.

Las razas juntándose. Las cosas están cambiando ahora, pero allá por los años cincuenta existía segregación racial en muchas partes del país. Recordé los preparativos para una convención mundial en Atlanta. Habíamos alquilado el salón de baile en un hotel del centro de la ciudad, se había reservado más de mil habitaciones para cinco noches, reservado el tiempo en una radio, impreso formularios para el registro, todos los detalles bien sincronizados, necesarios para reunir a un gran grupo de gente. Y luego, como un mes antes de la convención, el hotel descubrió que estábamos esperando, como siempre, a un buen número de hombres de negocios negros. Bueno, ellos iban a hacer un arreglo que ellos llamaban de "acomodamiento idéntico". Las reuniones podrían ser seguidas en un lujoso salón privado por medio de televisión en circuito cerrado.

Tomo cerca de un millón de llamadas telefónicas para llevar la convención a Denver. Y notamos allí algo curioso. La participación de hombres de negocios negros no fue solamente grande, sino mucho más grande de lo que se esperaba. Finalmente el dueño de un almacén de ropa de Atlanta nos dio una luz sobre esto. "Mis amigos me han estado preguntando durante meses por qué yo voy a ese desayuno de oración de hombres blancos. Pero cuando ellos oyeron lo que pasó en el hotel, yo tuve que alquilar un autobús para llevar a toda la gente que quería ir conmigo". (En el verano de 1973, incidentalmente tuvimos una convención regional en el Hayatt House de Atlanta y cada noche estuvieron indistintamente juntos, 1500 personas blancas y negras.)

Las diferentes generaciones se han juntado. Bajo el liderazgo de Richard y su bellísima esposa, Evangeline, había ahora un programa lleno de juventud en cada convención muchas veces en un pasillo de un hotel pasé junto a un joven con su pelo largo y a un hombre de mediana edad bien vestido, con lágrimas de reconciliación, uno llorando sobre el hombro del otro.

Gente con toda clase de antecedentes juntándose. Negros y blancos reuniéndose en muchos de nuestros capítulos en Sudáfrica. Protestantes y católicos pidiéndose perdón unos a otros, abrazándose con gozo en nuestros capítulos en Belfast, Irlanda.

La gente tumbando los muros que se habían levantado entre nosotros y los otros. Recuerdo a una mujer que literalmente tenía que tener un muro entre ella y el resto del mundo, antes de poderse sentir tranquila. Sarah Elías, pianista, había estudiado con Julliard, en Nueva York, y cantaba bajo la dirección de Leopold Stokowski. Viéndola tan alta, imponente, nadie hubiera creído que tenía problema alguno en su vida. De modo que cuando ella especificó "habitación simple", en una convención regional en Indianapolis, nadie hubiera soñado en el tormentoso temor que toda su vida había sufrido, y que ahora

escondía tras esta petición.

Cuando llegó la ocasión de la convención, fueron necesarias todas las camas del hotel para acomodar la multitud que esperaba acudir aquel fin de semana de mayo en 1972. Lo lamento, le dijo el recepcionista, hemos tenido que acomodarla en una habitación doble. El empleado revisó la lista. La otra dama es la Hermana Francis Clare, de la Escuela Hermanas de Nuestra Señora. Estoy seguro de que disfrutará de su compañía".

Sarah Elías estaba segura de que no sería así. Educada por personas que le habían enseñado un tipo particular de santidad, en una pequeña ciudad al oeste de Pennsylvania; le habían enseñado a desconfiar de las monjas, en general. Pero su problema real provenía de su trágica niñez. Desde el tiempo en que su padre disparó y mató a su mamá, cuando ella era una niña, durante sus años en un orfanato, hasta cuando la familia que la adoptó la desheredó, ella había aprendido que la gente la rechazaría. Y ella, a su vez, en donde no fuera su lugar de trabajo, rechazaba a la gente, la apartaba de su vida y levantaba un muro entre ella y el mundo.

Nadie, como digo, sabía nada de ella hasta que aquel día penetró apresuradamente a la habitación que creía vacía y halló en ella a la otra mujer. Y la hermana Francis Clare, una cristiana inteligente y amable, que tenía el ministerio especial de sanar recuerdo, pidió si podía orar por Sarah. Toda aquella amargura desapareció, y las horas que siguieron, el temor, el resentimiento y la amargura pasaron, dando paso al amor y a la aceptación de Dios.

Cuando yo ví a Sarah aquella noche, su rostro estaba tan transfigurado que le pedí que pasara frente al micrófono y nos dijera qué le había sucedido. Después de eso se sentó al piano. Cuando terminó, la convención entera se puso de pie y la estuvo aplaudiendo hasta que volvió a tocar. Le dedicaron cuatro ovaciones de pie, y al final todos nosotros supimos que el mismo Espíritu había tocado el piano para nosotros aquella noche.

Sarah Elías pertenecía a aquella categoría de gente a quienes la Fraternidad estaba ayudando: a mujeres de negocios y profesionales. Al principio yo estaba tan preocupado por los hombres que habían perdido interés en la vida, que no me daba cuenta de alguien más. Las mujeres, en los primeros años de la Fraternidad, y había muchas, eran generalmente las esposas de dichos hombres, cristianas ellas mismas, que buscaban la forma de alcanzar a sus maridos.

Luego, a medida que la Fraternidad fue siendo más conocida, un nuevo grupo de mujeres apareció, tanto casadas como solteras, jóvenes como de más edad; eran personas que trabajaban y que como los hombres, se sentían apartadas de los programas tradicionales de las iglesias, de los círculos de costura, ventas de artículos, el café matutino, estaban tan aparte de las actividades de las profesionales: doctoras, maestras, trabajadoras de oficina, como estaban para mí. Ahora tenemos mujeres abogadas, actrices, trabajadoras de fábricas que asisten a nuestras reuniones. "Vendedoras", escribí en un papel, "Enfermeras", "Periodistas".

"¿Demos?"

Rose me estaba codeando y yo miré hacía arriba y vi a la azafata de pie con una bandeja de bocadillos. Estaríamos en Honolulu dentro de poco; ya era cosa de una hora.

"Azafatas..." añadí a las notas que tenía frente a mí. Hubo cinco o seis en la última

convención. Releí las páginas manuscritas. Me había extendido por todo el mundo de mil formas diferentes, a toda clase de gente. ¿Sería este un fiel retrato de la Fraternidad?

¿Qué es lo que había dicho Rose?. Habla de un individuo lo que él había cambiado. Era cierto, pues todas las estadísticas del mundo no podían sobrepasar a la maravilla de una sola vida renovada por el Espíritu.

Pero, ¿por dónde podía empezar?, ¿o detenerme?. Cuando conté la fabulosa historia de George Otis, o de Walter Black, o del General Ralph Haines, me faltó tiempo y tuve que dejar afuera la igualmente estupenda historia de Jim Watt, de Otto Kundert, o de Don Locke.

Había un millón de historias ahora en la Fraternidad cada una de ellas más hermosa que la otra, cada una era única a pesar de que a la vez estuviese ligada a las demás por una cadena de oro.

Cada una ligada...

Por qué no explicar la historia de una tal unión, de una bella continuidad de la reacción en cadena que es la Fraternidad de Hombres de Negocios del Evangelio Completo...

Era viernes por la mañana a principios de los años sesenta, cuando recibí una llamada telefónica de un hombre joven que me dijo que nos habíamos encontrado recientemente en la convención de la Fraternidad en Oklahoma. Señor Shakarian, dijo el joven, me gustaría que pudiese hablar con mi tío. Creo que está preparado para conocer al Señor.

¿Quién es su tío?.

Shannon Vandruff.

El nombre me sonaba vagamente familiar. ¿Dónde vive?.

Me dio una dirección en una parte elegante de la ciudad de Downey.

¿En qué se ocupa?, le pregunté, ligeramente nervioso.

Es un constructor. ¿Ha oído hablar de las "Cinderella Homes"?. Esa es su compañía.

Bueno mi primer pensamiento fue que jamás conseguiría hablar con él. Todos nosotros conocíamos "Cinderella Homes". Era una empresa muy, muy grande e importante.

Pero, por lo menos, prometí que llamaría a Shannon Vandruff y al día siguiente, sábado, lo hice. Muy lejos de ser un hombre lleno de prisa. Shannon demostró ser una persona, de agradable trato. Y su sobrino tenía razón: Shannon estaba predispuesto a escuchar las buenas nuevas de Jesús. El y su esposa. Veta, nos invitaron a Rose y a mi aquella misma noche a su estupenda casa por el campo de golf. Mas adelante fue con nosotros a una convención de la Fraternidad en Phoenix, Arizona, donde ambos recibieron el bautismo en el Espíritu Santo.

Ahora un nuevo hombre estaba en esta reacción en cadena. El doctor Ray Charles Jarman era el pastor de la gran iglesia de South Gate, California, donde los Vandruff habían asistido durante catorce años. Bajo la brillante dialéctica del doctor Jarman se había convertido en una institución de un millón de dólares, con asientos tapizados,

gruesas alfombras, aire acondicionado, estatuas de mármol importado. El doctor Jarman tenía además un programa de radio diario que era una fuerza en la vida intelectual del sur de California.

La única cosa que los Vandruff nunca le habían "escuchado" a él era predicar a Cristo. Como tantos bien educados ministros, él había cesado, hacía ya mucho tiempo de creer en la divinidad de Jesucristo, en sus milagros, y otros conceptos "pre-científicos". Pero era un pastor responsable, que deseaba dar a su congregación algo real y verdadero.

Por eso, durante cincuenta años buscó esta evasiva realidad. Buscó en la ciencia religiosa, pensamiento nuevo, unidad cristiana, ciencia cristiana. Halló que su vida estaba cada vez más vacía, se volvió hacia las religiones orientales, estudio durante tres años bajo Paramahansa Yogananda, entre otras. Fue tras el rosacrucismo y, finalmente, fue tras la teosofía.

En 1961, antes de que las drogas se declarasen ilegales, entró en una clínica de San Francisco donde pagó a una enfermera, a un doctor y a un psiquiatra, para que estuviese en su compañía durante su experimento de veinticuatro horas con el L.S.D. Lejos de procurarle una revelación de Dios le produjo pesadillas que le persiguieron durante muchos meses.

Mientras tanto, después de su conversión Shannon Vandruff siguió una tranquila campaña para llevar a Jarman a una reunión de la Fraternidad. El erudito ministro demostró su más absoluto desinterés. Por casi cuatro años Shannon perseveró. Jarman llegaba al lugar y le disgustaba ver venir al hombre.

Por fin un amigo mutuo invitó a Jarman a una velada de música cristiana y de la Fraternidad en casa de los Vandruff.

Con un encogimiento de hombros, el Dr. Jarman accedió. ¿Qué tenía que perder?. Sería un experimento más.

Quién sabe cómo, pero en agosto de 1965 Ray Charles Jarman llegó a casa de los Vandruff con tres personas de su iglesia. La enorme sala de los Vandruff estaba tan concurrida, que resultaba difícil hallar un lugar en ella. Jarman notó una alegría radiante en estas personas como si asistieran a un "cocktail" y esto le llamó la atención y le molestó a la vez. Si no hubiera traído gente consigo se hubiera marchado al momento.

Y mientras transcurría la velada, Jarman se sentía más y más incómodo; hubo cantos, oración: después siguieron testimonios, todo ello coronado por un "Gloria a Dios". Jarman comenzó a pensar en lo que pensarían de él sus amigos de la Universidad.

En mitad de la velada la puerta frontal se abrió y allí, sostenido por dos hombres, apareció la mujer más frágil que él jamás había visto, profundos círculos rodeaban sus ojos, ropas colgaban como si no hubiese habido un cuerpo debajo de ellas.

Aquella mujer era mi hermana Florence.

Mientras Jarman miraba horrorizado, los dos hombres casi la transportaron a través de la sala y la depositaron en una silla. Habían pasado veinticinco años desde su accidente automovilístico. ¡Y que cuarto de siglo de servicio había sido!. A menudo, con Rose al piano o al órgano, Florence había cantado en iglesias y en reuniones de la

Fraternidad por todo lo ancho y lo largo del país. Ahora, precisamente como predijo su sueño, se moría de una extraña forma de cáncer.

Florence Shakarian Lalain, le dijo Shannon. ¿Te sientes con fuerzas bastantes para cantarnos algo?, Florence sonrió:

Lo intentaré, dijo. Alzó ambas manos hasta su frente y la echó hacia atrás; ya no tenía suficientes fuerzas para levantar la cabeza; luego, comenzó a cantar.

Ray Jarman se enfrentó cara a cara con la realidad que había estado buscando por largos años. Jarman era un fanático de la ópera, había escuchado las voces más importantes de aquellos días. Pero jamás había escuchado una voz como ésa, me dijo luego. Cuando ella estaba cantando se hubiera dicho que había un ángel en la sala. Florence pidió a los presentes que se uniesen al coro de "Que Grande eres Tú". Cuando lo hicieron, su voz se escuchaba por encima de las de los demás como un ave canora, hasta que Jarman creyó hallarse en las puertas del cielo.

Aquella fue la última canción de Florence, y para el pastor Ray Charles Jarman la primera vez en su vida que lloraba en público.

Pero su costumbre de intelectualizarlo todo, estaba tan arraigada en Jarman que su mente continuó resistiendo lo que su espíritu ya conocía. No fue antes de algunos meses que consiguió dar el paso que lo aterraba tanto, es decir, el salto más allá de su comprensión. En su apartamento de viudo, con Shannon.

Vandruff como testigo, cayó sobre sus rodillas, una cosa que tampoco había hecho antes, y le pidió a Jesús que tomase su vida. Se puso de pie tan lleno y gozoso, como antes se había sentido, vacío y asustado.

Es este el nuevo doctor Ray Jarman al que han escuchado centenares de miles de personas en las reuniones de la *Fraternidad alrededor del mundo*: "Estuve predicando durante cincuenta y dos años. antes de conocer a Jesús". Pero, ¿quién puede contar cuántos hombres ha alcanzado el ministerio de Ray Jarman, y cuántos hombres de estos a su vez han alcanzado a otros?. ¿Dónde termina la cadena de oro que une a cada uno de nosotros con el otro?.

¿Dónde empieza?.

Recordé los eslabones de esta cadena, forjados antes de que yo naciera. Magardich Mushegan lo profetizó allá en Kara Kala. "De hoy en un año tendrás un hijo. "También pensé en aquel hijo que conducía un carro de vegetales detrás de su caballo Jack. ¡Que lazo tan fuerte el que unía las vidas de los Shakarian con los Mushegan!. Fue el nieto de Magardich Harry, quien, en un domingo de 1955, recibió la visión en la iglesia Pentecostal Armenia en el Boulevard Goodrich. Había visto el santuario lleno de luces y ríos de aceite que descendían desde el cielo sobre Isaac Shakarian. En una ordenación y la única que nuestra iglesia reconocía. Y por ello, por casi diez años, papá había servido como pastor en la iglesia, sin recibir salario por supuesto, según la tradición armenia, obteniendo una licencia del estado para casar y dar sepultura, predicaba los domingos, y se ocupaba de las necesidades de la gente.

Entonces un viernes por la mañana, en el otoño de 1964 Harry Mushegan tuvo otra visión. Yo estaba en el Hotel Coronado, al sur de San Diego aquella noche Era el día 6 de noviembre, al principio de los tres días de la convención regional. Nuestra hija Gerry y su

esposo, Gene Scalf también estaban allí y amaban a la Fraternidad, pero como tenía dos niñas pequeñas, no podían acudir a menudo a las reuniones. Yo sabía cuantos preparativos habían tenido que hacer para poder asistir los dos; por eso me sorprendí cuando se me acercó Gerry y me dijo que teníamos que volver inmediatamente a Downey.

"¡Se trata del abuelo!, dijo. ¡está... está en el hospital!".

"¿En el hospital?. ¡Pero, él no está enfermo!, ¡se encontraba estupendamente cuando dejé la oficina esta tarde!".

En la recepción del hospital me dijeron que papá estaba en el edificio, al otro lado de la calle. ¡Qué extraño!, pensé mientras estaba en la casa de una sola planta, por qué lo pondrían en un lugar tan oscuro y desierto. ¿Dónde estaban las enfermeras...? y de pronto me di cuenta que ese pequeño edificio era la morgue.

Papá yacía en una mesa blanca y alta. No era extraño que nadie hubiese intentado avisarme. Nunca un padre y un hijo habían estado en tan íntima relación. Me quedé de pie en aquella habitación, escuchaba su voz, como lo había hecho centenares de veces, cuando a través de los años se abría la oportunidad, en alguna parte, de hablar a los hombres de Jesús: "Ve Demos. Yo me haré cargo del negocio".

En nuestra casa, el doctor Donald Griggs nos estaba esperando. Tenía yo razón, papá no había estado enfermo. "Murió como lo hacían los viejos patriarcas, dijo el doctor Griggs, con todas sus fuerzas, sin enfermedad. Estaba leyendo el periódico de la tarde y se quedó dormido".

Nadie aparte del doctor Griggs y la familia más inmediata sabían la noticia de modo que nos sorprendimos cuando Harry Mushegan me llamó por teléfono desde Atlanta, Georgia, donde él tenía ahora un pastoreo.

"Los viejos", dijo "acabo de verlos a todos". "Mi abuelo, mi padre, todos los viejos que recuerdo desde niño, y algunos hombres con largas barbas blancas, riendo, corriendo y alzando sus brazos como si le estuviesen dando la bienvenida a alguien. Y luego vi a Isaac, corriendo hacia ellos". Se hizo una pausa en el teléfono. ¿Isaac ha muerto, no es así?. Se encendió el letrero que advertía la necesidad de abrocharse los cinturones para aterrizar y el avión, se inclinó y comenzó a descender.

Tu ve. Demos...

Esto es lo que Dios nos dice a cada uno de nosotros. ¿No es así? "Tú ve, Juan. Jaime Guillermo, María". No siempre nos dijo adónde, al principio del viaje. Yo pensé en el segundo mensaje del niño profeta recibido hacía tanto tiempo todavía sellado y sin abrir. ¿Predecía una gran persecución que habría en América contra los cristianos, justo antes del retomo del Señor?. Personalmente, eso creo. Creo que el Espíritu Santo nos está preparando para ese tiempo uniéndonos en un cuerpo, para asignarnos a cada uno una tarea que sólo Él puede hacer para el bienestar del cuerpo. A menudo me pregunto a quién se le pedirá que abra el mensaje y que lo lea para la iglesia.

Pero esto no es lo importante. Lo importante es que Él nos manda a ir, a cada uno de nosotros ir con el don que Él nos ha dado. Él sabe que cuando descubramos ese don y lo usemos no importa las condiciones del mundo que nos rodea, seremos "la gente más feliz

de la tierra".

El avión al aterrizar hizo un pequeña sacudida y se dirigió a la terminal, Rose rebuscó bajo el asiento por nuestras cosas.

¿Estás listo, Demos?, me dijo. "Estoy listo, Rose".

Caminamos por el pasillo del avión juntos, preparados para emprender la próxima aventura.

"¿Estás listo, Demos?".

Cuando este libro se publicó por primera vez concluyó con esa pregunta que me hizo mi esposa Rose, y mi respuesta.

"Estoy listo, Rose".

Ninguno de los dos nos pudimos imaginar que aventuras nos esperaban, invitaciones a la Casa Blanca; presenciar la transferencia del Monte Sinaí: dirigirnos a líderes religiosos de la India: comida con Madam Soong, esposa del primer presidente de China, en su residencia: encuentros con líderes de las naciones de América Central.

No teníamos idea que este libro sería traducido al alemán, holandés, francés, español, portugués, polaco, húngaro, ruso; ucraniano, armenio, árabe, sueco, danés, noruego, japonés, chino y telugu, y que bendeciría a tanta gente.

No pudimos haber soñado hasta dónde llegaría el ministerio de la Fraternidad Internacional de Hombres de Negocio del Evangelio Completo, a través del trabajo de sus capítulos, convenciones, libros, revistas, grabaciones, televisión, radio y ministerios por medio de "satélites".

Esta organización no lucrativa de cristianos laicos es guiada por 70 directores Internacionales y 500 directores nacionales y su membresía representa casi cada antecedente denominacional. Es el más grande ministerio laico de su tipo en el mundo, con más de un millón de hombres laicos que se reúnen regularmente cada mes o cada semana.

Complementando el ministerio de las iglesias locales por medio de un llamado a los hombres de negocio a Dios, la Fraternidad hoy abarca mas de 3.500 capítulos en 134 países y toca las vidas, de millones de gente a través de sus alcances a nivel mundial.

La visión que Dios me reveló a mí en 1952, en la cual gente alrededor del mundo que estaba sin vida, deprimida, fue transformada en personas gozosas, unidas todas y llenadas con el amor de Jesús.

Evidencia de esto es visible cuando miles de miembros y amigos de todos los continentes, muchos en ambientes culturalmente distintos, celebran convenciones anuales de la Fraternidad por todo el mundo.

Dios está proporcionando el cumplimiento de este propósito por medio de más de 80.000 miembros dedicados a alcanzar hombres para Cristo, tales como Sir Lionel Luckhoo, de Guyana, aclamado en el Libro de Records de Guinness como el más exitoso defensor en el mundo; como Charles M. Duke, astronauta de Apolo 16: como el famoso

Rosey Grier, de la Liga Nacional de Foot Ball (NFL): y miles de profesionales y hombres de negocio de varios senderos de la vida. A través de ellos, los miserables, los solitarios, que yo observé al principio de mi visión, son ahora transformados en la Gente más Feliz de la Tierra.

Demos Shakarian.

EL HOMBRE SE PREGUNTA:

¿Cómo puedo tener una relación personal con Dios?

Querido Lector: Al concluir la lectura de este libro es posible que te preguntes si también tu puedes conocer a Dios de un modo personal como Demos y tener paz en tu corazón Jesús dijo que para conocer a Dios, que es Espíritu, debes "nacer de nuevo". Para que esto ocurra es necesario:

- 1.- **Reconocer**, delante de Dios, que has vivido totalmente centrado en tu egoísmo y que no estas honrándolo como Señor de tu vida, puesto que has pecado y estas separado de Él. "Porque todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios" Romanos 3:23
- 2.- **Arrepentirte**, volviéndote a Dios y pidiéndole perdón por tus pecados pasados e implorando su ayuda para vivir como Él quiere. "Si no os arrepintieréis, todos pereceréis igualmente" Lucas 13:3
- 3.- **Creer** que Jesús es el hijo de Dios y que al morir en la cruz asumió tus pecados para que de este modo tu puedas obtener el perdón de Dios. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que entregó a su único Hijo para que todo aquel que crea en Él, no muera sino que tenga vida eterna" Juan 3:16.
- 4.- **Decirle** a Dios que ahora aceptas a Jesús como Salvador y Señor de tu vida. "Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo". Romanos 10:9.

Si después de pensar despacio y reflexionar sobre estos versículos de la Biblia deseas dar este paso, di en voz alta la siguiente oración:

"Dios mío, estoy consciente de que soy pecador y que por lo tanto merezco la condenación. Creo firmemente que Jesús, tu Hijo murió por todos los pecadores, incluyéndome a mi, y derramó su sangre para limpiarme de mis pecados. Confieso que Jesús es el Señor y Salvador de mi vida y te doy las gracias por el don de la vida eterna. Ahora te pido ayuda para vivir conforme a tus deseos."

No confíes en tus sentimientos como prueba de que Dios te ha perdonado y aceptado. Los sentimientos son volubles. Tu nueva relación con Dios está basado en sus promesas. - Romanos 10:13. No te avergüences de hablar a otras personas de tu relación con Jesús. - Mateo 10:32. Emplea DIARIAMENTE algún tiempo para orar y leer la Biblia 1a de Pedro 2:2 -Salmos 37:4 - Romanos 8:14. Cuando hayas tomado la más importante de las decisiones, ponte por favor, en contacto con nosotros y/o con otros hermanos en la fe, de tu iglesia.

**IN MEMORIAM
DEMOS SHAKARIAN
1913-1993**

Demos Shakarian fue un hombre lleno del Espíritu Santo, un hombre que caminó con Dios y que amó a la gente. El nació en Los Ángeles el 12 de julio de 1913, hijo de Isaac y Zarouhi Shakarian. Creció en Downey, California. Asistió a la Escuela Secundaria de Downey y al Colegio Universitario de Davis. Se casó en 1933 a la edad de 20 años con Rose Gabrielian. Tuvieron cuatro hijos: Richard, Geraldine, Carolyn y Stephen.

Demos fue un productor de leche y vendedor de bienes raíces. Con su padre Isaac construyeron la más grande e independiente lechería del mundo.

Demos fue verdaderamente un pilar de su comunidad. Fue nombrado por dos gobernadores de California. Pat Brown y Donald Reagan, miembro de la Junta Agrícola del Estado de California. El ayudó en la construcción del Hospital de Downey.

Inició la Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo con 21 hombres. Hoy hay capítulos en más de 150 naciones del mundo. La Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo, con más de un millón de personas que asisten semanalmente a reuniones alrededor del mundo. Durante la expansión de los trabajos del Evangelio Completo, Demos conoció líderes del mundo y presidentes de muchos países. El también sirvió en el fideicomiso de la Universidad Oral Roberts y como directivo del Trinity Broadcasting Network. Adicionalmente él y su esposa Rose, contribuyeron para escribir este libro "La Gente Más Feliz de la Tierra" que narra la historia del nacimiento de la Fraternidad que ha sido usada por Dios para cambiar las vidas de hombres y mujeres de todo el mundo.

...Grandes bendiciones reciben quienes
hayan leído estas líneas,
que esta inspiración no quede solo en tí,
entrega esta alegría
para que otros también sean tocados en su corazón...